

A woman with long blonde hair, seen from the back, wearing a red off-the-shoulder dress. She is holding a large, silver-handled knife in her right hand. The background is black.

MATAR

EL

PASADO

LIZZIE QUINTAS

Multiverso 

Matar el pasado

© Lizzie Quintas

© Grupo Editorial Omniverso, 2017

© Multiverso Editorial, 2017

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1548061937

Printed in Spain

Primera edición: Junio, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Capítulo 1

Allí estaba yo, junto a la cama de hospital donde yacía mi padre con el cuerpo cubierto por la blanca sabana, que en su borde ponía New York Hospital Center, desde la cintura a los pies y su corto pelo negro de punta. Seguí con la vista los cables y tubos que adornaban su pálido cuerpo hasta llegar al final de su destino, un monitor que registraba sus constantes vitales y ritmo cardíaco.

Pensé que iba a sentir alguna emoción al verle así, pero desde que era niña lo veía a menudo en hospitales, al no hacer caso a lo que los médicos le decían, y tal vez eso, junto a sus actos de desprecio hacia nosotros a lo largo de nuestra vida, especialmente en los dos últimos años, influían en esa reacción de apatía hacia su persona. ¡Un padre no hacía esas cosas!

Mi padre era un gran hostelero, disfrutaba con su trabajo y muy pronto había escalado puestos hasta llegar a tener una importante cadena de restaurantes que, en los últimos veintiséis años, se había convertido en lo único de importancia para él. Supongo que la afición de crecer en su trabajo la había heredado de mi abuelo, el cual había amasado una gran fortuna a lo largo de su vida.

Recuerdo que durante mi infancia veía a mi padre una vez por semana, dejando toda la responsabilidad a mi madre de criarnos y sacarnos adelante, a mis hermanos y a mí, con el poco dinero que traía a casa. Cualquiera que supiera lo que mi padre ganaba le parecería poco, pero para él era más importante gastárselo en sus «aficiones» antes que en su familia. Eso sí, gracias a ese dinero habían comprado un dúplex muy amplio en un edificio al lado de Central Park.

Mis hermanos pequeños, debido al parto, tenían retraso madurativo, es decir, que su cerebro iba a un ritmo más lento que el de los demás. Lo que a una persona le costaba un par de días aprender, a ellos les costaba el doble e incluso más. Tenían que ir a psicólogos, pedagogos, psiquiatras y tomar un montón de medicinas, todo para

que algún día pudieran llevar una vida normal. Tomaban una medicina para ayudar a centrarse en los estudios, ya que sufrían de TDH o síndrome de déficit de atención, por lo que se distraían con cualquier cosa.

Adoraba a mis hermanos, dos chicos que siempre serían mis niños. Jarod era el mayor de los dos, dos años menor que yo. Su pelo rubio me daba envidia, ya que el mío se había oscurecido mientras que el suyo seguía de un rubio dorado precioso que, unido a sus ojos azules, era la excepción de la familia. Muchos habían hablado de que realmente mi hermano no era hijo de mi padre, que si éramos hijos de un alemán o vete a saber qué, ya que yo y mi hermano éramos rubios, aunque yo de rubia ya no tenía nada, de ojos claros, mientras que mi padre era moreno de ojos marrones. Con el paso del tiempo, se empezó a ver el parecido que teníamos con nuestro padre, cosa que a mí nunca me ha gustado, y las habladurías se acallaron al recordarles que mi bisabuela tenía unos ojos azules preciosos como los de Jarod, era como mirar el mismo cielo a través de ellos. Mis ojos eran verdes aunque según le diera el sol eran más claros o no.

Mi hermano pequeño, Artie, cuatro años menor que yo, era lo contrario a nosotros. Moreno, alto y delgado con sus ojos oscuros como la familia de mi padre. Pensar que él era el que más habría sufrido desde el mismo momento en el que vino al mundo me conmueve y hace que lo cuide más si cabe.

Artie fue un niño grande, el parto fue complicado por la estrechez de cadera de mi madre. El cordón umbilical se había enrollado en el cuello, y al estar la cabeza de Artie medio fuera, fue imposible practicarle una cesárea a mi madre, por lo que al nacer estuvo unos instantes en parada cardiorrespiratoria y, aunque lo reanimaron, su cerebro se dañó. Por ese motivo, Artie era el más afectado y más medicado e iba con más asiduidad a los logopedas para mejorar.

Mi madre había sufrido todo tipo de humillaciones, golpes, desprecios, amenazas entre otras cosas. Mi madre había aguantado todo eso por nosotros y, cuando al final conseguimos que se separara de mi padre, la cosa empeoró.

Mi padre amenazó a mi madre por haberle dejado. Le juró que nos iba a dejar en la más absoluta miseria y duele ver que fue así. Jamás pagó la manutención de mis hermanos, se excusaba diciendo que le habían dado un papel que ponía que no tenía familia e hijos, por lo tanto, no tenía que pagar nada a nadie. Y mientras mi madre y yo pasábamos penurias para poder comer y llegar a fin de mes, él andaba de parranda pagando rondas a todos sus amigos en los bares.

Por ese motivo, cuando mis padres se divorciaron, enseguida busqué un trabajo para ayudar en casa.

Recorrí las calles de New York entregando solicitudes, haciendo entrevistas y cuando mi moral casi rozaba el suelo, conseguí mi mal pagado empleo de secretaria. Una conocida me había hablado de una empresa de publicidad y, dados mis estudios de administración, podía tener una posibilidad de conseguirlo, y quién sabe si en un futuro formar equipo con publicistas y aprender otra profesión me llamaría la atención.

Para la entrevista, me vestí con mi mejor traje, me maquillé y me peiné de un modo juvenil, pero sobrio, y con los nervios a flor de piel me encaminé a las oficinas. Había cinco chicas sentadas rellenando unos papeles y allí mi ánimo se quebró, ellas eran más mayores, seguro que con experiencia en el trabajo, y yo iba solo con mis prácticas de empresa después de finalizar mis estudios. ¡No tenía ninguna posibilidad de conseguir el trabajo!

Una chica muy amable, con una sonrisa sincera, se acercó a mí y, después de preguntarme si venía a la entrevista y que yo asintiera, me dio los papeles para rellenar como las demás señoritas que estaban allí sentadas.

Al salir la última chica de la oficina, me dirigió una mirada cargada de superioridad que hizo que me sintiera pequeña. ¿Qué estaba haciendo allí? Me mandaron pasar y, antes de abrir la puerta, inspiré profundamente para relajarme y dar lo mejor de mí. La entrevista fue corta, muchas preguntas de rigor, y al saber que no tenía experiencia previa, mi entrevistador hizo una mueca que no me gustó nada, a lo que rápidamente añadí que aprendía deprisa y tenía muchas ganas de trabajar. Me fui con la sensación de haber perdido el tiempo y que jamás encontraría un trabajo, pero días después me citaron en las oficinas para firmar el contrato y empezar a trabajar a principios de mes. Empezando así

una nueva rutina para mí. Conseguí sentirme útil para mi familia y crecer profesionalmente.

En dos años, no había visto a mi padre más de tres veces y siempre había sido para hablarme mal de mi madre, por lo que, cuando mi prima me avisó de su estado, no sabía si ir o no, pero claro, yo era la única familiar directa a la que podían informar; mis abuelos eran muy mayores y no podían desplazarse si no los llevaba alguno de mis tíos, cosa complicada ya que, tanto mis tíos como sus hijos, tenían unos trabajos bastante esclavos. Sin embargo, mi horario era bastante flexible porque me amoldaba a lo que me pedían mis jefes y muchas veces trabajaba desde casa si necesitaba cuidar de mis hermanos, podía estar pendiente de la hora de visita del médico para recibir las noticias de su evolución, ya que a su «querida» novia no le decían nada si yo no estaba delante, porque para los médicos no era familiar.

Su «novia», aquella tipa inencontrable que veía a mi padre como el mejor método de salir de las calles como si fuera la nueva pretty woman, tenía dos hijas y una nieta.

Yo conocía a una de las hijas, que se había convertido en amiga mía a raíz del trabajo, Shanaya. Ella era mensajera y nos veíamos tanto que, al final, a veces salíamos a tomar un café, al que siempre invitaba yo. Le había contado mi situación. Todo lo que mi padre había hecho con mi madre y mis hermanos, y todo lo que había tenido que ver y vivir desde mi infancia. Ella me apoyaba, me daba ánimos para luchar por mis hermanos, hasta que un día gracias a Facebook vi una foto de mi padre con su madre en actitud cariñosa; sorprendida llamé a mi amiga para que avisara a su madre, lo que nunca me esperaba fue la respuesta de la que creía amiga mía, porque sabía de sobra lo que había pasado en mi familia. Lo que me dijo fue «mi madre es mayorcita, si ve algo que no le gusta ya le dejará». ¿En serio? Después de la última relación de su madre, en la que el tipo no le daba ni un dólar para tomar un café, ni le compraban ropa, me lo había contado en una de nuestras conversaciones. Me había dado pena que sus padres se desentendieran de ella de esa forma y me recordó a mi padre, por lo que no pude evitar ofrecerle la ropa que ya no nos valía a mi madre y a mí y, ahora, ¿me venía con esas? ¿Con todo lo que había hecho por ella me lo pagaba de esa manera? Una puñalada traperera que jamás iba a olvidar. Se habían pegado a mi padre como sanguijuelas y le chupaban todo el dinero que tenía que ser de mis hermanos.

Shanaya, gracias a mi padre, disponía de dinero para sus caprichos. Su madre tenía regalos sorpresa cada semana como ramos de rosas, bombones, entradas a algún espectáculo en Broadway, abrigos de piel y hasta un coche del que presumían en Facebook cada semana, consiguiendo que me dieran arcadas y ansiar más, si cabe, el final de esa relación chupóptero de la que tanto presumían. Siempre me preguntaba: ¿si tiene dinero para esas cosas por qué no tiene dinero para dárselo a mis hermanos para comer? ¿Cómo Shanaya podía coger el dinero de mi padre sabiendo las penurias que pasábamos nosotros? ¿No tenían conciencia? ¿Podían dormir de noche?

Miles de sentimientos contradictorios cruzaban mi mente al ver a mi padre en aquel estado. Por una parte, me parecía un castigo divino a todo lo que nos había hecho a lo largo de tantos años, aunque me jodiera el hecho de que no estuviera sufriendo, era como si estuviese dormido.

A pesar de todo, allí estaba, al lado de mi prima, mirando a mi padre en coma por un derrame cerebral. No podían operarle porque la zona afectada, junto con la medicación que él tomaba, hacía que la intervención le produjera problemas a largo plazo. En ese momento me sentí egoísta, ya que si se quedaba mal prefería que muriese, así no tendría que cuidarle ni preocuparme por alguien a quien había acabado detestando por sus múltiples salidas de tono y desprecios.

Mi prima Arnelle miraba las constantes vitales y la medicación que le administraban, ya que al haber dejado a media la carrera de medicina para ir a trabajar con mi padre, tenía conocimientos. Mi prima era también la que nos informaba de lo que en realidad pasaba con el dinero.

—Parece que está estable Alynn— me comentó Arnelle.

Arnelle era más bajita que yo, delgada y tenía una melena castaña dorada preciosa. Sus ojos eran grandes y marrones. Era muy risueña, siempre con una sonrisa en la boca, incluso en momentos como ese. Con su sonrisa me infundía ánimo, aunque no fuera la mejor de las situaciones. Era con la única de la familia que tenía contacto de vez en cuando, a ella sus padres también le habían hecho algunas jugarretas y por eso nos entendíamos.

Asentí con la cabeza sin dejar de mirar a mi padre. Muchas veces lo había visto en el hospital, pero nunca en coma con tantos tubos y cables. ¡El karma de verdad existía! Según el último reconocimiento del médico, su vida podría durar semanas, días, horas o morir al cabo de unos minutos, por lo que mi prima avisó a mi tío Hayden, que estaba lejos de Nueva York por un viaje de trabajo, para que volviera a la ciudad, ya que tan solo su corazón lo mantenía con vida y era un órgano joven, a pesar de toda la medicación que tomaba. Mi tío nos pidió que si empeoraba le avisáramos para venir y que tendría informado a su jefe para salir en cualquier momento para poder despedirse de su hermano. Le dijimos que nos parecía bien, igual se recuperaba y no sería necesario que estuviera aquí y perdiera su empleo.

La novia de mi padre lloraba desconsoladamente mientras le agarraba de la mano y le decía cosas que ni entendía, no porque no hablara en mi idioma, sino porque no me interesaba. No me sentía parte de eso, estaba incómoda viendo cómo una mujer, que a apenas conocía a mi padre desde hacía seis meses, le lloraba de esa manera, como si fuera el mejor hombre del mundo y recibiera un castigo que no merecía. ¿Acaso sobraba yo en la habitación? Por lo menos así lo sentía y opté por salir de aquella habitación en la que me sentía como un estorbo.

Salí fuera para despejarme y mi prima me siguió. La suave brisa que hacía en el pasillo consiguió que me calmara. Arnelle me abrazó y me dijo palabras de consuelo.

Capítulo 2

Dentro de mí, había una guerra entre lo que sentía y lo que debería sentir, estaba aliviada de alguna manera porque así no podría seguir beneficiándose otra familia de lo que era nuestro.

Mis hermanos eran muy buenos chicos. Aunque fueran mayores, ya que estaban rozando la mayoría de edad, siempre serían mis niños y los de mi madre, por los que había que luchar para darles un mejor futuro. No entendía cómo un padre podía pasar de sus hijos, y más si necesitaban tantas atenciones.

Ante la mención de mi padre, sentían terror, se encogían en sí mismos y se tapaban los oídos para no escuchar nada. Había sido muy duro para ellos, tenían recuerdos terribles al igual que yo. Recuerdo una vez en que mi hermano pequeño había pedido de beber mientras hacía una tarea de la escuela y mi padre no quería darle nada hasta que acabase, el pobre solo tenía sed y a mi padre se le cruzaron los cables, cogió a mi hermano, lo arrastró hasta la bañera donde, una vez dentro, abrió el grifo del agua caliente hasta que por la ducha empezó a salir agua hirviendo, incluso se veía el vapor salir hacia el techo del baño. Mi hermano chillaba, yo corrí para sacarlo de allí mientras mi padre miraba como si aquel no fuera su hijo, como si fuera la escena de una película a la que podías bajar el volumen. Afortunadamente a mi hermano no le quedaron secuelas, pero es algo que yo no logro sacar de mi mente, incluso ahora, tras varios años, son muchas las noches que tengo pesadillas con ese momento.

Los días pasaban, mi padre estaba estable, por lo que empecé a preocuparme por el ritmo de los negocios y quién estaría dirigiendo los locales en su ausencia. Al ir a visitarlos en mi día de descanso, no me dejaron ni mirar las cuentas, dar órdenes o que me informaran de cómo iba la empresa, en todos los locales se limitaban a decirme: «habla con tu tío Mathew». ¿De qué tenía que hablar con mi tío sobre los negocios de mi padre y que, si por algún motivo acabara muriendo,

serían míos y de mis hermanos? ¡Nada tenía sentido! ¿Por qué mi tío se metía en mi vida de esa manera? ¿Se creía mi padre? ¿Por qué no me dejaba en paz?

Un día que mi tío Mathew vino a visitar a mi padre, le pregunté por qué no podía dirigir los negocios de mi padre si eran míos también, ya que al separarse de mi madre había descubierto que estaba de avalista del negocio más grande porque había pedido una hipoteca para montar semejante local con aparcamiento. Me había fiado de él después de todo lo que había pasado, pero le vi tan mal que me dio pena. Mi madre me enseñó que siempre hay que ayudar si se puede, que debemos ser generosos porque según lo que uno siembra es lo que recoge, o como también le gusta decir «haz el bien y no mires a quién».

Me pidió que firmara unos papeles que le habían dado para rebajar unas cuotas de la hipoteca del local, que estaba teniendo un bache y los locales no daban el dinero de siempre, por lo que si le hacían esa rebaja podría pagar mejor la cuota. Me prometió dejarme llevar el restaurante como si fuera mío, y yo, ilusa, le creí y firmé sin leer. Necesitaba un buen empleo con buen sueldo para poder ayudar a mis hermanos, así, si yo

llevaba todo el dinero, mi madre se podía quedar en casa a cuidar de Jarod y Artie y no pagar a una chica por las horas que estábamos fuera y que no podíamos atenderlos.

Mi tío, por toda respuesta, me dijo que él se haría cargo hasta que se solucionara la situación de mi padre, que después hablara con él para ver qué haríamos con la empresa. ¿En serio estaban intentando darme órdenes? ¿Pero no se daba cuenta que yo podía quedarme sin nada si ellos gestionaban mal las finanzas? Ya no solo yo, sino mis hermanos y mi madre podrían verse en la calle si tenía que pagar semejante deuda. Mi madre ya tenía dos trabajos, uno por las noches limpiando oficinas mientras yo cuidaba de los niños y otro por la mañana de recepcionista en un Bed&Breakfast a la vez que yo empezaba mi jornada laboral de secretaria, mientras que una chica se ocupaba de las necesidades de mis hermanos.

Intenté no cabrearme más de lo necesario, ya que dos cosas definían a toda la familia, la cabezonería y el egoísmo. No servía de nada ponerme de malas y hacerme mala sangre por los idiotas de mis tíos mientras mi padre siguiera en el hospital. Si algo pasaba al final, yo heredaría los locales y los manejaría para darles una mejor vida a mis hermanos. ¡Ellos se lo merecían todo! ¡Trabajaría lo que hiciera falta!

Capítulo 3

Me quedé de pie mirando el cuerpo amarillento de mi padre.

Aún seguía conectado a los monitores, pero ya no había constantes vitales que registrar.

Mi prima me abrazaba temiendo que me derrumbara, pero la única que lloraba desconsolada era su novia. Lloraba tanto que casi podría haber creado un lago en plena habitación. Normal, se le acababa el dinero de repente y tendría que volver a trabajar. Yo seguía sintiéndome ajena a lo que estaba viendo, como si fuera una película. No me lo podía creer.

El día anterior, la doctora que llevaba el caso de mi padre había pedido mi firma para hacerle una traqueotomía ya que, según ella, respiraba más de lo que la máquina le daba, y esperaban que con esa pequeña intervención mi padre consiguiera salir del coma y recuperarse lentamente. Y ahora... estaba muerto.

Nunca he deseado mal a nadie, sí que le dieran un susto y recapacitara de lo que estaba haciendo con sus hijos, pero nunca que se muriera. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? Cuando me dejaron sola, avisé a mi madre y enseguida me dio el teléfono del que se encargaba de la póliza de defunción de mi padre. Llamé y dijo que en media hora estaría en el hospital para hacer el papeleo.

Las enfermeras salieron empujando una camilla en la que llevaban a mi padre, tapado con una sábana blanca hasta la cabeza. Me quedé petrificada cuando una de las enfermeras me tendió una bolsita pequeña con la ropa interior de mi padre. ¿Qué iba hacer yo con eso? Me quedé mirado la bolsa y enseguida la tiré a un contenedor de basura. ¿Para qué quería una bolsa de ropa sucia?

Esperé al chico en la puerta del hospital, que tras las debidas presentaciones, apretones de manos y condolencias, me explicó lo que iba a pasar de ahora en adelante. Tenía que ir a por un certificado de defunción, tendría que firmar no sé qué papeles y después tendría que ir al despacho a preparar todo lo del funeral y el tanatorio. La novia de mi padre se había ido a por la ropa para ponerle y nos la traería al despacho del chico.

Mi prima Arnelle me acompañó al despacho y el chico enseguida nos enseñó una gama de ataúdes que entraban dentro del presupuesto. Hacía tiempo que no veía a mi padre, que me intentaba joder la vida por todos lados, y ahora estaba buscando un ataúd que me pareciera bien para meter su cuerpo y luego enterrarle. Mientras el joven hablaba, yo solo era capaz de pensar si eso me quitaría mucho tiempo de estar en casa con Jarod y Artie, pero allí me encontraba con veinticuatro años eligiendo ataúd, flores, coronas, mensajes para las bandas, la hora de la misa, la sepultura y miles de cosas más que se me hacían grandes. Sabía que este momento llegaría, pero no tan pronto ni de esta manera. Mi prima me ayudó con todas las decisiones, lo peor fue ponernos de acuerdo con lo de la esquela, justo en ese momento entró la novia de mi padre para traer la ropa e interesarse por las cosas. Cuando Arnelle le dijo que estábamos con la esquela, ella preguntó: «A mí me pondréis, ¿no?», y allí empezó una discusión que acabó con la novia de mi padre fuera del local y yo al borde de un ataque de ira. ¿Quién era ella para exigirme ponerla en algo de familia? No

estaban casados, así que no tenía obligación de ponerla en ningún sitio, por mucho que llevara seis meses con él o los que llevara, me daba igual. Me había puesto roja de la ira, las ganas de decirle alguna que otra verdad me golpeaban en la boca, pero sabía que no debía dejarlas salir, pues a nadie le importaba mi vida ni las penurias que nos había hecho pasar mi padre.

Seguimos con las decisiones una vez que nos tranquilizamos. Al terminar, aquel chico con su sonrisa amable nos explicó que iba a ir a vestir a mi padre, meterle en el ataúd y que en unas dos horas estarían en el tanatorio. Mi prima se fue para avisar a la familia y yo a casa de mi madre a cambiarme de ropa e intentar comer algo, pues me esperaban unas largas horas en el tanatorio recibiendo a la gente, sus condolencias y frases tipo: «siempre se van los buenos», «con lo joven que era», «pobre familia», «debe ser muy duro decir adiós a un hijo» y miles de cosas más seguidas de oraciones por su alma, para que pudiera ir al cielo y descansar en paz. Tan solo de pensarlo ya se me revolvía el estómago.

Abrí mi armario y busqué algo de ropa negra y cómoda. Unos pantalones vaqueros oscuros, una camiseta negra amplia y una chaqueta fina de color gris oscuro. Me volví a peinar y me hice una coleta de caballo con mi melena y en el flequillo una trenza que uní a la coleta. Me miré de arriba abajo antes de salir y me encontré con mis ojos verdes apagados, les faltaba ese brillo de siempre, pero supuse que sería por el shock en el que me encontraba.

Fui al tanatorio, habíamos decidido, mi madre y yo, que debíamos ahorrarles a mis hermanos el mal trago, que conmigo ya había representación suficiente de los hijos.

En una pequeña habitación separada del resto de la funeraria, ya estaba el ataúd de mi padre cerrado, con una vela a cada lado del mismo, donde se empezaban a amontonar las coronas y flores que habíamos encargado. En aquella sala fría, con una lóbrega luz alumbrando la estancia había una zona de sofás, había dos sofás seguidos a ambos lados de las paredes para dejar el centro libre. Me senté cerca de la puerta, aún me sentía ajena a todo eso a pesar de haberlo organizado. Estaba segura de que mis abuelos preferían hacerlo todo en su casa, habría más luz y sería más íntimo, pero él tampoco se merecía cosas mejores.

Llegó la familia de mi padre, nos abrazamos y nos dijimos palabras de consuelo. Me sentía extraña entre aquella familia que durante tantos años nos habían despreciado y ahora hacían ver que eran una familia ejemplar, a lo que tuve que sumarme, ya que las apariencias eran lo más importante para ellos.

Mi abuela venía llorando y con un pañuelo en la mano, mi abuelo con su bastón despacio se acercó al cristal para apoyar la mano y sentarse. Mis tíos lloraban, venían con los ojos hinchados y rojos y se apresuraron a sentarse en los sillones mientras poco a poco se iban sumando familiares que hacía años que no veía, o que incluso ni conocía. Yo seguía en mi esquina, mirando todo como si no fuera conmigo y respondiendo a las condolencias que algunos me daban, la mayoría iban porque conocían a algunos de mis tíos o a mi abuelo y ni se acercaban a mí, cosa que agradecía internamente. La frase más repetida fue cómo había muerto mi padre y que todos esperaban una recuperación que no llegó. Mi prima estuvo a mi lado apoyándome en todo momento, se sentó a mi lado y hablamos de tonterías para olvidar el sitio en el que estábamos. Nos fuimos a tomar café para

despejarnos y alejarnos un poco de la multitud que se había formado, todos rezando por la salvación del alma de mi padre, un alma que no merecía perdón alguno.

Mi prima sabía que yo no era nada religiosa, al igual que mi padre, pero claro, la familia sí lo era, por lo que se debían mantener las apariencias, y para eso habían llamado a un cura amigo de la familia para que viniera a dirigir la oración. Todos allí de pie, rezando, mirando al suelo y susurrando palabras para mí sin sentido, ya que una vez muerto tienes tu castigo. Sí, castigo. Si has sido bueno irás al cielo y si has sido ruin, como mi padre, irás al infierno, o eso es lo que decían en la iglesia y con lo que nos metían miedo de pequeños. Supongo que es lo único de la religión que se me había quedado grabado en la mente. Había estudiado religión toda mi vida, pero había cosas que a mí no me cuadraban, aunque entendía la necesidad de la gente de creer en un Dios, que maneja sus vidas, y culpar de sus malas decisiones a un diablo, que es lo contrario a ese ser bondadoso al que rezan por la salvación.

Una hora antes de medianoche, cerraron el tanatorio y nos organizamos para venir al día siguiente.

A primera hora de la mañana, mi prima me salió al camino, ya que había cogido un autobús desde mi casa. Entré en un bar y cogí dos cafés para llevar, nos haría falta para despejarnos. Llegamos las primeras y, mientras mi prima iba a llamar por teléfono, me adentré en la sala y, por primera vez yo sola, pude pensar con tranquilidad y hablar al ataúd marrón.

—Aquí estás, no te has movido, y a partir de ahora no te vas a mover nunca más. Nunca he deseado mal a nadie, pero el destino y el karma se han aliado para darte tu castigo por toda la maldad que has cometido. No sé qué te llevó a comportarte así con nosotros, no tengo más que un par de recuerdos felices a tu lado y es muy duro reconocerlo. Jamás he tenido un padre —Las lágrimas de rabia bajaban por mis mejillas sin apenas percatarme de ellas—. Yo no he tenido un padre nunca. Todos te lloran como si hubieras sido la mejor persona del mundo, como si fuera una injusticia lo que te ha pasado, pero solo yo sé la verdad, solo yo he crecido entre miedos por tu culpa, ellos no saben nada de lo que nos has hecho pasar a mis hermanos, a mí y a mi madre. No esperes que rece por tu alma ni que te perdone por todo lo malo que nos has hecho vivir. Al final, cada uno tiene lo que se merece, y tú estás donde te mereces.

Justo cuando acabé de desahogarme, llegó mi prima y nos sentamos en el sofá. Ella era más pequeña que yo, pero era con la que mejor me llevaba de la familia, aunque no nos viéramos demasiado, siempre había podido contar con ella.

Empezó a llegar la familia a cuenta gotas, todos con caras largas, ojos hinchados y pañuelos en mano para, a mi entender, representar el papel de familia unida y destrozada. Mi tío Hayden, que había venido desde otra ciudad, no dejaba de llorar ni limpiarse la nariz ruidosamente. Tenía un aspecto cansado, su precioso pelo rubio no tenía brillo alguno y sus ojos azules, como los de mi bisabuela, estaban rojos e hinchados. La gente le abrazaba dándole palabras de consuelo, pero a mí no me engañaba. Había venido unas horas antes de que mi padre muriese y no había sido capaz de ir a verle para despedirse, y era algo de lo que él se lamentaba con toda la gente que le hablaba. Decía que quería mucho a su hermano y no se había podido despedir de él porque había sido de repente.

Lloraba a mares, como si fuera su único hermano y ahora ya no lo tendría. Al oírlo me giré y fui al otro lado, me conocía demasiado bien y no quería soltar unas cuantas verdades que le iban a dejar en evidencia delante de todo el mundo y no era el momento ni el lugar para dar que hablar por un numerito.

Nos turnamos para ir a comer y así no dejar solo el ataúd de mi padre, no entendía esa vigilancia; ahora ya nadie podría robar nada. Mis abuelos se fueron primero con uno de mis tíos y después nos fuimos mi prima y yo. Nos acercamos a mi casa, donde comimos algo ligero, ya que poca cosa nos entraba en el estómago y me pude relajar. Al llegar nosotras, se fueron los demás.

Al llegar allí, volví a notar esa sensación de estar viendo una película que no va conmigo, y sobre todo cuando al llegar la noche se presentaron la novia de mi padre con sus hijas. Creía que después del numerito del día de la esquila se iba a cortar y no vendría, que al llevar tan poco tiempo juntos y que ahora mi padre estaba muerto, comprendería que ya no hacía nada allí.

Me senté en un sofá enfrente de mis abuelos, y allí empezó una escena típica de un espectáculo de Broadway.

La novia de mi padre entró con los brazos abiertos, llorando e hipando. Se acercó a mi abuela y la abrazó, a lo que mi abuela le respondió llorando a su vez, mientras se fundían en un abrazo. La gente, de repente, se alejó de ellas y alguna hasta salió fuera, parecía que no era la única a la que le incomodaba aquella situación. Arrodillada, con los ojos enaguados en lágrimas y la cara roja, empezó su magistral actuación.

—Mary, lo siento mucho. Yo le quería, lo sabes, tu hijo cuando estuvo conmigo fue el hombre más feliz del mundo. No le ha faltado de nada conmigo.

—Lo sé.

Controlando las ganas de patearle el trasero mientras estaba arrodillada en medio de la sala, me levanté y salí del lugar. ¿Pero qué se creía esta mujer? ¡¿Que durante 26 años mi madre no había hecho feliz a mi padre?! La ira volvió a apoderarse de mí, la rabia crecía en mi interior, las palabras de esa mujer se clavaban en mí como si miles de cuchillos me estuvieran atravesando. Ella no sabía nada de mi padre, de todo lo que habíamos pasado, lo que había sufrido mi madre, el trabajo que le daba, ya que nunca quería tomarse sus medicinas, incluso se las preparaba toda la semana en un cacharrito día a día con todas las que tenía que tomar por la mañana y la noche mientras que las del desayuno se las dejaba en un platito pequeño al lado del desayuno; le hacía el desayuno como si fuera un hijo más. Le cortaba las uñas, le hacía curas, le perdonaba salidas de tono e infidelidades y, ahora, ¿esta venía y decía que con ella había sido feliz?

Salí de allí esperando respirar aire fresco y así tranquilizarme, pero allí estaba mi examiga, Shanaya, la hija de la Pretty Woman.

Estaba con un par de personas más cuchicheando y, al verme, se acercó más para hablar más bajo. Aun así, pude escuchar cómo decía que era más importante para mí el trabajo que ir a estar con mi padre en el hospital, esas palabras me enervaron de sobremanera. ¿Qué tenía esta familia que sacaba lo peor de mí? ¿Por qué no se quedaban calladitas en un rincón en vez de dar el espectáculo? Yo tenía que trabajar para sacar a mi familia

adelante, darles una calidad de vida buena a mis niños y es verdad que cuando me avisó mi prima no fui corriendo a pedir el día en el trabajo, pues primero acabé mis cosas pendientes y luego fui al hospital con mi prima. ¿Si a mí me despedían, de que íbamos a vivir? ¡No podía darle más cargas a mi madre!

La miré dándole a entender que la había escuchado, que no estaba de acuerdo y que era mejor que no me enfadase, ella sabía cómo era mi carácter, por eso, al verme mirarla rápidamente se calló, solo tenía que aguantar toda esa parafernalia unas horas más, al día siguiente enterraríamos a mi padre.

Sentada en un banco en la puerta del tanatorio con las palabras de aquella mujer y Shanaya resonado en mi mente, cerré los ojos intentando calmarme, y sin poder evitar que los recuerdos aflorasen, me abandoné al que empezaba a aparecer como una película que creía olvidada.

Tenía unos ocho o nueve años, mi madre acababa de limpiar los platos de la comida y no sé qué le había picado a mi padre que estaba chillando como un energúmeno. Sentí llorar a mi madre y enseguida fui a ver qué pasaba. Al ver la escena, empecé a chillar. Mi madre estaba arrinconada entre la nevera y la encimera, donde estaba el fregadero, mi padre estaba delante de ella con la mano levantada y rojo como si llevara tiempo sin respirar. Mi madre se tapaba con los brazos y lloraba. Empecé a gritarle a mi padre y a pegarle patadas para que se alejara de mi madre. Al final lo logré y mi padre se marchó de casa dando un portazo.

Por momentos como ese a lo largo de toda mi vida, no le lloraba, no sentía su pérdida ni tampoco iba a fingir dolor cuando en el fondo no lo sentía. ¿Era una mala hija por sentirme así?

Suspire y abrí los ojos, llamé a casa para comprobar que Jarod y Artie estuvieran bien, nunca había pasado tanto tiempo alejada de ellos si no era por trabajo, me atendió al teléfono Sandy, la chica que cuidaba de ellos mientras estábamos trabajando. Era una chica joven, con estudios, y mis hermanos la adoraban casi como a alguien más de la familia. Saber que estaban en buenas manos era lo que más nos tranquilizaba a la hora de dejarlos e ir trabajar. Tras hablar unos minutos con ella y otros tantos con mis chicos, más tranquila, volví al interior del tanatorio. La gente estaba dentro de la sala rezando para evitar eso, esperé a que terminaran para entrar y saludar a la familia. Una vez dentro, me senté en el asiento que había sido mío desde que empezó el velorio. Me fijé en las flores que se arremolinaban entorno al ataúd y me sorprendí al ver nombres que no conocía.

El tiempo pasaba despacio y, cuando ya anochecía, mi prima me llevó a casa y se quedó a cenar con nosotros, mi madre quedó algo sorprendida por la repetición, pero nuevamente no le faltó un hueco en la mesa. Después de cenar, quedamos en vernos al día siguiente en el tanatorio para levantar el féretro y llevarlo a la capilla donde se oficiaría la ceremonia y después la sepultura. Mis hermanos vendrían a la misa, pero nada más, no queríamos crearles más traumas con los que no pudieran lidiar en un futuro.

Antes de caer rendida en los brazos de Morfeo, mi mente voló al soborno que habrían tenido que hacer mis abuelos para que les dejaran aquella pequeña sala en exclusividad para que la familia le diera un último adiós a mi padre. La indignación se abrió paso por mis venas al darme cuenta, una vez más, que no éramos nada para ellos, pues para mi

padre había dinero y para mis angelitos no.

A la hora de llevar el ataúd, la familia lloraba a amares, alguien gritaba dolorosamente. A la madrina de mi padre le fallaron las piernas, por lo que sus hijos tuvieron que llevarla a cuestas y a mí simplemente me abrazaron cuando un par de lágrimas solitarias resbalaron por mis mejillas. ¿Por qué lloraba? No lo sabía. Se llevaron las flores, las coronas, todo lo que le había acompañado estos días y, tras el coche fúnebre negro con las coronas grandes colgadas, fuimos en los coches haciendo una procesión hasta una pequeña iglesia a la que iba toda la familia desde hacía mucho tiempo. En esa pequeña se casaron mis tíos e celebraron la renovación de votos de matrimonio de mis abuelos, al igual que los bautizos de casi toda la familia. Incluso los curas tenían muy buena relación con mi tío Mathew, mi primo y mi abuelo.

Al llegar a la iglesia, ya había vecinos y algunos familiares de mi padre que habían decidido ir allí directamente sin pasar por el tanatorio. El coche aparcó delante de la entrada y, con una pequeña grúa metálica, llevaron el ataúd marrón por todo el pasillo de la iglesia para dejarlo delante del altar.

Las palabras del pastor hicieron que la misa fuera emotiva, los lloros de la gente llegaban a mis oídos consiguiendo que me sintiera incómoda porque yo no lloraba su muerte. Mi primo al final salió a agradecer a todos los que nos habían acompañado en tan doloroso evento y pidió que rezaran por su alma para darle el eterno descanso que merecía.

Detrás del ataúd, fuimos todos los de la familia por el pasillo central de la iglesia, íbamos a darle sepultura en el cementerio. Mis abuelos habían comprado un mausoleo hacía muchos años y era donde le iban a meter, aunque él siempre había dicho que quería que lo enterrasen junto a su abuela, pero no podía ser.

Entre llantos, flores y visita de la novia incluida, encerramos a mi padre en el mausoleo familiar, después de un último adiós.

Ver a la novia me había enfurecido, pues habíamos especificado que el sepelio iba a ser en la más estricta intimidad familiar y ella no era familiar ni lo había sido. ¿No podía enterarse ya de que no era bien recibida? ¿Que no tenía nada que hacer en ese lugar? Cuando recogimos las flores, le dije si quería llevarse las suyas. Eran demasiadas flores para el sitio que había, e íbamos a repartirlas entre otros familiares que estaban allí enterrados.

Ella cogió un par de flores y se fue. Esperé a que se marcharan todos y tiré todas las flores que no habíamos podido colocar a nadie en el cubo de la basura. Las primeras que tiré, y con más ganas, fueron las de la novia de mi padre.

Ahora podríamos respirar, podría hacerme cargo de los negocios de mi padre y darles una mejor vida a mis hermanos y a mi madre. Lo único bueno que habíamos sacado de aquello es que todas las propiedades de mi padre pasarían a nuestras manos por ser sus únicos herederos.

La voz de mi conciencia enseguida me acalló, pues mi padre podía haber hecho testamento y dejarle todo a su novia, entonces nos tocaría pelear por lo que era nuestro.

Capítulo 4

No me costó nada volver a mi rutina de trabajo y, con el tiempo, tampoco noté la ausencia de mi padre.

Un día recibí una llamada de Lorna en el trabajo, Jarod y Artie estaban teniendo una crisis de ansiedad muy fuerte. Al llegar a casa, me los encontré hiperventilando, acurrucados cada uno en un rincón de su habitación y blancos como la tiza. Lorna ya había llamado al doctor Haumen, el psiquiatra que los trataba desde pequeños. En menos de media hora, ya estaba en casa.

Atendió a Artie el primero, pues es el que estaba peor. Estaba encogido sobre sí mismo en una esquina de la habitación, acunándose y con la mirada vacía a la vez que intentaba respirar rítmicamente. Después de inyectarle algo, mi hermano se relajó y quedó tendido sobre el suelo.

Jarod había conseguido respirar normalmente, pero tenía la mirada fija en el armario, como si esperase ver salir algo en cualquier momento. Después de explorarle y hablar con él, le dio una pastilla que se puso debajo de la lengua.

Salió de la habitación dejándolos solos, con la persiana bajada y la puerta entrecerrada.

El doctor se acercó a nosotras.

—Ahora estarán bien. Tienen que tomarse estas pastillas cada ocho horas. —Dijo extendiendo una receta—. El tratamiento es para un mes. Una vez acabado, tendrán que venir a la consulta para que los evalúe de nuevo.

—Claro, doctor. —dijimos al unísono las dos.

Al terminar de explicarnos, nos extendió la factura, cuanto cogí el papel y vi el importe casi me da un patatús, ¡dos mil dólares!, las urgencias se pagaban caras, miré a mi madre y ella negó.

—Doctor, ¿no le importa que paguemos poco a poco como otras veces? —preguntó mi madre—. No disponemos de este efectivo ahora mismo, el padre de los niños acaba de fallecer y pagar todo nos ha supuesto mucho.

El doctor asintió ante la mirada de preocupación de mi madre, esta le dio el efectivo que teníamos en casa para emergencias, que no llegaba a cubrir ni la mitad de la minuta y, con el compromiso de vernos en un mes, el doctor se fue. Ahora me quedaba lidiar con el farmacéutico.

—Necesitamos las pastillas, por favor.

—Es una medicación cara, Alynn, has de entender que me arriesgo mucho. ¿Y si no consigues el dinero?

— ¿Alguna vez te he fallado?

—No, pero...

—Thomas, por favor. Mis hermanos la necesitan.

La suplica en mi voz y las lágrimas luchando por no salir, lo hicieron negar y claudicar.

— ¿Puedo confiar en que semanalmente me traerás un tanto por ciento del importe? —Me preguntó con cierta reticencia.

—Sabes que sí. Estaré aquí todas las semanas como un reloj.

—Bueno, aquí las tienes —Dijo tendiéndome una pequeña bolsa de papel con las medicinas a la vez que suspiraba.

—Gracias. Muchas gracias, Thomas.

Las lágrimas recorrieron mis mejillas mientras tomaba las medicinas para mis niños.

A los cuatro días, y gracias a la agencia que llevaba el tema de la defunción, empezamos a arreglar los papeles para conseguirle una paga a mis hermanos por orfandad, a mi madre no pudieron conseguirle más que una ayuda por cuidar de los niños, aunque gracias a ella y con mi sueldo, pudo dedicarse por completo otra vez de Jarod y Artie, aunque a veces llamábamos a Lorna para que mis hermanos no la echaran en falta y no fuera un cambio muy brusco para ellos.

Dimos muchas vueltas organizando todo el tema de la herencia y, al hablar con mi tío Mathew sobre los locales de mi padre, nos dijo que habían entrado en quiebra y que había que cerrar todos los locales y venderlos para así poder pagar algunas deudas a proveedores y no sé qué cosas más que había sin pagar.

Mi padre amaba esos locales. Eran muy importantes y me extrañaba mucho que estuvieran en bancarrota, algo había tenido que pasar. No creía que la Pretty Woman se hubiera gastado todo el dinero que daban. Mi tío no era muy dado a las finanzas, para eso estaba mi primo Daylen, que ya había estudiado contabilidad y finanzas y era bastante bueno en su trabajo; hasta llevaba fortunas importantes y, como era de esperar, la de mi familia también. Mi prima Arnelle me confirmó que los locales tenían muchas deudas, que había empleados que no cobraban desde hacía meses y que los proveedores ya no llevaban provisiones, por lo cual habían decidido cerrar los locales y tratar de venderlos para ir pagando deudas acumuladas tanto de los negocios como personales de mi padre. Me pareció bien en el momento, ya que nos veíamos ahogadas en deudas, y si con eso íbamos a solucionar la mayoría de los problemas no había mucho que pensar.

Una abogada nos llevó todo el tema de las sucesiones, la aceptación de la herencia y el tema de las deudas con los bancos, ya que como bien nos había explicado al haber bienes siempre es mejor aceptar las herencias. Lo bueno es que los locales se fueron vendiendo bastante bien y pudimos pagar casi todas las deudas pendientes, menos la del local grande, que nadie se había interesado en él y del que yo era avalista.

Capítulo 5

Fueron muchas las ocasiones en las que no creí que pudiéramos llegar a fin de mes, incluso me vi obligada a trabajar en un bar de copas por las noches, para que, con el trabajo de secretaria, en el que me habían subido el sueldo, nos llegara para todo y poder sobrevivir hasta acabar de pagar todas las deudas.

Como siempre, volví a distanciarme de la familia. Solo de vez en cuando me veía con mi prima para tomar un café rápido, pues no tenía tiempo de mucho más. Hablábamos de tonterías, de chicos, libros y cosas que me hacían desconectar de todo el agobio que estaba pasando por esos momentos, como ella se había quedado sin trabajo estaba libre.

Sin darnos cuenta muy bien por qué, todo empezó a empeorar de nuevo. Mis hermanos tuvieron que tomar más medicinas, que muchas veces nos llevábamos sin pagar creando una deuda en la farmacia. Las facturas de los profesionales que les atendían subieron, el logopeda se negó a atenderlos si no podíamos pagarle, alegando que ya teníamos bastantes deudas y que nos hacía un favor, ¿a quién?, a mis chicos no. Ese día, me lo pasé llorando, ¿y si alguno más se negaba a atenderlos? La situación se estaba poniendo al límite y yo no podía trabajar más, había buscado otros trabajos mejor pagados, pero nunca me llamaban y seguía en el mismo trabajo de secretaria. Mi madre tuvo que volver a trabajar, pero por si acaso investigaban, ya que con la ayuda que le daban no podía trabajar, volvió a la empresa de limpieza de locales nocturna. Como yo también trabajaba por las noches, tuvimos que volver a llamar a Lorna que, tras explicarle la situación económica, acepto encargarse de Jarod y Artie de modo gratuito hasta que pudiéramos pagarle. Mi madre se lo agradeció entre lágrimas, esa chica era un ángel. Los niños no daban mucho trabajo por las noches, ya que una vez tomada la medicación, se dormían, ya podía haber un terremoto que no se enteraban, tenían el sueño muy pesado.

La situación era bastante peliaguda, apenas dormía cuatro horas diarias y todo ese ajetreo poco a poco me iba consumiendo. Me miraba al espejo y apenas me reconocía. Si permanecía de pie era gracias a los litros de cafeína que me metía en el cuerpo, no solo cafés sino también bebidas energéticas que me mantenían en un estado de alerta constante. ¡No podía dormirme!

Con ese ritmo de vida y dado que cada vez veía menos a la familia de mi padre, no me había enterado del empeoramiento de la salud de mi abuelo. Un hombre vital, que adoraba la cocina igual que mi padre y que desde que se había retirado vivía por y para sus nietos, bueno mis primos. Siempre había notado el desprecio hacia nosotros en esa familia, conseguían que hasta la reunión familiar de navidad fuera una tortura para nosotros.

Recuerdo una navidad con mucha claridad, no sé exactamente qué edad podía tener, pero igual rondaba los diez u once años. Habíamos ido como cada Nochevieja a casa de mis abuelos en Manhattan. Al llegar, nos saludaron con un frío y distante «hola» y nos fuimos al salón a esperar a que nos llamaran para cenar mientras los mayores se quedaban en el comedor bebiendo licores y cervezas. Cuando llegaron mis primos, enseguida todos corrieron a besarles, abrazarles y desearles una feliz navidad mientras nosotros tres mirábamos todo como si fuera una película en la televisión. A la hora de la cena, como

siempre, nos sentamos en la zona más alejada de la mesa mientras que mis primos recibían todas las atenciones de la familia por sus buenas notas, lo aplicados que eran, lo mucho que cuidaban de su salud espiritual yendo cada domingo a misa y demás fechas señaladas. Qué decir tiene que a nosotros nos ignoraban, por mucho que mis hermanos se esforzaran y buscaran su reconocimiento, les hacían el mismo caso que al mueble que había junto a la chimenea. Siempre habíamos sido una decepción, pues mi abuela había intentado por todos los medios que ingresara en un convento como novicia, que diera mi vida a un Dios que permitía injusticias. Mi abuela había estado a punto de convertirse en monja cuando conoció a mi abuelo y lo dejó todo por él, se ve que muy devota no era. Supongo que como no tuvo ninguna hija a la que inculcar su sueño truncado, me eligió a mí al ser su primera nieta, pero tampoco es que diera buen resultado.

Al terminar de cenar, mi tío Mathew dijo que Santa Claus había escondido los regalos de navidad por la casa y había dejado pistas para que los encontrásemos. Mis hermanos se frustraban al ver que nuestros primos los conseguían con facilidad. A mi primo le habían regalado un coche de colección, un descapotable rojo brillante en un pequeño pedestal con el nombre del coche; a mi prima, después de romper el papel de regalo que envolvía una caja marrón, descubrió una casa de muñecas con todos los detalles que puedes imaginar en una casa de verdad; a mis hermanos les regalaron un paquete con coches pequeños de plástico y una peonza de madera y a mí unos pendientes de, según lo que ellos dijeron, «plata de primera ley» que se doblaba por todas partes y que si los tenía un poco en la mano cambiaban de color a un verdoso oscuro que daba mucho asco. Mis otros tíos colmaron de regalos a mis primos, mientras que a nosotros ni una sola mirada nos dirigieron.

Mi mente no es capaz de recordar algún recuerdo bueno de esas fiestas familiares. Aprendí a no esperar nada de ellos y, como siempre, defender a mis hermanos de esa familia que nos trataban como si fuéramos hijos del servicio, con los que cumplir por algún tipo de obligación y no sangre de su sangre.

Gracias a todo eso, mi madre cada vez intentaba menos adaptarse a esa familia que nos despreciaba, por lo que solo acudíamos a fiestas por obligación, como las benéficas que hacían una vez al año, navidades, año nuevo y al cumpleaños de mis abuelos.

Un día, navegando por una red social, vi una foto de mi abuelo abrazado por mi prima en el hospital, por lo que decidí hablar con ella e informarme. Mi abuelo había estado ingresado varias veces por insuficiencia respiratoria en los últimos meses en los que se acercaba el frío invierno, al igual que no me habían avisado de que mi abuela había comenzado un tratamiento para frenar el avance, dentro de lo posible, del alzhéimer.

Mi prima me mandó un mensaje al acercarse la fecha del año de la muerte de mi padre, ya hacía un año que nos había dejado y apenas me había dado cuenta. Mi vida era puro ajeteo y solo pensaba en cómo llegar al siguiente día sin darme cuenta de fechas ni nada por el estilo. La familia, como siempre, había decidido hacer una ceremonia por el cumplimiento del año de la muerte de mi padre en la iglesia que frecuentaban. Me avisaban de la hora y el día para que acudiera con mis hermanos a la misa.

Me debatía entre ir y no a esa ceremonia en la que iban a poner a mi padre otra vez como la mejor persona del universo, buen padre, gran hijo y sobre todo un tío cariñoso que se

desvivía por su familia. Cuando hablaban así, me daban ganas de salir corriendo, pues ese no era el hombre que yo conocía, pero sabía perfectamente que es como se mostraba a la gente; un tipo elegante, de aspecto cuidado, con un gran corazón y con ganas de ayudar al prójimo como un buen samaritano, pero ese no era mi padre y tanto mi madre como yo lo sabíamos perfectamente, al igual que mis hermanos, que desde que ya no estaba mi padre cerca estaban mucho más tranquilos.

Llegó el día de la misa breve en honor a mi padre. Nos reunimos en la entrada de la iglesia y, al ver a mi abuelo me asusté, parecía una sombra de lo que había sido. Iba en una silla de ruedas, en su cabeza no había rastro alguno de la pequeña corona de pelo blanco que la rodeaba. Había adelgazado tanto que parecía un saco de huesos y piel, pero lo que más me impresionó fue la lentitud de su respiración, como si no le importara lo más mínimo si le llegaba aire o no a los pulmones. Me acerqué a saludar y, después de decirle que esperaba que se mejorara, me acerqué a mi prima Arnelle para que me explicara qué le pasaba al abuelo. Según ella, estaba todo bien, solo que apenas comía desde que se había muerto su hijo. Era como si le faltara algo y, aunque sus otros hijos estaban ahí, él se había sumido en un estado del que nada ni nadie lograba sacarlo.

Mi abuela, ajena a todo, iba del brazo de mi tío Mathew para sentarse en uno de los bancos.

Después de la ceremonia de una hora y media, lo que para mi familia paterna era breve, nos despedimos con promesas por ambos lados que sabía que no se iban a cumplir, como la de mantenernos en contacto y volver a reunirnos en fechas señaladas.

Un día, al meterme en la cama al salir del bar de copas, fui arrastrada a los brazos de Morfeo. Caí sin percatarme siquiera, tal vez producto de las pastillas que usaba para dormir o tal vez del mismo cansancio que mi cuerpo acumulaba.

«Estaba en casa de mis abuelos. Recorría el pasillo estrecho hacia el salón en busca de mi abuelo, que estaba sentado en su butaca de brazos de color marrón oscuro. Mi padre estaba junto a él, apoyando su mano en el hombro caído de mi abuelo. Miré a mi padre. Y dije:

—¿Qué haces aquí?

Mi padre dirigió una mirada al suyo antes de contestarme.

—Vengo a buscarlo».

Me desperté bruscamente con un sudor frío recorriendo mi frente y mi espalda. Me di una ducha rápida para asearme y me senté en el sofá de mi habitación, esperando a que fuera la hora de ir a trabajar, ya que era incapaz de volver a dormirme por miedo a soñar más cosas raras.

Capítulo 6

La rutina volvió, y aquella pesadilla desapareció de mi cabeza.

En mi trabajo, cada vez estábamos más atareados y, por las noches, en el bar de copas siempre había algún borracho que había que sacar a la calle por intentar propasarse con las camareras. Había quien creía que por el simple hecho de ser un bar nocturno era un local de striptease. Después de dos meses de mi pesadilla, mi madre me dijo que quería hablar conmigo. Primero me asusté, ¿les habría pasado algo a mis hermanos?

—Cariño, he tenido un sueño muy extraño — Me confesó asustada.

—¿Qué ha pasado?

—Soñé con tu abuelo, que venía tu padre y se lo llevaba de la mano.

—¿Tú también? —pregunté bajando la voz asombrada de que mi madre y yo tuviéramos un sueño parecido con un lapsus tan grande de tiempo.

Enseguida le conté mi sueño. La verdad era algo raro y llamaba la atención, pero decidimos no darle más importancia y seguir con nuestra vida.

Las cosas habían mejorado un poco al haber acabado de pagar alguna de las deudas de la herencia de mi magnífico padre. Aunque todas las deudas eran pequeñas, pero si las juntabas ahogaban. Las facturas pendientes de medicina y los profesionales estaban casi al día, por lo que los médicos volvían a mirarnos con buena cara. ¿Tal vez nos estaría sonriendo la fortuna? ¿Se ponía la suerte de nuestro lado por primera vez?

Mi sueldo había mejorado un poco más en el último medio año, y con eso, lo del bar, lo de mi madre y la paga de orfandad de mis hermanos, parecía que todo iba a ir genial ahora que quedaban muchísimas menos deudas.

Una tarde, sentada frente a las facturas pendientes y pagadas, vino a mi mente, sin saber bien por qué, el piso que mis abuelos habían comprado para mis padres frente al Empire State y que, por oposición de mis tíos, no ocuparon pues no veían bien que vivieran allí sin pagar nada y que ahora ocupaba mi tío Simon. Por un momento sentí una punzada de envidia. Mi tío Mathew y su mujer habían vivido toda su vida en una casa que habían comprado mis abuelos a las afueras de Nueva York, en la que habían criado a mis primos y en la que muchas veces nos reuníamos en año nuevo. Por lo que habían decidido comprar el dúplex junto a Central Park, pues tenía mejores vistas, era más espacioso y, a pesar del ajetreo propio de la ciudad, era un remanso de paz. Mi tío Hayden había comprado un piso en Queens, ya que por su trabajo había hecho allí su vida.

Parecía que todos más o menos tenían su vida resuelta, sin ataduras, con buenos sueldos y una buena fortuna que había amasado mi abuelo que él vigilaba mucho de gastar.

Decidí olvidarme de esa familia, de sus desprecios y seguir con la lucha por sacar a mis hermanos de la miseria en la que nos había dejado mi padre. Hacía más de un año que lo habíamos enterrado y aún salían deudas pendientes. El teléfono móvil hacía meses que no lo pagaba, el arreglo del coche que se había escaqueado de pagar y algunas cosas más de

las que nos íbamos enterando. ¡Era muy frustrante! Esquivábamos un escollo y después aparecía un largo camino de grava al que no le veíamos el final.

Me quedaba una semana de duro esfuerzo para poder disfrutar mis vacaciones de navidad. Dos semanas de vacaciones que iba a disfrutar al máximo de mi madre y hermanos. Les había preparado un regalo especial, a Jarod le encantaba dibujar, había ido a una tienda especializada y le había comprado lo necesario para que volviera a disfrutar de su afición, mientras que a Artie le encantaban los deportes. Había estado ahorrando para poder pagarle un bono anual en un gimnasio cercano a casa con el que iba a poder disfrutar de todas las instalaciones y así quemar parte de su energía. A mi madre, tan especial que era ella, le había comprado un anillo en el que se entrelazaban de una manera majestuosa los tres oros conocidos. Nada más verlo, supe que era para ella, se merecía eso y más.

Empezamos a preparar la lista con las cosas que íbamos a necesitar para la fiesta de navidad y así ir comprando todo lo que se pudiera congelar, aunque la mayoría debíamos comprarlo fresco. Decoramos la casa con las guirnaldas, el abeto con regalos de mentira y nieve artificial para darle un aspecto más navideño si era posible. Pusimos los calcetines con nuestros nombres en la chimenea y deseamos pasar una gran navidad feliz.

El 24 llegó y, con él, mis ansiadas vacaciones. No tenía que madrugar ni acostarme muy tarde y había sido un enorme placer desactivar las alarmas del móvil.

En casa todo era ajeteo, villancicos y felicidad. Mientras mi madre preparaba el cordero en el horno, yo salteaba unas verduras y preparaba un rico puré de patatas. Habíamos puesto a cocer unos langostinos, ya que era tradición comerlos junto al cordero en el país de origen de mi madre: España. Mis hermanos prepararon la mesa radiantes de felicidad. La decoraron y con mucho cariño me ayudaron a poner toda la comida y bebida en la mesa. Mientras el cordero se terminaba de hacer, comíamos los langostinos con mahonesa. Mi madre nos había hablado muchas veces de las costumbres navideñas de su familia y, a pesar de que habíamos intentando hacer algo de su tierra, no podía evitar las ganas de vivirlo algún día con esa parte de mi familia que no conocía y que en silencio esperaba que nos quisiesen al otro lado del charco.

La comida había sido exquisita, no era muy lujosa, como seguro que comería otra gente con mucho dinero, pero estaba riquísima. Al llegar la noche, cuando todos dormían, puse sus regalos debajo del árbol para que al despertar se llevaran una sorpresa. ¡Cómo iba a disfrutar al ver la cara que iban a poner al verlos y abrirlos!

Volví a la cama y, por primera vez en mucho tiempo, pude dormir con una sonrisa en los labios, así es como quería que fuera mi vida.

Me despertaron los gritos de mis hermanos desde el salón. Me levanté con la misma sonrisa con la que me había acostado y, poniéndome una bata mullidita y que daba calor, bajé al encuentro de mis pequeños. Cada uno miraba su regalo con los ojos abiertos de par en par y mi madre, en una esquina sentada en el sofá, miraba una pequeña cajita con lágrimas en los ojos. ¡Eso es lo que esperaba! Me sentía llena, feliz y por una vez tranquila.

Las vacaciones se acabaron en un abrir y cerrar de ojos. Mi madre no dejaba de mirar su nuevo anillo, Jarod pintaba lo que veía por la ventana y Artie iba al gimnasio todos los días dos horas. Eran las primeras navidades que podía decir que habían sido felices,

tranquilas y llenas de amor en toda mi vida. Me sentía llena de energía, estaba optimista y, sobre todo, esperaba que algún día pudiera tener una buena noticia como un cambio de trabajo mejor pagado, ya que yo no dejaba de insistir en mandar mi currículum a empresas que necesitaban personal.

Mi empresa había conseguido un gran contrato. Llevaban meses detrás de él con un constante tira y afloja en las negociaciones para conseguir las mejores condiciones de representación con un gran bufete de abogados que siempre tenía casos muy mediáticos, por lo que indirectamente nos harían publicidad como empresa de gestora.

Mi jefe muchos días estaba de mal humor por las noticias que le llegaban, las reuniones que mantenían las dos empresas y desplantes que se hacían unos a los otros, pero al final todo había valido la pena. Las horas de más, habían sido gratificadas con otro nuevo aumento de salario, ascender de categoría en la empresa y, sobre todo, reinaba otra vez el buen clima en las oficinas, hasta ahora agobiadas.

Pensaba que nada malo podía pasar si el año comenzaba tan bien, pero me equivocaba. Cuando crees que todo va bien siempre, puede pasar algo que te tuerza la alegría y vuelvas a sentirte como una mierda. Eso es lo que me pasó a mí el día seis de febrero.

Mi prima me mandó un mensaje a media noche, un simple y escueto mensaje que cambiaría mi vida, mi forma de ver las cosas y, sobre todo, mi manera de actuar tranquila y serena como me había inculcado mi madre.

«El abuelo ha muerto».

Capítulo 7

Estaba trabajando en el bar cuando vi ese mensaje cerca de la madrugada. Me acerqué a mi compañera y le señalé el móvil, a lo que ella enseguida entendió y salí a la calle para llamar a mi prima.

—¿Qué pasó? — pregunté inmediatamente después de que me cogiera el teléfono.

—El abuelo ha muerto, estaba yendo a la cocina y se calló en el pasillo. La abuela estaba con la vecina, que nos llamó enseguida. Al llegar, llamamos a una ambulancia, pero lo único que hicieron fue certificar la muerte del abuelo. Lo vestí, lo limpié un poco y esperamos al chico de la funeraria.

—¿Me estás vacilando? — fue lo único que salió de mi boca.

—Ya me gustaría.

Después de colgar el teléfono, me quedé pensativa. Era verdad que había visto al abuelo bastante desmejorado en la misa por mi padre, pero no pensaba que fuera para tanto. Según mi prima, había sido de repente. Lo siguiente que hice fue hablar con mi jefe del bar para decirle que me cogía los días que me correspondían y, después de que aceptara, me fui a casa.

Durante el camino a casa, no me sorprendió ver las calles vacías; era inicio de semana y aún hacía bastante frío a pesar de que los meses de invierno ya habían pasado y se acercaba la primavera. Necesitaba despejarme, así que me adentré en Central Park y me senté en un banco de madera a observar el precioso paisaje que se extendía ante mis ojos, pequeños animalitos salían de los árboles cercanos a buscar comida al igual que algunos pajarillos. Me gustaba mucho esta estampa y disfrutaba de un poco de soledad. Al día siguiente tendría que tratar otra vez con toda la familia y necesitaba estar tranquila y consciente de toda la ronda de abrazos y besos de gente que no conocía, que nunca me hablaban o simplemente me ignoraban, y no iba a ser algo fácil de pasar.

Me quedé pensando en mi abuelo. De toda la familia, había sido el menos malo de todos, tenía algunos recuerdos gratos a su lado, como la única vez que vino a buscarme al colegio para ir al cumpleaños de mi primo Daylen.

Me había llevado en una moto, ya que él disfrutaba conduciendo las motos sin tener que pensar en el tráfico. Ese día lo pasamos bastante bien, recuerdo que hicimos una guerra de globos de agua y todos acabamos empapados para refrescarnos del calor del verano que había llegado. Incluso habíamos hecho un partido de ping-pong al que había estado a un par de puntos de ganar. Ese día había sido genial, de los pocos felices de mi infancia.

Subí a casa y le dije a Lorna que se marchara a casa, que ya me quedaba yo con los niños y que se tomara unos días libres, ya que iba a estar en casa. Lorna se despidió y, con mucho cuidado, salió de casa. Esperé a que llegara mi madre para contarle la noticia de mi abuelo.

Me senté en uno de los sofás que daban al gran ventanal por el que se veía las luces de la ciudad y la arboleda de Central Park. Otro recuerdo vino a mi mente, era pequeña, tal vez

tendría unos diez años y estábamos en la casa de campo de mis abuelos. Mi abuelo había traído un pequeño perrito sin pedigrí de color marrón, que enseguida puso en mis manos, y el perrito, que temblaba sin cesar, se acurrucó en mis brazos para entrar en calor. Le puse de nombre Bubú y, como era muy pequeño, le daba el biberón. A medida que crecía, íbamos de paseo por un bosque cercano en el que en verano y en compañía de mis primos hacíamos una pequeña cabaña, usando los árboles que había por allí y ramas caídas llenas de hojas. A veces llevábamos una manta vieja que usábamos para ponerla en el suelo y jugar. Adoraba a aquel perro, pero mis tíos habían decidido matarlo cuando mordió a una de las novias de mi tío Hayden por pegarme una bofetada. ¡Habían sido muy crueles!

El sonido de la puerta al abrirse, alejó todos los recuerdos que afloraban de mi añorado perrito. Mi madre se asombró al verme tan temprano en casa, por lo que le pedí que se sentara a mi lado para darle la noticia.

Nos quedamos sentadas, calladas por un momento y, de repente, me vino otro recuerdo a la cabeza de algún verano ya alejado en mi infancia. Íbamos de paseo para hacer un pequeño picnic en un monte cercano a casa de mis abuelos. Subimos por una empinada cuesta de arena y piedras, siempre subiendo en busca de la zona en la que tantas veces mi abuelo se alejaba del mundo. Pasamos un pequeño regato que bajaba lleno de agua, que consiguió salpicarnos a todos mientras pasábamos al lado de él. El verdor de los árboles era gratificante y me sentía libre de las ataduras de la ciudad. Subimos un poco más por las piedras, buscando apoyo ante la arena que rodeaba todo el camino, y llegamos a una zona despejada, llena de hierba y flores pequeñas que desprendían un aroma increíble. Mi abuelo se sentó en una piedra enorme cerca del precipicio. Las vistas desde allí eran inmejorables, las casas se veían pequeñas y desperdigadas por toda la extensión que teníamos ante los ojos. Empezamos a saltar, correr y aullar como si fuéramos lobos para asustar a los vecinos de mis abuelos, mientras él, con su bastón en mano, nos miraba con una cálida sonrisa.

Aún no podía creer que mi abuelo había muerto, sabía que no iba a durar eternamente, pero, no sé, nunca te esperas algo así.

Al acostarme, me sumí en un sueño intranquilo. Por primera vez en mucho tiempo, soñé con mi abuelo y me decía que no me preocupara y, sobre todo, que le perdonara.

Capítulo 8

El despertador sonó, me levanté con el cuerpo temblando y un malestar general. Me tomé una aspirina con el desayuno para ver si me sentía mejor. Al mirar el móvil, vi un mensaje de mi prima diciéndome dónde estaban todos. Me encaminé hacia allí acompañada de mi madre y mis hermanos.

Al llegar, la sala estaba llena de gente, más incluso que cuando había muerto mi padre. Después de los saludos a la familia cercana, a la lejana, amigos y demás conocidos de la familia, me acerqué para observar el féretro de mi abuelo, rodeado de flores que llenaban la pequeña estancia donde se encontraba. Sabía de sobra que me esperaban horas de teatro saludando a gente que no conocía, poniendo buena cara a la familia, simulando que todos estábamos muy unidos y que éramos la mejor familia del mundo. Eso era algo que odiaba profundamente y me sentía sucia por engañar así a la gente que venía con su buena voluntad a despedir a mi abuelo.

Mi tío Hayden había cogido unas vacaciones anticipadas para quedarse aquí y ayudar a arreglar papeles para mi abuela y todo el tema de la herencia.

¡La herencia! Es en lo único que pensaban, en el dinero que había amasado mi abuelo con el paso del tiempo.

El día en que enterramos a mi abuelo lloré, lloré como no lo hice por mi padre, pues en mi mente se agolpaban recuerdos fugaces de mi niñez. Tartas que me hacía para mi cumpleaños, visitas inesperadas al dúplex por algún cumpleaños de mis hermanos, ir a pescar a algún lago y alguna que otra excursión en verano a conocer lugares que jamás habría pensado ir a ver por muy cerca que estuvieran, pues mi madre no sabía de ellos.

Después de poner una rosa encima de su ataúd, como hiciéramos con mi padre, mi prima me abrazó para infundirme fuerzas, pues todo ese atropello de recuerdos olvidados pujaba por salir a flote y hacerme sentir mal por haberme alejado de él, a pesar de los pocos intentos que había hecho por ser un buen abuelo.

Me resguardé en brazos de mi madre, la única que sabía lo que había pasado y sufrido por culpa de esa familia. La única que de verdad me apoyaba y estaba a mi lado todos los días.

Los días de permiso se acabaron y tuve que volver a mis trabajos, cosa que agradecí profundamente. Los pocos recuerdos agradables de mi abuelo no querían volver al cajón donde los tenía y empezaba a sentirme mal por no haber estado al lado de mi abuelo para demostrarle que apreciaba sus pequeños detalles. Decirle que no había sido un mal abuelo después de todo y que le agradecía los pocos instantes felices que me había regalado.

Poco a poco los días fueron pasando y todo volvió a la normalidad. La familia de mi padre no se acordaba de nosotros, ni un mensaje para interesarse por nuestra salud ni nada. Así que, al igual que vinieron los sentimientos de arrepentimiento, se fueron, consiguiendo que con el pasar de las semanas volviera a ser la misma chica de siempre.

El ajetreo propio de mi vida unido a que cada vez tenía más trabajo, se me hacía cuesta arriba compaginar mis dos trabajos. Un día me senté con mi madre y le comenté todo lo

que me estaba pasando, el cansancio extremo que sentía y, con el aumento que había tenido en los últimos meses al conseguir la empresa varios contratos importantes, había decidido dejar el bar ya que habíamos acabado de pagar algunas deudas de mi padre. Solo esperaba que no salieran más y poder empezar a respirar tranquilos.

Ya teníamos asumido que ese local íbamos a tener que pagarlo, ya que no lo íbamos a vender, y al mirar la escritura aún nos quedaban cuarenta y siete mil dólares que pagar. Poco a poco íbamos a salir de eso, lo sabía y ahora con la cabeza fría sabía que nos quedaba la herencia de mi padre, lo que nos tocaba heredar por parte de mi abuelo. Tal vez con lo que nos tocara podíamos pagar lo que quedaba y tener ahorros para que mis hermanos pudieran comprar sus medicinas sin tener miedo a que la farmacia se cansara de fiarnos los medicamentos y se quedaran sin tratamiento, como casi había pasado en alguna ocasión.

Me acosté agotada después de haber hecho mis horas extras como secretaria, pues había tantos documentos que revisar últimamente que no me llegaba la jornada laboral para revisarlos todos y hacer todo lo que se suponía que debía, eso sí, el café era mi fiel aliado durante mi jornada laboral.

«Estaba con mi prima Arnelle paseando por la bajada de la casa de mis abuelos discutiendo sobre el reparto de la herencia. Mi primo se había quedado con un coche y la moto que yo quería, pues así podría ir más rápido al trabajo y estar más tiempo con mis hermanos, ya que últimamente con todo lo que había pasado me sentía una mala hermana por no dedicarles casi tiempo.

—Aunque solo sean cuarenta dólares, es nuestra herencia y no se lo voy a dar a nadie —
Le dije a mi prima enfadada.

— ¿Pero no ves que a nosotros no nos han dejado nada?

—No mientas, vosotros seguís viviendo en la casa que compró el abuelo y nunca habéis pagado nada. Tu hermano se ha quedado con un coche y la moto que yo quería. Os guste o no, yo soy de la familia y ya me habéis jodido bastante la vida».

Me desperté sudando y con el corazón a cien. Tal vez tenía que hacerle caso esta vez a mi sueño, igual podía avisarme de algo, como había pasado con la muerte de mi abuelo, aunque yo no era muy ducha a creer en esas cosas y menos en las casualidades, ¿sería mi mente la que iba por delante a todo lo que iba a pasar o simplemente era un miedo oculto que se materializaba en una pesadilla?

Seguí con mi vida como si nada hubiera pasado, mi madre había decidido olvidarse de lo que pudieran darnos esa familia, ya que en el fondo sabíamos que tal vez no nos darían nada ahora que mi padre estaba muerto. Mi abuelo siempre había dicho que no quería hacer testamento, que todo se repartiera como habían hecho durante generaciones en la familia. Cada hijo se quedaba una propiedad y, el que quedara sin ella, se quedaba con el dinero en efectivo ahorrado y la diferencia de las propiedades. Iba a ser un lío tremendo ese tipo de repartición, pero yo en el fondo no quería renunciar a lo poco que pudieran darnos.

Tal vez podía parecer una interesada, que solo me movía el dinero, pero mi familia pasaba

muchos apuros, mis hermanos podían necesitar ese dinero en un futuro para que alguien pudiera cuidarlos cuando mi madre o yo no estuviéramos en este mundo. Aún éramos jóvenes, pero la vida da muchas vueltas y nunca se sabe qué puede pasar. La agresividad estaba cada vez más patente en el ser humano, cada vez había más personas con algún trastorno que se paseaba con una pistola y había alguna masacre, de verdad estaba perdiendo la esperanza en la humanidad.

Después de un par de meses discutiendo con mi madre sobre la posibilidad de pedir lo que nos correspondía, pues a ella no le hacía demasiada gracia andar en abogados y pagar una cantidad de dinero que no nos sobraba, esperaba que si todo salía bien nos íbamos a llevar una buena cantidad de dinero para poder eliminar las deudas que teníamos y poder guardar un pellizquito para el futuro, e incluso para poder disfrutar de un pequeño viaje o comprar un coche, ya que mi padre se había quedado el que habían comprado. Cuando murió mi padre y conseguí que nos devolvieran el coche, mi madre se vio obligada a venderlo para ver si cancelaba el préstamo, pero no habíamos conseguido suficiente y todavía seguíamos pagándolo sin poder disfrutarlo. La verdad, habíamos tenido muy mala suerte.

Al final mi madre cedió y buscamos una buena abogada que nos asesorara, nos ayudara y sobre todo peleara por nosotras para conseguir todo lo que era nuestro. Gracias a mi trabajo, había conseguido localizar a una gran abogada con muy buena reputación y con un alto porcentaje de conseguir lo que perseguía, y eso era justo lo que necesitábamos.

Llamé a la abogada para concertar una cita que nos dio para la semana siguiente. Pensé que íbamos a esperar mucho más, pues era una mujer muy ocupada, pero esa noche me acosté tranquila sabiendo que pronto se iban a arreglar los problemas y que nos asesoraría para reclamar lo que consideraba de ley para nosotros.

«Me encontraba en un lugar que no conocía, parecía una asociación de vecinos con mucha gente jugando a juegos, como las damas y el ajedrez. Miré por la ventana y estaba nublado, al girarme me encontré con la mirada de mi padre. Tenía una expresión severa como cuando hacía algo que no le gustaba y me soltaba su reprimenda que nunca recordaba.

—¡No te hagas ilusiones!

Fue lo único que me dijo antes de que apareciéramos en un lago al que nos había llevado de pequeños a pescar.

—¿De verdad esperas que me quede de brazos cruzados cuando tú nos has dejado en la mierda? ¡Voy luchar por lo que es nuestro! ¡Quiero un buen futuro para mis hermanos! — Chillé a la imagen de mi padre de mi sueño».

Capítulo 9

Mi madre y yo estábamos en la puerta del despacho de abogados. Al entrar nos atendió un chico alto y con problemas de calvicie, muy agradable y que, al decirle que teníamos cita y después de comprobar los datos, nos llevó a una pequeña sala donde solo había una mesa redonda de madera oscura con cuatro sillas. En una de las paredes había un cuadro enorme de un paisaje muy tranquilizador. Miré por los ventanales desde los cuales se veían más rascacielos y la calle, aunque a pesar de todo eso entraba mucha luz natural. Nos sentamos a esperar a nuestra abogada en silencio.

Se abrió la puerta y una chica pelirroja con cara amable se presentó.

—Hola, soy Katie. Encantada— dijo con voz cantarina mientras nos tendía la mano a ambas.

—Yo soy Alynn Müller y esta es mi madre Maiara.

Nos volvimos a sentar después de las presentaciones. Katie llevaba una libreta y folios en los que iba apuntando todo lo que le decíamos. Ella nos iba preguntando cosas sobre mi abuelo, si sabía de las propiedades, si había hecho testamento y miles de cosas más incluidas sobre mi padre y su herencia, maldita herencia.

Durante más de una hora estuvimos hablando con Katie, nos orientó sobre lo que debíamos hacer y, sobre todo, no debíamos adelantarnos a nada antes de tener el testamento. Enseguida mi madre y aquella chica congeniaron, supongo que dada a la edad de las dos se podían entender más y si se identificaba con nosotras igual podía ayudarnos más.

Salimos de allí con una lista de papeles que debíamos de conseguir y cómo conseguirlos. Uno de los papeles podía tardar un mes y algo, por lo que la abogada nos pidió paciencia. Más tranquilas después de nuestra cita, nos fuimos a solicitar los papeles que nos había pedido; algunos simplemente teníamos que pedirlos por correo, por lo que enseguida enviamos las cartas necesarias y pedimos los papeles en el registro, pasando la mañana de un lado a otro. Calles abarrotadas de gente, mimos en mitad de la calle, turistas sacando fotos, excursiones de niños chillando por hacer algo distinto en el colegio, coches pitando, motos pasando entre coches consiguiendo la ira de los conductores, autobuses y mucha gente entrando y saliendo del metro... Era una ciudad apabullante, llena de sonidos que te distraían de tus pensamientos y te incitaban a adentrarte en las miles de tiendas callejeras para gastar el poco dinero que podías llevar en los bolsillos. A mi entender, Nueva York no tenía nada que envidiarle a Las Vegas.

Me encantaba mi ciudad, aunque pocas veces podía disfrutarla ya que ir de un lado a otro, recados de la oficina, médicos, psiquiatras, farmacias, bancos y muchas cosas más, no me dejaba más que el poco rato que me sentaba delante de la ventana de mi habitación antes de dormirme y admiraba las vistas que tenía a Central Park. Me encantaba ese sitio y de pequeña lo había frecuentado bastante con el colegio, reuniones de amigas de mi madre y en invierno para patinar rodeada de luces y gente.

No era fácil distraerse de todo lo que estaba por venir, papeles, abogados, reuniones y a

saber que más iba a pasar ahora que habíamos decidido reclamar la herencia por parte de mi abuelo. Un mes pasaba rápido, pero la verdad es que no era capaz de dejar de pensar en el tema. En el trabajo, siempre que tenía un poco de tiempo libre al tomar el café, me acordaba de todo lo que tenía que hacer, hasta tenía una lista en la que ponía lo que necesitaba y si lo tenía o no. Repasaba mucho esa lista con la esperanza de que todo fuera a mejor después de ese momento. Me entraba el miedo de que nos hubieran dejado sin nada y que por esa razón no nos llamaran a pesar de que hacía tanto tiempo que mi abuelo había fallecido.

El tiempo pasaba más lento que de costumbre y empezaba a impacientarme.

Capítulo 10

Un día, al levantarme para seguir con la monotonía, tachando un día más en el calendario en la espera de un papel que no llegaba y que podía ser ese rayo de luz que nos sacara de ese pozo en que nos había metido mi padre, mi madre entró por casa con una carta diferente a todas las demás. Tenía mi letra, por lo que enseguida la asociamos a la carta con el papel que tanto esperábamos.

Mi madre me tendió la carta con cara de susto y yo, con las manos temblando, la abrí. Rasgué con cuidado el sobre para no romper el papel del interior, soplé para separar las paredes del sobre y sacar el papel doblado para leerlo.

Miré a mi madre, que después de tragar saliva asintió lentamente. Mi corazón se aceleró y noté que mis manos estaban humedeciéndose poco a poco. Me limpié las manos con una servilleta y desdoblé el papel para leerlo. Tragué saliva, miré a mi madre de nuevo y leí la carta.

¡Mi abuelo había hecho testamento!

Me quedé de piedra al leer esas palabras y las fechas de los dos testamentos que había hecho mi abuelo. Él siempre había dicho que no iba a hacer testamento, que nos repartiéramos todo entre nosotros como se había hecho toda la vida.

El miedo se apoderó de mí. ¿Dos testamentos? ¿Qué pondrían? No podía ser que esa carta me dejara más dudas de las que me resolvía. ¡Nada tenía sentido! Llamamos a la abogada para avisarle de que teníamos todos los papeles y enseguida nos dio cita para mi día libre. No quería esperar más tiempo, pero ella estaba muy ocupada y yo no podía pedir más días libres en el trabajo con todo lo que se estaba acumulando en la oficina, a pesar de que trabajaba más horas de las estipuladas por el contrato. Aunque, viéndolo fríamente, esperar tres días no era nada si lo comparabas con el mes que habíamos tenido que esperar por el maldito papel.

Había salido del trabajo tarde, me sentía exhausta y había decidido ir al bar de copas en el que había trabajado hasta hacía unos meses para saludar a mis antiguas compañeras y, de paso, tomarme algunas copas que me hicieran olvidar por un momento todo lo que había pasado y me quitara los miedos del porvenir.

Al entrar, la música latina inundó mis oídos y una ola de nostalgia me golpeó. Me acerqué a la barra y le pedí a mi compañera que me pusiera una copa mientras me sentaba en la esquina más alejada de la gente. No es que no me gustara estar con la gente, pero conocía demasiado bien a los que frecuentaban el bar y no estaba interesada en una relación de una noche, tal vez era un poco romántica en lo que al amor se refería y esperaba encontrar ese hombre que me conquistara y me tratara como a una reina para olvidar mi pasado y tener una familia de verdad, pero luego volvía mi cordura y me daba cuenta que ni así, tal vez, tendría una familia, ya que podrían hacerme el vacío, igual que la que ya tenía, por lo que solo me centraba en mis hermanos y mi madre.

Un chico alto, rubio de ojos verdes, se acercó a mí y me pidió bailar la canción que estaba sonando, a lo que acepté enseguida. Me gustaba mucho bailar y era lo mejor para

distraerse.

Después de unos cuantos bailes, varias copas y con un pitido molesto en los oídos, me fui a casa para rendirme a Morfeo.

Me acosté en mi mullida cama, miré el reloj y, asustada por lo poco que iba a dormir, se me fueron cerrando los ojos poco a poco.

«El lugar en el que estaba me sonaba, era la casa de mis abuelos. Estaba en el balcón admirando la urbanización y sobre todo el espléndido cerezo del que tanto había disfrutado de pequeña. Se acercó mi padre y yo le miré con reproche.

— ¿Qué quieres?

— ¿Por qué nunca me has tenido respeto, Alynn?

—Nunca te lo has merecido. Nunca te has comportado como un padre, ¿por qué iba a tenerte respeto?

—Porque soy tu padre — contestó como si ese fuera motivo suficiente.

—Un padre no hace las cosas que has hecho tú. Un padre cuida de sus hijos y no les pega, vela por que sean felices y no los sumen en las tinieblas. ¡Un padre no engaña a sus hijos!

—Yo he sido un buen padre, llevaba dinero a casa.

— ¿Te parece suficiente?—grité indignada.

—Sí.

—Pues no, un padre no lleva el dinero a casa y se olvida de todo los demás. Nos has dejado en la miseria y no te ha preocupado. Nos has dejado más deudas de las que podemos pagar, y lo peor es enterarse de toda la mierda que has hecho a nuestras espaldas.

—No os habéis enterado de todo — me contestó con una risa maléfica».

Me desperté entre temblores, como siempre que soñaba con mi padre. Miré el reloj de mi mesilla y aún me quedaban un par de horas para entrar al trabajo. Decidí levantarme, darme una larga y desestresante ducha.

Al llegar a mi oficina, me centré en todo lo que tenía entre manos, pero era incapaz de olvidar las palabras de mi padre: «No os habéis enterado de todo».

Sin darme cuenta, pues en el trabajo apenas tenía cinco minutos para tomarme un café, llegó mi día libre y, con él, la visita a nuestra abogada.

Al llegar al despacho, nos atendió el mismo chico de la otra vez que nos guio a una sala de espera, pues Katie aún no había llegado a la oficina. Cogimos un par de revistas de cotilleos y esperamos.

Media hora después de nuestra cita, apareció nuestra abogada, que se disculpó por el retraso, ya que había tardado más de lo previsto en un juicio. Le dimos todos los papeles y enseguida se puso a mirarlos. Estaba tan concentrada que hasta había fruncido el ceño.

Después de lo que a mí me pareció una

eternidad, nos miró, cruzó los brazos sobre los papeles y nos dijo:

—Bueno, ahora viene lo relativamente fácil. Solo tenéis que ir a este sitio y pedir una copia del testamento.

— ¿Nos la darán?

—Claro, tenéis que decirles que queréis el testamento de tu abuelo, que tu padre ha fallecido y sois sus herederos. Claro, tú vas en representación de tus hermanos y no creo que os pongan problemas. Espera un momento que os doy los papeles en una carpeta.

— ¿Qué papeles?—pregunté sin enterarme de nada.

—Los que te certifican como hija de tu padre, supongo que no los traes contigo. Te presto los que tengo yo aquí y luego me los traes con el testamento y todo solucionado.

Con unas últimas indicaciones, nos fuimos a la notaría, donde mi abuelo había hecho su testamento, una de las más famosas de la ciudad. Tuvimos que esperar nuestro turno. Casi una hora y media después de nuestra llegada, nos acercamos al mostrador con los papeles en mano para explicar todo como nos había dicho la abogada. La recepcionista nos recogió los papeles, los miró todos para verificar los datos y luego fue a hablar con un superior del tema.

Tras media hora de espera, nos dijo que esperásemos, que en un rato nos daba el testamento. Le sonreí agradecida y nos sentamos en unas sillas que tenían en una sala.

Me puse muy nerviosa de repente, todo lo que necesitábamos saber sobre la herencia de mi abuelo estaba a escasas horas de nosotras. ¿Nos habría dejado algo? Por un momento recordé la fecha que ponía de su último testamento y había sido tres días después de morir mi padre. Era muy sospechoso que, a solo tres días de morir mi padre, mi abuelo hubiese cambiado su testamento y, sabiendo cómo era esa familia, seguro que no iba a ser nada bueno, pero, por otro lado, el optimismo que mi madre me infundía era lo que nos tenía allí esperando. Mi madre, ella siempre buscaba ese rayo de luz a pesar de todo lo malo y tenía la esperanza de que mi abuelo se hubiera acordado de nosotros en el testamento y dejarnos algo de su fortuna con lo que poder pagar las deudas de mi padre que quedaban y así disfrutar de un poco de tranquilidad.

Dos horas después llegó la recepcionista con un sobre tamaño folio. ¡Allí debía de estar el testamento! Dimos las gracias y enseguida nos fuimos.

Al llegar a la calle, no pude evitar mirar el testamento de mi abuelo. Allí se decidía nuestro futuro. El mío, de mis hermanos y de mi madre.

Capítulo 11

Miré a mi madre, que asintió despacio y con las manos temblo-rosas, saqué del sobre unos cuantos folios amarrados y empecé a leer.

«Yo, Scott Müller, residente en el estado de Nueva York, mediante el presente documento hago, otorgo y ordeno mi Última Voluntad y Testamento y revoco todos los testamentos realizados por mí hasta la fecha.

Estipulo que todas mis deudas y los gastos derivados de mi entierro se salden con mi patrimonio tan pronto como sea posible tras mi fallecimiento.

Entrego, lego y cedo a mis hijos Mathew, Simon y Hayden Müller, todo mi patrimonio, bienes inmuebles, muebles o mixtos, de cualquier tipo y situados en cualquier lugar, que haya podido embargar o poseer o sobre los que haya tenido algún interés o alguna capacidad de nombramiento o disposición testamentaria. Mi esposa, Bárbara Müller, tendrá el usufructo de todos mis bienes inmuebles.

En caso de que alguno de mis herederos no lograra vivir más de treinta días desde el momento de mi fallecimiento, el presente testamento se ejecutara como si el mencionado heredero hubiese fallecido antes que yo.

Mis nietos Alynn, Jarod y Artie Müller solo podrán percibir mi patrimonio una vez los herederos designados hallan fallecido sin dejar descendencia y, si ese es el caso, compartiendo con ellos dichos bienes y patrimonio.

Y para que así conste, declaro que este sea mi testamento, llevándolo a cabo por voluntad propia, al igual que los propósitos expresados en la presente, declarándome mayor de edad y estando en pleno uso de mis facultades mentales, realizo esto sin ninguna coacción o intimidación, hoy, 19 de diciembre de 2002, en la ciudad de Nueva York, estado de Nueva York».

Terminé de leer aquel testamento con tantas palabras que no entendía y varias sensaciones recorrieron mi cuerpo, sobre todo ira y desprecio ante esa familia que aún ahora me impedía ver la luz al final del túnel.

¡Mi abuelo no nos había dejado nada! ¡Se lo quedaban todos mis tíos! ¡Era como si no existiésemos!

Volvimos junto a la abogada a llevarle los papeles y que nos asesorara, que nos aconsejara y, sobre todo, cómo podíamos hacer para conseguir algo de dinero de esa familia. Mi madre aún tenía esperanza y por ella me tranquilicé y le sonreí de la mejor manera que pude para infundirle ánimos.

Katie enseguida nos recibió en la sala que hablamos la primera vez. Después de estudiar el testamento con detenimiento con su ceño fruncido, nos miró con lo que pude distinguir lástima pintada en los ojos.

—Siento mucho daros esta noticia, pero me temo que no podéis hacer nada. El deseo de tu abuelo, que ha quedado plasmado aquí, es inapelable. Puede hacer con su patrimonio y

herencia lo que quiera. Todo ha quedado repartido, pero hay una pequeña cláusula a la que podéis sujetaros y es que heredaréis cuando se muera la familia.

— ¿Pero puede hacer eso? ¡Somos los últimos monos! Hasta que no se mueran todos, ¿no podremos heredar nada? ¿Y si ellos se lo gastan todo o se lo ceden a alguien o a una ONG?

—Me temo que sí. Aquí cada ciudadano dispone de su herencia como crea conveniente, y así es como ha hecho tu abuelo. Lo siento mucho, pero no hay manera de cambiarlo.

Nos fuimos de allí apenadas, pero en mí una corriente de ira se había establecido para no dejarme fácilmente. Me parecía injusto que tuviera que esperar a que murieran mis tíos para poder heredar algo. No entendía cómo había hecho eso mi abuelo, dejarnos sin nada después de todo lo que habíamos pasado.

Capítulo 12

Era difícil entender las razones por las que un abuelo podía dejar a sus nietos en la miseria, al igual que un padre. No habíamos sido los nietos favoritos y lo teníamos asumido, pero no entendía que tuviéramos que esperar a que todos murieran para cobrar algo y, si se daba el caso, que quedase algo que cobrar, porque mis tíos eran unos derrochadores y Mathew tenía dos hijos a los cuales dejarles la herencia que le había tocado. ¿A caso mi tío Mathew le había lavado la cabeza a mi abuelo? ¿Habían decidido entre todos dejarnos sin nada? ¿Tanto odio nos tenía esa familia?

A mi cabeza acudieron recuerdos de conversaciones en los que comparaban mis notas con las de mi primo Daylen; mis cuadros los despreciaban mientras que los de mi prima Arnelle acababan expuestos en el salón; fotos de momentos familiares, como comuniones, donde también se notaba la diferencia entre uno y otros, ya que los de mis primos eran cuadros enormes con un gran marco carísimo, mientras que los míos y de mis hermanos eran los más pequeños con un marco cutre que luego acababan guardados en un cajón acumulando polvo. Los orgullosos abuelos de Arnelle y Daylen eran los odiosos abuelos que nos habían tocado a mí y a mis hermanos.

Me sentía utilizada, despreciada, ahogada, enfadada y, sobre todo, decepcionada por esperar algo de ellos, una pizca de compasión ante nuestra situación económica. Ellos sabían de sobra cómo estaban las finanzas de mi padre, todo el dinero que debía y no se habían apiadado de nosotros que, aunque no les gustase, éramos sus nietos, formábamos parte de la familia. ¿Por qué nos hacían esto?

La abogada no me daba solución, no había justicia. No me parecía normal que pudieran hacernos esto. ¿No bastaba con despreciarnos toda nuestra infancia? ¿No nos habían hecho ya demasiados feos? ¿No era suficiente lo que habíamos sufrido?

Tenía que haber alguna manera de conseguir lo que era nuestro por derecho, ya que la ley se negaba a ayudarnos.

Me acosté para intentar alejar esos pensamientos después de tomarme una infusión para relajarme.

«Estaba asomada al balcón de salón. Por la calle vi aparecer a mi padre que se dirigía a la puerta del edificio. Intentaba abrir la puerta, pero no lo conseguía y yo le gritaba una y otra vez: “¡aléjate de aquí! ¡No puedes entrar!”. Él se marchaba, pero enseguida volvía a hacer el mismo recorrido hacia la puerta de mi casa. Mi corazón latía con fuerza ante la insistencia de mi padre, ¿y si conseguía entrar? ¿Qué es lo que quería? Cambié de ventana y de repente vi a mi abuelo asomarse. Al principio me asusté y después lo que hice fue mirarlo con desprecio al acordarme de su testamento.

—¿Podrás perdonarme? —me preguntó intentando agárrame la mano a través de la ventana abierta.

—Nos has dejado sin nada, ni un solo dólar. ¿Te parece normal? —le respondí dando un paso hacia atrás para quedar fuera de su alcance.

—Tus tíos dijeron que era lo mejor. Qué saldríais adelante sin ayuda.

— ¿Me estás vacilando? ¡Nos has dado la espalda! —Grité—. Mi padre nos dejó en la mierda y tú no has hecho nada.

— ¿Podrás perdonarme? Visita a tu abuela, ella os quiere.

—No, nunca te perdonaré, al igual que a mi padre. Mis tíos sí que se han quedado con la vida solucionada y nosotros saldremos adelante porque somos fuertes y ese desprecio que nos habéis dedicado toda la vida es un incentivo para no depender de vosotros.

— ¡Visita a tu abuela! Ella está enferma.

— ¡Me importa una mierda mi abuela! ¿Cuándo se ha preocupado ella por mí? Pero tranquilo, no creo que estés mucho tiempo solo en el infierno, de momento tienes a tu hijo esperándote para hacerte compañía.

—No voy a ir al infierno, ¡soy un buen cristiano!

—No, no lo eres. Pero seguro que el resto de tu familia te hace compañía, tantas misas a las que ibais y se os olvidaba practicarle en el día a día. La bondad, la caridad y todas esas cosas de las que se os llenaba la boca hablando y que no habéis practicado con la familia.

¿De qué sirve que recogierais ropa, hicierais galas para recaudar dinero para los pobres si no atendíais la parte de vuestra familia que estaba ahogada en deudas y con lo justo para comer? ¡De nada! Irás al infierno porque es lo que te mereces».

Capítulo 13

Las noticias que llegaban a mis oídos no eran las mejores, pero tampoco es que me preocuparan en demasía. Mi abuela había empeorado de salud, apenas comía, por lo que bajaba rápidamente de peso a pesar de que mis tíos le dieran unas vitaminas con la leche. El alzhéimer había empeorado y se empezaba a poner agresiva, por lo que habían empezado a darle unas pastillas que la dejaban medio atontada.

Mi tío Mathew y su esposa habían dejado su cómoda casa para irse a la de mi abuela, dejando solos a mis primos para que cuidaran de la casa familiar. Arnelle se ocupaba de la comida porque le gustaba cocinar y poco más, pues tenían servicio que se ocupaba de todas las tareas de la casa. Daylen pasaba más tiempo en la oficina que en la casa, pero, si estaba en ella, se encerraba en la biblioteca donde tenía el estudio desde que era pequeño.

Mi prima y yo hablábamos de vez en cuando y me iba contando todas esas cosas que, aunque le parecieran nimiedades, a mí me servían de mucho.

No sé en qué momento mi indignación pudo más que la sensatez, y la idea de cobrarme la justicia por mi mano empezaba a parecerme apetecible. El problema era que Mathew dirigía la vida de todos y había que claudicar. Tal vez, si él no estuviera, podría llegar a un acuerdo con el resto de mis tíos y que nos dieran la parte del dinero que era de mi padre. Con Simon y Hayden mi relación era inexistente, pero eran los que menos problemas me habían dado a lo largo de mi vida. Hayden se había marchado muy joven y solo nos veíamos en las reuniones navideñas y, aunque no me hacía caso ninguno, tampoco demostraba su desprecio abiertamente y a veces me preguntaba sobre qué pensaba hacer con mi futuro. Simon, en cambio, era uña y carne con Daylen. Siempre le regalaba cosas, le daba dinero, le llevaba a un montón de sitios, mientras que a mí y a mis hermanos no, pero lo hacía todo a escondidas. Tal vez con ellos podría razonar al ser algo más independientes, ya que tenían sus propios trabajos.

Durante muchos días pensé sin llegar a un punto claro, solo sabía que hiciera lo que hiciese no podría contárselo a mi madre.

Empecé a vigilar la casa de mis abuelos por las noches, al salir de trabajar me desplazaba a las afueras después de comerme una hamburguesa rápidamente.

No se veían cámaras, y eso era algo bueno para mí, pero lo que sí descubrí es que ponían una alarma después de acostarse todos en la cama. ¿Pensaban que una alarma iba a ahuyentar a los ladrones?

Por los ventanales veía su rutina a la hora de dormir. Primero acostaban a mi abuela, mi tía se acostaba y mi tío hacía una ronda por la casa mirando que todo estuviera en su sitio y en orden antes de acostarse y encender la alarma con un mando a distancia.

Ahora que sabía sus costumbres nocturnas, ¿cómo conseguía entrar en aquella casa? ¡No tenía llaves!

Durante algunos días más, seguí observando sus hábitos. Solo buscaba la manera de poder entrar sin que me vieran y tenía que ser antes de que pusieran la alarma.

¿Y si quedaba con mi prima y le hacía una copia a las llaves? ¿Y si no tenía la llave de la casa de los abuelos? ¿Probaba con Daylen?

Mi mente pasaba de una idea a otra en apenas un minuto, desechando las que me parecían más descabelladas y planeando otras cosas. También sabía que el tiempo de acción era reducido, a pesar de ser casas independientes con buenos jardines, mi abuela tenía una amiga en la casa de al lado. La conocíamos todos y, alguna vez, yo pasé las tardes de verano con la nieta de esta que, casualidades de la vida, se llamaba igual que mi abuela.

No estaba segura de lo que estaba planeando, muchas veces me reprendía a mí misma por estar allí vigilándolos en vez de pasar el tiempo con mis hermanos, que ellos sí me necesitaban y se alegraban al verme entrar en casa.

Cuando llegaba a casa, después de vigilar a mi abuela y a mis tíos, entraba en la habitación de Jarod y Artie a arroparlos. Me quedaba un par de minutos mirando cómo dormían. Mis angelitos tenían una pequeña sonrisa en su boca y sin rastro alguno en su cara de dolor.

Antes de meterme en mi cama, me sentaba en el banco que había junto a la ventana, agarrándome las piernas, y miraba Central Park. Las luces y los edificios se reflejaban en el lago, las farolas que enmarcaban los caminos, apenas daban luz a semejante extensión de árboles. No creía que hubiera mucha gente paseando por Central Park a media noche, yo por lo menos no lo haría, a saber que clasé de degenerados paseaban por allí.

El trabajo hacía que mi mente se ocupara con otras cosas, material de oficina que había que reponer, citas, cambio de citas, conseguir viajes a mis jefes y atender el teléfono sin olvidarse de poner una bonita sonrisa.

Me debatía entre si seguir con mi plan adelante o no, la injusticia que habían cometido con nosotros no debería costar vidas, aunque fuera la de mi tío.

Dejé la vigilancia a un lado, pues me conocía la rutina nocturna que seguían para no descolocar a mi abuela, ya que el médico les había sugerido evitar cambios en su rutina establecida.

Arnelle me contaba todas esas cosas, pero la noticia que me dio la última vez que nos vimos decantó la balanza hacia un lado.

—En unas semanas, mis padres van a celebrar por todo lo alto sus bodas de plata. 25 años casados, Alynn, ¿te lo imaginas?—comentó mi prima con los ojos llenos de un brillo de orgullo—. En las buenas y en las malas, siempre se han apoyado. Espero algún día encontrar al hombre adecuado para mí y tener un matrimonio como el de ellos.

Simplemente sonreí y le di la enhorabuena consciente de que no me iban a invitar a tal evento en el que, seguramente, habrían gastado miles de dólares. Les gustaba despilfarrar y, total, no era su dinero. ¿Acaso mi prima también quería vivir de unos hipotéticos suegros millonarios? ¡Otro ejemplo no había tenido!

Cuando nos despedimos, me acerqué hasta mi antiguo trabajo en el bar. Conocía un par de inmigrantes que les hacía falta dinero, pasaban penurias y yo misma les había dado las sobras de alguna comida que habíamos hecho cuando alquilaban el local. Vivían cerca en un piso con más de veinte personas y ellos me ayudarían en mi plan.

Capítulo 14

Eran casi las diez de la noche, mi abuela estaba en la cama desde hacía un par de horas drogada con la medicina que le habían recetado en el hospital. Siempre había sido muy activa y, al verla tan sumisa haciendo lo que le mandaban, parecía otra persona. Mi tía Catherine iba hacia la habitación en la que dormían, era bastante amplia y con baño propio. Tenían colgadas en las paredes fotos de momentos importantes en sus vidas, como los nacimientos de mis primos, sus graduaciones y cosas así.

Las semanas de vigilancia habían servido para trazar un buen plan. Ya que la justicia no me iba a ayudar, me la tomaría yo por mi mano, al fin y al cabo, de algo tendría que servir no perderme ni un capítulo de CSI, NCIS y demás series por el estilo en el que investigaban asesinatos.

Mi tía, ataviada con su camisón de seda rosa, con una pequeña trenza en su media melena morena y con unas zapatillas, se sentó en la cama. Cogió el vaso con una de sus manos temblorosas. Sentada parecía más pequeña de lo que era, no era muy alta, pero su fantástica piel fina y blanca empezaba a arrugarse haciéndole recordar que, a pesar de todo el dinero que tenía y gastaba en operaciones de estética, también envejecía. Se tomó la pastilla para dormir y, después de dar unas cuantas vueltas en la cama, ya estaba dormida, ¡sí que eran fuertes las pastillas! Entré en casa aprovechando que salía una de las sirvientas a tirar la basura y marcharse a su casa. Me puse los guantes y cerré la puerta detrás de mí. La chica había entrado recientemente al servicio pues, a mi tía lo de limpiar nunca le había gustado. La puerta por la que había entrado estaba en un lateral de la casa que daba a un pasillo que iba al salón y a las habitaciones. Sigilosamente fui hacia la habitación de mi abuela, era la tercera puerta antes del salón. Mi tío estaba haciendo su ronda de vigilancia, bajando persianas, cerrando el gas y demás cosas que se le hubieran pasado a la chica. Era gracioso ver a mi tío intentando intimidar a alguien con lo bajito que era, no debía medir más de un metro sesenta, si es que llegaba. El pelo siempre corto, unos ojos saltones y sus labios eran finos y muy rojos. ¿Pensaba que podía meter miedo a alguien con lo menudo que era?

Entré en la habitación de mi abuela sin hacer ruido al girar el pomo. Allí estaba la persona que tantos momentos amargos me había causado de pequeña. El pelo blanco peinado hacia atrás y la sábana blanca tapándola hasta el cuello. Parecía tan frágil y, por un momento, me entró la duda de lo que iba a hacer, ella ya estaba muy mayor y seguro que se iba a morir pronto. Miré mis manos enguantadas y estuve a punto de salir por donde había entrado, cuando un recuerdo me golpeó tan fuerte y me oprimió el pecho. Recordé la vez en que gané un pequeño premio de redacción en el colegio, era la primera vez que me presentaba a algo y había trabajado mucho en mi redacción. Fuimos a casa de mis abuelos a una reunión y allí, después de exponer mi logro académico, mi abuela me había ridiculizado de tal manera que lo único que pude hacer fue mirar al suelo para no descubrir ante todos que me había afectado. La ira volvió a refulgir en mi interior y, agarrando una almohada, me acerqué a ella lentamente para no hacer ruido. Se la puse encima de la cara y presioné para cortarle la respiración. Ella empezó a revolverse en la cama y yo apreté con más fuerza para evitar que pudiera coger una bocanada de aire y dar

la voz de alarma. Cinco minutos después, mi abuela dejó de moverse, pero esperé un par de minutos más por si acaso. Retiré la almohada y comprobé que no respiraba, el pecho no se le movía y vi que el corazón no le latía mirando el pulso en su muñeca. Revolví los cajones en busca de las joyas que tanto le gustaba ponerse en las fiestas, busqué en los armarios dentro de las chaquetas por si había dinero y, en lo que menos me preocupaba, era en colocar, pues había decidido simular un robo. Destapé a mi abuela y le moví una de las piernas para que pareciera que se iba a levantar. Al salir e ir hacia la habitación donde estaba mi tía, pues seguro que ella guardaba dinero en los cajones, me topé con mi tío Mathew que intentó golpearme.

Lo mire segura de que no me iba a reconocer, pues con el pasamontañas tan solo se me veían los ojos, por lo que iba a tener difícil la identificación, además de que no iba a salir vivo de ese encuentro.

Saqué el cuchillo que había sujetado a la pantorrilla y levanté la mano para clavárselo en la yugular. Él consiguió detenerme y comenzamos a forcejear para conseguir nuestros propósitos; él librarse de mí y salir vivo de aquello y yo, por mi parte, herirle para conseguir rematarle. En un descuido de mi tío, conseguí clavarle el filo del cuchillo en la pierna. Mathew me miró con la súplica en sus ojos, pero en vez de arrepentirme por lo que estaba haciendo clavé más el cuchillo y lo retorcí sobre sí mismo antes de sacarlo. Me quedé mirando cómo se caía al suelo y, con las pocas fuerzas que le quedaban, se arrastraba a la habitación donde estaba su mujer. Lo seguí despacio, sin prisa y, una vez en la habitación, me conmovió ver que ese hombre, a punto de morir desangrado, se acercara a su mujer para decirle unas últimas palabras, pero la ira que se había acumulado en mí en los últimos meses al saber que ellos iban a quedarse con todo y mis hermanos sin nada estalló. Me acerqué a mi tía con el cuchillo en alto y se lo clavé en el corazón mientras mi tío gritaba y lloraba desconsolado. Catherine se despertó al instante y miró a su marido ensangrentado y blanco por la pérdida de sangre. Retorcí el cuchillo como había hecho con mi tío y la vida de la que había sido mi tía se escapaba con cada bombeo de su corazón apuñalado.

Me quedé allí mirando cómo lentamente las vidas de ellos dos se apagaban y una parte de mí se sentía tranquila. Era lo justo. Años y años de desprecios que ahora pagaban con unos minutos de agonía.

Me acerqué a ellos y, al comprobar que ya estaban muertos, seguí revolviendo la casa en busca de dinero y joyas. Dejé ropa fuera de los cajones, los armarios revueltos, mantas tiradas por el suelo y más cosas fuera de su sitio.

Capítulo 15

Me marché con una bolsa llena de joyas y de dinero en efectivo. Puse dirección al bar en el que había trabajado, ya que había salido de allí hacia casa de mis abuelos aprovechando que había muchísima gente, tanta que apenas se podía estar en el local. Un chico bastante guapo me había invitado a bailar y, en el cambio de pareja, había desaparecido. Ahora solo tenía que volver y fingir que había estado bailando toda la noche porque, total, nadie se había dado cuenta de que me había marchado. El dueño del local era un tipo bastante extraño, era el único de la zona que no tenía cámaras de seguridad ni temía por lo robos que sufrían los locales vecinos, porque como él siempre decía: «tengo mi propia seguridad». Nunca lo había entendido hasta que conocí a unos rusos con pinta de camorristas que rondaban el local con frecuencia. Parecían armarios empotrados, tan altos y cuadrados gracias a muchas horas de gimnasio y seguro que a algún anabolizante.

Esa noche, cerca del bar, estaban los chicos que había ido a ver unas semanas antes. Habíamos acordado vernos en ese momento para cumplir con un trato muy ventajoso para ambos. Les daba las joyas y podían empeñarlas mientras no hablaran nunca de mí, en cambio, yo me quedaría con el dinero en efectivo que había conseguido. Nada podía vincularme con el robo a casa de mis abuelos. Le echarían la culpa a cualquier ladrón conocido, tal vez interrogarían a la sirvienta de mis tíos, pero eso ya no me preocupaba. Ahora todo iba a mejorar, sin Mathew para que les dijera qué debían hacer, seguro que mis tíos tendrían un poco de bondad y nos darían algo del dinero que era de mi padre. Pagaríamos las deudas que se pudieran o quedaría para emergencias, pero sería para mis angelitos y su futuro.

Al ver las joyas, intuyeron que valían mucho dinero y, como ya había hablado con ellos alguna vez, sabía que solo tenían el deseo de volver a su país y, con ese regalo que acababa de hacerles, iban a poder marcharse y vivir relativamente bien.

Si ellos se marchaban, no podrían descubrirme nunca y con todo el dinero que iban a sacar por las joyas seguro que conseguirían pasajes de primera clase. Eso sí, estaba segura de que empeñarían en lugares clandestinos para que a ellos tampoco los descubrieran a pesar de que sus documentos eran falsos, pero como dice mi madre: «más vale prevenir que curar».

Entré al local de nuevo y, fingiendo estar acalorada por el baile, me acerqué a la barra a charlar con mi compañera.

—Has bailado mucho hoy, supongo que eso es lo bueno de no trabajar aquí ya — me dijo sonriente.

— ¡Madre mía! Me ha sacado a bailar cada chico más guapo...— respiré hondo y pasé mi mano por la frente como quitando sudor —. Me da que esta noche duermo bien con el cansancio que llevo. ¡Me duelen mucho los pies!

Le respondí chillando a la vez que me iba a bailar de nuevo con un chico moreno bastante apuesto para seguir con mi farsa.

Después de un par de horas me fui a casa. Estaba cansada de verdad, las emociones de la

noche habían sido muy grandes, la adrenalina aún circulaba por mis venas y me sentía exultante por todo lo que había conseguido. Una mezcla de sensaciones intensa que tardaba en pasarse, por lo que al llegar a casa me preparé una infusión relajante.

Todos estaban en la cama, me acerqué a todos para arrojarlos y ver cómo dormían plácidamente sin saber lo que acababa de hacer. Apagué las luces después de tomar la tisana y me fui directa a mi habitación para esconder el dinero que había robado de casa de mis abuelos.

Después de cambiarme, me senté en la cama y conté los billetes que había conseguido en casa de mis abuelos. ¡Había más de nueve mil dólares! ¿Para qué querían tanto dinero en casa?

Metí todo el dinero en una pequeña bolsita y lo guardé en un pequeño baúl en el que guardaba recuerdos de infancia y joyas especiales que me había regalado mi madre. Allí nadie lo encontraría y, en caso de emergencia, teníamos dinero al que recurrir.

Capítulo 16

En las noticias hablaban de un robo con fatales consecuencias. Hablaban de la casa de mis abuelos. Habían detenido a una pandilla que había estado robando durante semanas en casas de la zona, parecía que cuando yo estaba ocupada con mi venganza, ellos estaban robando en una casa cercana y, al saltar la alarma, la policía había ido hasta el lugar y los había detenido a todos. Respiré aliviada por una vez.

En el trabajo era todo monotonía, nunca pasaba nada nuevo. Rellenar papeles, concretar citas, retrasar otras, hacer listas, concretar pagos, recibos y miles de montañas más de papeles que, muchas veces, ni me enteraba de qué eran, ya que era todo tan rutinario que a veces ni me fijaba en lo que firmaba o llegaba a mi mesa.

Había sido raro ir al tanatorio y darles sepultura a tres miembros de la familia que yo misma había decidido terminar con su vida. La familia como siempre, apenada, fingiendo dolor ante una pérdida, cuando en realidad veía un brillo extraño en sus ojos, como si estuviesen felices ante lo que suponían esas muertes, menos gente con la que compartir.

En un momento que había ido a por un café para despejarme, escuché hablar a mis tíos con mi primo Daylen.

—Por nosotros mejor, así no tenemos que repartir con tanta gente — dijo mi tío Simon.

—Ya conseguimos apartar a Alynn y sus hermanos, ahora podemos repartir más dinero — concretó Hayden.

—Ahora se repartiría la herencia completa entre nosotros cuatro. —remató Daylen.

Me marché en silencio, procurando no hacer ruido y delatar que había escuchado parte de la conversación.

Recordé la conversación de mis sueños con mi abuelo, pensaba que era una tontería y que mi mente buscaba culpables, pero parecía que mis sueños se adelantaban a los acontecimientos. ¿Tendría alguna clase de poder? No podía ser eso, tal vez era que conocía demasiado bien a la familia de mi padre y por eso mi subconsciente me avisaba en mis sueños de lo que podría pasar.

Lentamente empecé a maquinarme mi siguiente paso. Me sorprendí a mí misma ante los pensamientos que se cruzaban por mi mente, si bien era cierto que no les tenía cariño y me parecía injusto todo lo que estaban haciendo, tampoco era propio de mí esa sed de venganza que ahora me recorría las venas.

Siempre había sido buena, pues mi madre me lo había inculcado a la perfección: «si eres buena, cosas buenas te pasarán, pero si eres mala, nada bueno lograrás». Aunque, a veces, creía que eso fallaba, pues yo siempre intentaba ayudar a todo el mundo; me centraba en mis hermanos y mi madre, intentaba ser la mejor persona posible, me implicaba al máximo en mi trabajo y siempre me pasaba algo malo. ¿Por qué a mí?, me preguntaba una y otra vez, sin encontrar respuesta alguna. Una idea descabellada pasó por mi cabeza, ¿y si empezaba a portarme mal para que me pasaran cosas buenas? La verdad, conocía a mucha gente que me había hecho la vida imposible y le iba mejor que nunca, mientras que a mí

me pasaban todas estas cosas.

Seguí con el paripé de fingir que éramos una familia unida, rota por el dolor y deseando justicia para los que habían hecho eso por unos cuantos miles de dólares que había en casa. Habían detenido a una banda y era casi de lo único que se hablaba, de que les dieran su merecido, que si la pena de muerte para todos como habían hecho con la familia y no sé qué cosas más, porque había desconectado de la conversación.

Ya en casa y después de todo el ajetreo del funeral, podía pensar con tranquilidad sobre lo que había descubierto y pensar en quién iba a ser el siguiente. La decisión era difícil porque parecía que todos estaban al tanto y querían ese dinero más que a su vida o, por lo menos, no les importaba que nosotros acabásemos mal y en la calle por culpa de las deudas.

Simon estaba soltero, pero llevaba una vida de excesos, por lo que siempre tenía que recurrir a mis abuelos para pagar sus deudas de juego y demás vicios propios de los varones de la familia de mi padre. Mis abuelos le habían dicho varias veces que le iban a cerrar el grifo, pero nunca lo hacían, así que si se quedaba con la herencia tenía la vida bastante resuelta. Mi tío Hayden era el único más independiente, ya que tenía su trabajo bastante bien pagado, viajaba con frecuencia y tenía una casa propia, por lo que nunca había imaginado ese interés desmesurado en el dinero de mis abuelos, aunque al fin y al cabo era un dinero extra que podía aportar mucha tranquilidad. En cambio, mi primo Daylen sí que me sorprendió. Daylen tenía el mejor trabajo de toda la familia, recibía mucho dinero de las grandes familias a las que les llevaba su fortuna, comisiones por no sé qué y no tenía novia, vivía con sus padres en la casa que mis abuelos les habían comprado, por lo que no pagaba un solo dólar y todo lo que ganaba podía gastarlo como quisiera y donde le diera la gana, ¿por qué ese interés en la herencia?

¿Cuál de los tres sería el siguiente? ¿Me atrevería a matar a alguien más? ¿Podría planear todo sin olvidarme ningún detalle?

Me acosté con esas ideas en la cabeza, dispuesta a que un sueño reparador me aclarase las dudas.

Capítulo 17

«Estaba en un lugar muy raro. Mirase hacia donde mirase, solo había escaleras, había una luz rojiza que alumbraba toda la atmósfera y miles de personas subían y bajaban sin reparar en los demás. No veía descansillos en los que parar. Me uní a la muchedumbre que bajaba, y en ese camino vi a mis abuelos. Los dos juntos, mi abuelo con su bastón y mi abuela con su cara de pocos amigos. Al verme me dijeron: “vamos a buscar a nuestro hijo”, por lo que me alejé de ellos. Yo no tenía que ir hacia aquel lugar al que se dirigían y empecé a subir las escaleras en dirección contraria a mis abuelos sin miedo ni preocupación por lo que les pasase. De repente la gente empezó a tocarme, agarrarme y notaba que me ahogaba. Conseguí deshacerme de la gente que me agarraba y resguardarme detrás de una puerta que no sabía de dónde había salido. Respiré profundamente y allí vi a Daylen con unos papeles muy raros. Me acerqué a ver si podía averiguar algo, ya que estaba de espaldas a mí y no se había enterado de mi llegada.

Esparcidos por la mesa había papeles de muchas familias que confiaban en él para llevar sus finanzas. Mi primo miraba con ganas un documento en el que había muchos ceros después de un par de cifras. No conocía el nombre de la familia, pero a juzgar por la risa extraña que se había apoderado de mi primo, no debía de ser nada bueno».

Me desperté de sopetón con el corazón latiéndome de modo desenfrenado. Estas pesadillas acababan conmigo.

Me duché, desayuné y me fui al trabajo. A mitad de mañana, salí a por un café a un Starbucks cercano a la oficina y aproveché para leer el periódico. Una noticia llamó mi atención, a pesar de no estar en primera plana y con letras enormes.

Una de las grandes fortunas de Nueva York había demandado al despacho para el que trabajaba mi primo por hacerles perder millones de dólares en un negocio infructuoso e investigado por estar relacionado con la trata de seres humanos. Al leer el nombre de la familia, enseguida recordé el papel del sueño que había tenido, ¿acaso mi primo tenía algo que ver en todo eso? ¿Ahora se dedicaba a robar a las grandes fortunas?

La avaricia iba a acabar con mi primo y mi familia. ¿Si solo vivimos dos días por qué nos hacíamos la vida imposible unos a otros? Lo había decidido, Daylen sería el siguiente.

Tenía que empezar a vigilar a mi primo, saber sus rutinas y decidir el mejor momento para mi venganza, ahora no solo se metía conmigo, sino que parecía tener como propósito llevar a la ruina a más familias que el único error que habían cometido era confiarle sus finanzas, intentar mejorar su situación económica y sobre todo darles un futuro a sus descendientes, pero él solo pensaba en su beneficio.

Como trabajaba casi todo el día, tenía que aprenderme sus rutinas y costumbres después del trabajo. Lo bueno es que no estaba su oficina muy lejos de la mía, ya que mis jefes, al subir en volumen de trabajo, habían decidido mudarse a una de las zonas ricas para así captar más clientes, por lo que desde mi oficina a la suya en Wall Street solo tenía que pasear a lo largo de dos manzanas.

Con Daylen apenas tenía relación ya que, gracias a mi «querida» familia y sus

comparaciones constantes, habían conseguido que empezara a odiarle como a los demás. Él era el que haría grandes cosas, el amado por todos, el que seguía con la tradición eclesiástica y se involucraba en ayuda a los necesitados; como reparto de comida los días que no trabajaba, ayudaba en los roperos a los mendigos y no podía faltar a las misas de domingo, ya que tenía su lectura terminada. Vamos, todo un ejemplo de bondad.

Durante el seguimiento a mi primo, me percaté de que quedaba mucho con una chica muy guapa en un bar de la zona y que luego se iban a cenar juntos. Me sorprendió ver que todas las noches cenaban en restaurantes de lujo, incluso en alguno les recibían con abrazos, como si fueran clientes habituales, de esos que dejan abundantes propinas.

Una noche, ya casi con mi plan trazado, seguí a mi primo y a la chica a un restaurante nuevo. Mientras los vigilaba, daba buena cuenta de mi delicioso bocadillo de lomo con queso, que nada tenía que envidiar a la mariscada que estaba frente a ellos. Una joven con una maleta me distrajo unos minutos al preguntarme por una dirección, haciendo que tan solo el sonido de unos disparos volviera a centrar mi atención en mi objetivo, mientras la chica salía gritando despavorida. Enseguida miré hacia el restaurante y todos los comensales estaban tirados en el suelo. De pie había cuatro encapuchados con unos rifles apuntando a diestro y siniestro. ¿Le habrían dado a mi primo?

Me escondí cuando llegó la policía y empezó una larga negociación para sacar a los rehenes. Todo empezaba a demorarse mucho y yo tenía que volver a casa a cuidar de mis hermanos, ya que Lorna había tenido un problema familiar y no podía acudir.

Al llegar a casa, mi madre estaba a punto de marcharse, estaba nerviosa porque no había dado señales de vida. Me disculpé diciéndole que había tenido una cita con un chico y se me había pasado la hora. Mi madre sonrió ante mi excusa ya que, a pesar de todo, ella quería que tuviera una vida normal y conociera a un chico que me hiciera feliz.

Me senté en el sofá y puse las noticias. Mis hermanos se fueron a dormir después de tomar la medicina y yo me quedé mirando el desastre del restaurante en el que sabía que había estado mi primo. Según el locutor, dos personas habían fallecido y habían sido varios los heridos resultantes del atraco. Se me aceleró el pulso, ¿acaso el destino se había aliado con mi venganza personal para adelantarme trabajo?

Apenas había noticias confirmadas y no sabía si mi primo era uno de los muertos, de los heridos o si estaba ileso de todo lo que se había formado. Empezaban a repetir las noticias, no podían informar de nada más ya que las autoridades no habían facilitado más datos.

Apagué la televisión y me metí en la cama sabiendo que al día siguiente me enteraría mejor de lo sucedido. No conseguí dormir toda la noche de un tirón, como siempre, pero al menos pude descansar lo suficiente para no notarme agotada al despertar.

Al desayunar, puse las noticias para ver si había más información del ataque. El periodista expuso que todo había sido parte de un encargo para asustar a alguno de los comensales del local, enseguida pensé en mi primo y los movimientos raros que hacía con las grandes fortunas que manejaba. Tal vez, alguno de sus clientes se cansó de la situación y decidió tomarse la justicia por su mano, y era algo que yo entendía perfectamente.

Dijeron los nombres de los fallecidos y pusieron unas fotos, ninguno era mi primo.

¿Por qué tenía tanta suerte esa familia? ¿Por qué hacían tanto daño a tanta gente y salían

indemnes? ¡Nada tenía sentido!

Por el susto que se había llevado mi primo, en el trabajo le habían dado unos días para que se recuperase. Ese iba a ser mi momento.

Capítulo 18

Daylen vivía en casa de mis tíos, al estar en las afueras, la mayoría de la gente no ponía alarmas ya que constaban de un servicio de vigilancia privada. Para entrar había que pasar por un puesto de vigilancia en el que había que dar el nombre y la casa que ibas a visitar. Durante varios días estuve atenta a la rutina del vigilante y anoté las horas en las que se ausentaba de su puesto dejando la urbanización desprotegida ante cualquier maleante.

Un plan empezaba a tomar forma en mi cabeza. Ya sabía el horario del vigilante, el cambio de turno, conocía la distancia a casa de mis tíos y si iba con la moto tardaría menos en recorrerla.

Conocía la casa de mis tíos, los pasillos y habitaciones. A pesar de todo eso, me había encargado de vigilar a Daylen por las noches y el mayor tiempo lo pasaba encerrado en la biblioteca. La chica con la que estaba debía de haberle dejado porque ni una vez la vi en la casa durante mis vigilancias.

Supuse que la presión del tiroteo del restaurante la habría dejado marcada y no querría ver a mi primo. Igual ella llegó a la conclusión de que esos bandidos querían a mi primo o vete a saber qué, en todo caso, eso suponía más facilidad para mi trabajo.

No quería herir a gente inocente y los daños colaterales no estaban en mis planes. La pobre no tenía culpa de enamorarse o tontear con mi primo. Tal vez, alejarse de él era lo mejor que podía haber hecho. ¿Y si era una chica con fortuna y acababa llevándola a la ruina?

Solo tenía que ir a comprar lo último que me hacía falta para completarla y no quería ir a una tienda especializada porque quedarían registrados mis datos en las fichas y tal vez tardaban demasiado en dármele y no era lo que necesitaba. Tenía que adentrarme en el mercado negro para hacerme con una pistola.

No era fácil obtener un arma de modo ilícito, no se vendían en cualquier aparcamiento en un maletero de un coche desvencijado, lleno de abolladuras y agujeros de tiroteos. Eso solo pasaba en las películas y las series de televisión.

Mis compañeras del bar, en el que había trabajado durante un tiempo por las noches, sabían tan bien como yo que los porteros que vigilaban y nos protegían eran de la mafia rusa. Tal vez eran los más civilizados, la habían dejado o simplemente nos habían dicho eso para dar miedo y que no hubiera altercados en el bar, pero sabía que se movían por lugares algo turbios.

Iba a ir junto a ellos y preguntarles el dilema, estaba en si iba con evasivas o les entraba directamente con lo que quería. Esos hombres imponían y no quería que me pusieran en su lista negra y acabar perseguida y teniendo que huir del país.

Me acerqué al único con el que había intercambiado un par de palabras durante mi tiempo allí, era el que parecía menos peligroso de todos. Sacha era parco en palabras, pero para mí siempre tenía una sonrisa.

—Hola, Sacha. ¿Cómo van las cosas?—pregunté dando un rodeo mientras cogía fuerzas.

—Todo como siempre, Alynn. Me alegro de que hayas venido a hacernos una visita.

—Claro, pero esta vez vengo por negocios —dije lo más bajo posible acercándome a él para que me oyera.

La cara de Sacha cambió, se puso serio y me llevó hasta la esquina del bar para hablar.

— ¿Necesitas protección, Alynn? ¿Alguien quiere hacerte daño?

—Bueno, alguien quiere hacerme daño, pero no físicamente. No te preocupes que voy a estar bien. Solo necesito una pistola —Le solté después de mirar a ambos lados y verificar que no había nadie cerca.

El silencio cayó por unos minutos como una pesada losa en mi espalda. ¿Me ayudaría a conseguir lo que me faltaba para completar mi plan y vengarme de mi primo?

Le miré con ojos de cordero degollado, como decía mi madre, tenía que conseguir lo que había ido a buscar.

—Aquí no tengo. Pero sé de alguien que puede darte una. Es de nuestra confianza y no habrá problemas, solo tienes que llevarle el dinero en un sobre o algo.

— ¿Será muy caro? No tengo mucho dinero.

—Mil dólares. Es el precio que nos hace a nosotros y que le diré que te lo haga a ti también.

—Muchas gracias, me salvas la vida Sacha.

—Estate a media noche en el Bow Bridge en Central Park. No te olvides del dinero y, cuando él se acerque, tienes que decir «la noche está fresca» y te responderá «mejor será no estar mucho tiempo fuera».

Asentí a todo, recordando los pasos y las palabras que tenía que decir para conseguir la pistola que me ayudaría con la venganza contra mi primo Daylen.

Las dudas de lo que iba a hacer me mataba. No podía matar a la gente porque sí, solo por conseguir algo de tranquilidad. Mientras caminaba hacia el lugar pactado con Sacha para encontrarme con el contrabandista, más dudas aparecieron en mi cabeza.

¿Y si me disparaba el tipo y se llevaba mi dinero? ¿Dejaría a mis hermanos a su suerte, sin nadie que les diera un futuro? Si me moría desangrada nadie se enteraría.

Llegué al lugar y temblaba como una hoja. Yo llevaba el dinero en un sobre y me sentía un poco insegura, despojada de todo lo que hacía de mí una persona fuerte y con ganas de conseguir sus metas, pero no podía dudar ahora que estaba tan cerca de conseguir todo lo que nos habían quitado. El destino era cruel, se empeñaba en hundirnos más y más en la miseria.

Mis queridos niños habían vuelto a pasar por una crisis nerviosa, ya no solo ellos, sino mi madre al recibir una carta con una deuda de más de seis mil dólares de un crédito que ya creíamos pagado.

Lidiar con la medicación diaria de Jarod y Artie, además de la que le habían mandado por los nervios, se sumaba a las que le habían dado a mi madre para controlar un ataque de ansiedad reciente y una amigdalitis que se había vuelto crónica. Mi madre apenas comía y

había adelgazado mucho, casi no la reconocía.

Lorna había tenido que venir más horas, cuidar de mis hermanos y de mi madre. Se estaban acabando los ahorros que tenía guardados del saqueo en casa de mis abuelos. Las facturas médicas eran elevadas y más si eran tres personas a las que mirar.

La medicación, gracias a Thomas, volví a llevármela con la condición de pagarle todas las semanas un tanto por ellas.

Cuando llegó el chico, me asusté, pues tenía una pinta de delincuente recién fugado de la cárcel. Indiqué mi contraseña y él respondió con la suya. Enseguida y sin intercambiar más palabras, me tendió un fardo y yo le di el sobre con el dinero. Me alejé lo más rápido que pude y, al llegar a casa, guardé el fardo en el que se encontraba la pistola con la munición en un cajón del armario. Estaba muy nerviosa, las manos me sudaban y el corazón me latía rápido y con fuerza, pero era lo que tenía que hacer, él se lo había buscado conspirando contra mí y mis hermanos.

Me metí en cama repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer, paso a paso, para que no me pudieran pillar. Poco a poco y con mi meta brillando como un faro para que la siguiera, me quedé dormida en un sueño intranquilo. No me gustaba lo que estaba haciendo, no quería matar a nadie, yo solo quería estar tranquila con mi madre y mis hermanos y ser felices, ¿pedía tanto?

Capítulo 19

La luz que entraba por mi ventanal me despertó. Después de desayunar, me despedí de mi madre con un beso en la frente y, como siempre, le revolví el pelo a mis hermanos. Antes de salir los miré tan tranquilos, sonriendo y me convencí de que lo que hacía era lo mejor, todo por ellos y por nuestra tranquilidad.

Me puse en camino a casa de mis tíos, mi primo debía de estar descansando, leyendo en la biblioteca o con más papeles de fortunas que tenía que administrar. No tenía mucho tiempo, pero no podía ponerme nerviosa para que no se me olvidara nada y no consiguieran inculparme.

Llegué a la casona, tan blanca e impoluta como si no hubiera pasado el tiempo desde que la habían comprado. Recordé las pocas veces que había venido para estar con mis primos de pequeña, subíamos a la habitación de Daylen donde jugábamos con los últimos juegos del mercado. A veces incluso tocábamos la batería que tenía, solo por hacer ruido y reírnos un rato. Alguna vez nos habíamos metido por un pequeño armario que daba a un pasadizo para ir al desván, que siempre estaba oscuro, y estábamos convencidos de que había fantasmas. Me parecía bastante triste que guardara tan pocos recuerdos felices de toda mi vida familiar. Si tuvieran que hacer una película sobre el tema, les sobraba más de una hora para retratarlo.

Entré por la puerta de servicio, aprovechando que mi primo vivía solo, me adentré sin miedo a ser descubierta. Me acerqué a la biblioteca, segura de encontrarlo allí por su afición a la lectura. Abrí con cuidado y allí estaba, sentado en el sillón orejero delante de la chimenea con un libro en las manos. Daylen, al igual que su hermana y sus padres, no era muy alto. Tenía el pelo corto, salvo por la parte superior que lo llevaba hacia un lado. Tenía los ojos verdes, sus mejillas cubiertas por un campo de pecas le conferían un aspecto algo aniñado y de confianza. Siempre vestía de marca, con trajes o pantalones de estos, tan solo recuerdo haberle visto con ropa de deporte cuando era niño, en el colegio o en sus clases de Hockey, pues, aunque era un gran aficionado al deporte, su trabajo le privaba del tiempo para practicarlo, por lo que se había convertido en un espectador. Ahora me alegraba de que así fuera, ya que con lo poco que pesaba y lo menudo que era, mi tarea iba a ser más fácil.

Cogí la pistola, la cargué con cuidado para no hacer ruido y me acerqué al sillón despacio, sin prisa, como un gato que acecha a un ratón.

Levanté el arma y se la pegué en la nuca haciendo que mi primo se sobresaltara.

—No te des la vuelta. Cierra el libro y levántate lentamente.

—Alynn, ¿qué es esto?

Mi primo siguió mis instrucciones y yo me fui moviendo a la vez que él para que siguiera notando mi arma en su cabeza.

—Date la vuelta y mírame.

Miré a mi primo a la cara, sus ojos verdes estaban muy abiertos, así que había conseguido

asustarlo. A pesar de todo, le notaba tranquilo, tal vez pensaba que era una broma.

—Vamos a ir hasta el escritorio. Cogerás un papel y escribirás una nota de despedida para tu hermana y el resto de la familia. Si no me gusta lo que pones, te dictaré otra que será la que verá todo el mundo.

— ¿Por qué?

—No eres el indicado para hacer preguntas aquí —Le miré con odio—. Tú y tus tíos habéis confabulado para sacarme de la herencia. Sabéis de sobra cómo era mi padre, las deudas que nos ha dejado y tú más que ninguno de la familia, ya que llevabas las cuentas. ¿Por qué?

— ¿Cómo te has enterado?

— ¡¿Por qué?!—Chillé agarrando la pistola con más fuerza.

— ¡Es lo que querían todos!

— ¿Y no podías oponerte?—espeté mirándolo con desprecio—. Mis hermanos necesitan el dinero, sus enfermedades son caras y sus cuidados también. Estamos hasta arriba de deudas por mi padre y vosotros nos jodéis. ¿No han sido suficiente los desprecios y humillaciones a las que nos habéis sometido, que teníais que hundirnos en la miseria?

Mis mejillas empezaron a empaparse por las lágrimas de rabia y dolor contenido que corrían sin parar. Me sentía impotente, no era justo que se unieran para jodernos la vida de este modo y que esperaran que no hiciera nada. Habían jugado con el futuro y bienestar de mis hermanos y mi madre, poder tener mejores profesionales, actividades más acordes a sus problemas, no tener miedo a que la farmacia nos negara el medicamento por no poder pagarlo e incluso concederles un pequeño sueño para ellos, visitar Disney World. ¿Querían que renunciara a todo eso? Siempre se dice que el dinero no da la felicidad, pero la verdad es que ayuda bastante.

Mi primo no se movía y yo quería que escribiera la maldita nota. Le di un golpe con la pistola en la cabeza y le indiqué la mesa.

Nos movimos lentamente y mi primo cogió lápiz y papel.

—Sé convincente. Explica lo hundido y triste que estás por la muerte de tus padres, tu abuela, el atentado de ayer y lo mal que te sientes por todo lo que has hecho al perjudicar a tanta gente.

Daylen empezó a escribir y un par de lágrimas solitarias recorrieron sus mejillas para caer sobre el papel. Al terminar, le pedí que me leyera su carta de despedida para darle mi aprobación o dictarle otra que me gustase más.

—Me siento mal por todo el daño que he causado a tanta gente, el dinero me había cegado, y ver que parte de mi familia ha muerto por unos ladrones que buscaban dinero me ha hecho recapacitar. No puedo solucionar lo que hice mal, solo puedo pedir perdón y esperar que la gente entienda que me ha cegado la avaricia, el hipnotizante olor y tacto del dinero al tenerlo en mis manos. Tenía más dinero del que podía contar, pero no era suficiente, no me importaba el modo en que llegara a mis manos, siempre que llegara, pero ya es tarde, solo me queda decir: lo siento.

—Muy bien, ahora haz un lazo y ata la cuerda a la viga.

— ¡Pero está muy alta, no llego!

— ¡¿Acaso pensabas que te iba a matar de un tiro?! No, mi querido primo, tú tienes que sufrir.

De una patada le lancé una silla alta y, apuntando con el arma de nuevo a su cabeza, él me hizo caso. Entre hipidos y lloros realizó la tarea que le había mandado. Me empezaba a dar pena y dudaba de lo que estaba haciendo, pero enseguida recordé que ni siquiera me había pedido perdón ni dado una explicación a por qué habían hecho todo eso para dejarnos sin nada, ¿no éramos familia?

Le di la orden de que pusiera el lazo en su cuello y, si tenía algo que decir, que este era su momento. Lo miré expectante con la pistola apuntándole aún a la cabeza. No abrió la boca, solo lloraba y me cansé de esa situación. No iba a pedirme perdón ni estaba segura que realmente lamentara todo lo que había hecho mal, por lo que me acerqué a la silla y puse mi pie en ella.

— ¡No, por favor!

Me puse detrás de él y le di una patada a la silla para que cayera todo el peso del cuerpo haciendo que la cuerda se tensara.

Miré cómo poco a poco la vida abandonaba a mi primo, las lágrimas dejaron de caer y, cuando exhaló su último suspiro, me marché por donde había venido. Por suerte, los vecinos estaban de vacaciones y hasta la tarde que viniera la chica de la limpieza no lo descubrirían. Había venido en mi moto. Un taxi habría dejado pistas, ya que me verían.

El tráfico no me preocupaba, ya que con mi moto podía ir esquivando coches parados hasta colocarme la primera en los semáforos. El trayecto fue rápido, a pesar del montón de coches que había, no tardé mucho en llegar. Aparqué cerca del trabajo y miré el reloj, a pesar de todo y gracias a haber madrugado tanto, llegaba bien al trabajo.

Capítulo 20

Esta semana habíamos cambiado el horario porque se acercaba el verano y, aunque aún quedaba un mes para mis vacaciones, habían decidido cambiar el horario, cosa que habíamos agradecido todos pues así podríamos dormir un poco más.

Fui al Starbucks y pedí café para todos los de mi oficina. Afortunadamente, tan solo éramos ocho en plantilla, si no, no sabría qué hacer con tanto vaso para abrir las puertas.

Cargada con los cafés, me dirigí a la oficina. El portero me abrió la puerta muy amablemente, respondiéndole con la mejor de mis sonrisas y deseándole un buen día de trabajo. Justo cuando había llegado al ascensor y me debatía cómo iba a llamarlo, apareció Amber, la chica que habían contratado hacia un par de meses y con la que había entablado una relación de amistad.

Después de los saludos, llamó al ascensor y cogió la mitad de los cafés para que no llevara tanto peso. Entramos en la oficina y repartimos los cafés.

La mañana parecía que iba a ser atareada, ya que apenas levantaban la cabeza para dar las gracias por el café.

Las noticias, los periódicos y la radio hicieron eco del suicidio de mi primo Daylen. Los psicólogos salían en programas hablando de que la presión de manejar tantas fortunas importantes había trastornado a mi primo y le había inducido al suicidio después de todo lo que había rodeado a la familia últimamente.

Un psiquiatra reputado en toda la ciudad, dio una entrevista que se emitió en las noticias en prime time. Según había deducido este hombre, mi primo estaba destrozado por la muerte de sus padres a manos de los ladrones, toda la muerte que rondaba a la familia y el ataque del restaurante haciéndole creer que alguien iba a por él por sus malas gestiones en las fortunas que llevaba. Incluso habían encontrado en casa unas carpetas con papeles que demostraban la malversación de fondos que había desviado a una cuenta suya en las Islas Caimán.

Había amasado una fortuna en todos los años que llevaba ejerciendo su trabajo. El dinero lo recuperarían y devolverían a sus dueños legítimos para reparar el daño que había causado.

Mientras todo eso se descubría, me quedé atónita, ¿a cuánta gente habría estafado?

Esta vez en el tanatorio para velar a mi primo, apenas vino gente. Supongo que para la familia lejana era malo que les relacionaran, y lo mismo con amistades cercanas a Daylen.

Mi prima estaba destrozada, no le quedaba casi familia. Sus padres muertos, su hermano se había suicidado y ella se sentía sola. Yo me acerqué a mi prima, me daba mucha pena, porque ella era la única que no me había despreciado. Ella intentaba quedar conmigo siempre que podía, quedábamos para hablar, tomábamos cafés e incluso le había hablado de un chico de mi oficina que me mandaba indirectas. Sentía que con ella sí podía formar familia, que ella no iba a joderme y siempre estaba dispuesta a ayudarme.

Al lado del ataúd de mi primo, había una gran corona de mi prima y alguna de algún compañero de trabajo que no se atrevía a acercarse por si le relacionaban con el tráfico de dinero ilegal y le investigaban. Mis tíos no faltaron y les vi un brillo en los ojos que me hizo pensar.

Ahora solo quedaban ellos tres, menos para repartir la gran fortuna de mi abuelo. Daylen era el sobrino favorito de Simon y no le veía apenado por su muerte.

Poco a poco fue llegando gente que llegaba a darle el pésame a mi prima y se marchaban después de rezar una pequeña oración por su alma, aunque según las costumbres católicas, al suicidarse no iban al cielo. Ese lugar al que todos aspiraban llegar cuando muriesen.

La misa en honor a mi primo estuvo a punto de no realizarse, ya que el cura que había averiguado el tipo de muerte de mi primo y se negaba, pero claro, ahí mi prima recordó todo lo bueno que había hecho por la parroquia, todo el tiempo dedicado y era lo mínimo que le dieran una misa.

Al final el sacerdote había accedido, pero sí me di cuenta de que había sido una misa mucho más corta que de costumbre, cosa que agradecí sobre manera.

Cuando metimos el ataúd de mi primo en el mausoleo, me sentí extraña al entrar allí. En ese lugar estaban los restos de mi familia desde hacía décadas. Urnas con lo que quedaban de familiares estaban expuestas en unas estanterías de mármol, todas con una placa debajo con el nombre. Me acerqué a la de mi bisabuela, tocándola con cariño y cuidado derramé un par de lágrimas al recordarla.

Ella era muy mayor, siempre la recordaba con su pelo blanco recogido en un moño impoluto. Su ropa austera y esa sonrisa desdentada que me llegaba al alma. Siempre que íbamos a verla, nos hacía unos bocatas riquísimos, nos acompañaba a la fuente del pueblo y nos contaba historias antiguas mientras bebíamos de esa agua fresca que llegaba de un manantial. Nos daba siempre dinero al despedirnos y nos alegraba contándonos anécdotas de mi padre cuando era pequeño y vivía allí con ella mientras mis abuelos iban a buscarse la vida. Nos hablaba de las travesuras de mi padre, de una infancia feliz que parecía haber olvidado y de lo mucho que nos quería.

A estas alturas de mi vida, estaba segura de que ella había sido la única que nos había querido. Cuando había perdido la lucidez por culpa del alzhéimer y no reconocía a nadie, nosotros tres éramos los únicos que le devolvíamos la chispa que le faltaba a sus ojos al reconocernos. Ella siempre nos daba dinero a escondidas de los demás como si fuera un pecado y yo siempre le sonreía. A ella sí la había querido y, cuando se había muerto, ni siquiera me habían dejado ir a despedirme de ella. Pero ahora estaba allí, recordando y diciéndole el adiós que no había podido.

Volver a la rutina no era un problema, adoraba mi trabajo, aunque era muy monótono. Lo bueno es que ahora tenía una amiga con la que salir de noche y desconectar un poco de todo lo que estaba pasando.

Capítulo 21

Amber y yo empezamos a salir más después del trabajo, ella siempre estaba pegada al teléfono. Cada dos por tres sonaba alguna notificación de algún portal de búsqueda de pareja y enseguida se me encendió una lucecita en la cabeza como si fuera un dibujo animado.

Mi tío Simon estaba en muchos portales igual que Amber, tal vez solo era cuestión de tiempo que en alguna de esas notificaciones saliera la foto de mi tío, pero para asegurarnos sería mejor crear un perfil nuevo en otra web con los intereses parecidos a los de mi compañera para que le llegara y empezaran a verse.

Con esa idea rondando la cabeza, después de despedirme de mi amiga, me dirigí a un locutorio cercano para crear el perfil. En un lugar tan concurrido, y por el que pasa tanta gente, no iba a llamar la atención y si les diera por rastrear el IP del ordenador o lo que fuera, al ser de un sitio «público» por el que pasaba tanta gente a diario, no iba a ser fácil descubrirme.

Por suerte en mi móvil tenía una foto de mi tío, por lo que crear el perfil falso fue tan rápido como pedir una hamburguesa en el McDonald`s. Mirando los perfiles de chicas afines a los gustos que había puesto, aparecieron más de cien, por lo que tardé en contactar con mi amiga Amber, que estaba casi al final de la lista. Ahora solo me quedaba pensar en cómo hacer para que él conociera a Amber y fuese de casualidad. ¿Y si hacía otro perfil de ella?

Miré en el móvil y encontré una foto de ella en la que salía sola. Su perfecta melena rubia lisa hacia un lado y sus ojos azules perfilados en negro enmarcándolos y llamando la atención. ¡Estaba guapísima! Era perfecto, así tendría el anzuelo para que mi tío se encaprichara de ella.

Empezó una rutina durante un par de semanas en los que le hablaba a ella fingiendo ser él y a él haciéndome pasar por ella. Amber estaba realmente emocionada por haber conocido a un chico decente y con dinero, que eso en nuestra ciudad como decía ella: «era muy raro». Ya habían decidido quedar un día, claro, el día que yo había escogido, y los estaría vigilando.

Llegó el día que tanto había esperado. Amber estuvo en mi casa preparándose para la cita. La había peinado con una preciosa trenza en cascada y llevaba un vestido ajustado con un buen escote de color negro, elegante y sabía de sobra que a mi tío se le iban a salir los ojos de las cuencas. Mi amiga miró la foto de mi tío que tenía en el móvil y me la enseñó como tantas otras veces, sabía de sobra cómo era mi tío. Simon era bastante alto y delgado, no tenía un cuerpo musculoso como suelen gustarle a la mayoría de las mujeres, por eso siempre me he preguntado cómo hacía para ligar tanto. Su cabello lo llevaba siempre muy corto y empezaban a asomársele canas en las sienes, dejando el castaño de su pelo casi desaparecido, como si fueran unas simples mechas. Tenía una frente grande y muchas arrugas, no debía de tener más de cuarenta años y parecía bastante más mayor. Los ojos marrones eran pequeños y siempre llevaba unas gafas para poder ver bien a causa de su

miopía. Los labios eran finos y siempre tenían una mueca sarcástica en ellos. ¿Por qué le gustaba a Amber?

Les espí en la cena a lo lejos, parecía que todo estaba saliendo bien y según mis planes. Al salir del restaurante, ya se les veía cogidos de la mano, en actitud cariñosa y se besaban mientras el aparcacoches traía el coche de mi tío. Sabiendo cómo era mi tío, seguro que se la llevaba a su casa para tener con ella la típica copa antes de la noche de sexo salvaje. Ahora solo me quedaba esperar los informes de mi amiga al día siguiente.

Como esperaba, mi amiga estaba radiante y feliz después del encuentro con mi tío. Me contó con pelos y señales su cita, lo grande que la tenía, lo bien que lo hacía y que por una vez se había sentido como una princesa. Tanto era así, que habían decidido quedar otra vez y esperaba que le pidiera de formalizar una relación.

Inmediatamente sentí pena por mi amiga porque ella era buena, solo deseaba un buen hombre y yo la había liado con mi tío que era un picaflor. No le gustaba repetir demasiado con la misma chica y muchas veces les era infiel, y yo contaba con eso para mi venganza.

El tiempo había pasado tan deprisa que solo quedaba una semana para mis vacaciones. Mi plan marchaba a buen ritmo,

Amber había conseguido las llaves del piso de mi tío.

Vino una tarde con una sonrisa de oreja a oreja y me enseñó las brillantes llaves del piso de su conquista. Mis ojos se iluminaron al entender que el destino se estaba poniendo de mi parte.

Distraje a mi amiga y le quité del bolso las llaves de mi tío, le haría una copia mientras íbamos a comer y así la tendría ocupada para que no se diera cuenta de que le faltaban las llaves del piso.

Al final del día tenía las llaves del piso, un plan en marcha y ganas de que todo siguiera su curso natural.

Cuando se acercaba el fin de semana, vi a Amber muy agobiada. Había discutido con mi tío porque pensaba que le estaba siendo infiel cuando él le aseguraba que no, quería hacer algo para compensarlo.

— ¿Y por qué no le preparas algo en plan romántico en su casa?—propuse.

—Sabes de sobra que no sé cocinar, Alynn.

—Bueno, siempre puedes comprar la comida en algún restaurante y llevarla a su casa para sorprenderle.

— ¡Oh! Sí, Alynn. ¡Es una gran idea! Mañana preparo algo y llevo la comida del restaurante en el que quedamos la primera vez. ¡Seguro que será romántico!— me contestó entusiasmada ante la idea.

Llegó el sábado y fui con Amber a comprar la comida para la cena especial que había decidido darle a mi tío. La acompañé hasta el piso, ya que iba muy cargada. La dejé en la puerta del piso de mi tío con las bolsas, me despedí de ella y le deseé suerte. La abracé fuerte y le hice prometerme que me contaría que tal había ido en la cena.

Me fui directa al ascensor para marcharme, pero algo dentro de mí me hizo detenerme y

esconderme en el hueco de las escaleras de emergencia. Amber había entrado en el piso, no se escuchaba nada, hasta que de repente un grito cortó mi respiración. Una chica medio desnuda salía corriendo del piso de mi tío dejando la puerta abierta. Llamó al ascensor, que estaba ya en la planta porque yo lo había llamado. Empezaron a escucharse gritos, cristales rompiéndose, algo que se caía al suelo y después de un rato salió mi amiga de allí llorando. Después de perderla de vista y verla desaparecer del edificio desde la escalera de emergencia, miré hacia la puerta de la casa de mi tío y la vi entreabierta.

Entré sigilosamente. Mi tío estaba recogiendo los cristales del suelo. Había dos ventanas rotas, hechas añicos. Me fijé en que también había platos rotos, muebles tirados, era todo un desastre. Encontré un cuchillo en el suelo y, con mis guantes en las manos, que me había puesto antes de entrar, lo cogí y me acerqué a ese hombre que, aunque era de mi familia no lo sentía.

Él, más que ningún otro, me había despreciado a lo largo de mi vida. Se llevaba a mis primos a la playa, se iban de excursiones, los invitaba a helados y pizza, salían con frecuencia a sitios a los que a nosotros nunca nos invitaban, como si fuéramos apestados. Una vez, nos quedamos en casa de mis abuelos con mis primos, por no sé qué motivo. Mi tío Simon llegó y se llevó a mis primos al cine, dejándonos allí solos, con cara de tontos sin entender esas diferencias.

Me acerqué a él y le clavé el cuchillo en la garganta. Él se dio la vuelta asustado mientras agarraba su cuello. Sus ojos estaban abiertos de par en par, no esperaba verme allí, eso seguro. Intentó hablar, pero no se lo permití, me ensañé con él como no lo había hecho con los otros. La hoja perforaba la carne de sus brazos, el abdomen con una facilidad pasmosa, el último golpe fue en su corazón. Cada cuchillada que le daba sentía cómo su vida se escapaba y mis ansias de venganza se reducían, como si me quedara llena después de un atracón de comida. Tal vez no era una buena comparación, pero sentía que con él todo se terminaba, que mi tío Hayden era el único que, a pesar de todo, se iba a apiadar de nosotros y no iba a tener que seguir con esta venganza que había iniciado.

Simon había hecho mucho mal a muchas mujeres, entre ellas a mi amiga, y me sentía mal por haberla inducido a tener algo con él. Contaba que, con el largo historial de conquistas de mi tío, este no iba a cambiar y volvería a sus costumbres de picaflor, siendo mi coartada un móvil de pasión para su muerte.

¿Me estaba convirtiendo en una asesina desalmada? Yo no quería eso, solo quería conseguir lo que era nuestro y darles tranquilidad a mis hermanos y a mi madre. ¿Era mala por eso?

Capítulo 22

Me marché de allí lo más rápido que pude sin levantar sospechas. Los vecinos empezaban a asomarse por las ventanas y a las puertas y lo último que quería era que me inculparan.

Volví a casa en mi moto. La velocidad me encantaba, conseguía distraerme de mis pensamientos y disfrutar del momento. Estaba tranquila todo iba saliendo más o menos como lo había previsto, a veces tenía que adelantarme a lo que había previsto, pero habían sido situaciones favorables.

Me metí en la cama y, con un gran suspiro, me quedé dormida. ¡Estaba tan cansada!

«Mi tío Hayden estaba rodeado de papeles, firmaba cosas como un loco y tenía una cara de concentración que nunca le había visto. Una chica morena de pelo rizado se acercaba a mi tío contoneando las caderas, abrazó por detrás a mi tío sorprendiéndole con un sonoro beso en la mejilla. Hayden se giró para cubrir con sus brazos musculosos a aquella mujer que reclamaba su atención.

— ¿Molesto?

—No, cariño. Solo tengo que mandar los papeles al abogado, pero lo puedo hacer mañana.

—Entonces, ¿vamos a cenar?

— ¿Y qué tal si empezamos por el postre?— preguntó mi tío besando a aquella mujer con pasión».

Me desperté con todo el cuerpo temblando como siempre que tenía esos extraños sueños. Miré el reloj y ya casi era la hora de levantarme, por lo que fui directa al baño a darme una ducha para despejarme.

Al desayunar, encendí la televisión para poner las noticias por si salía algo de Simon. Casi me atraganté al ver la foto que ponían del cuerpo tendido en el suelo cubierto de sangre. Solo decían que la policía había sido avisada por los vecinos al escuchar gritos y cosas romperse. Respiré aliviada porque no salía ninguna información de que vieran salir a nadie, pero ¿estaría a salvo?

Mi prima me llamó para decirme lo de Simon, que había que organizar todo lo de la misa y yo me disculpé con ella porque tenía un viaje de negocios muy importante que no podía eludir, ya que mi sueldo de todos los meses dependía de él, y, con todos los días que ya me habían dado por otras muertes, lo que menos me apetecía era pedirle a mi jefe más días y que me dejara en la calle sin posibilidades de traer un sueldo a casa.

Arnelle dijo que lo entendía y que era lo mejor dada mi situación, pero no la notaba muy convencida.

Mis jefes a última hora habían decidido retasarme las vacaciones una semana, ya que había salido un proyecto en el que había trabajado muchísimo y se sentían más seguros llevándome a la reunión, por si surgían dudas entre los presentes, poder solucionarlo en el momento y que todo quedase listo para firmar el contrato.

Preparé la maleta que iba a tener que llevarme esta noche en el viaje a Miami. Los papeles que necesitaba estaban en la oficina, por lo que el día lo iba a pasar preparando el viaje con cuidado de no olvidarme nada, los papeles, las reservas de avión, los hoteles y restaurantes.

Dos horas antes de coger el avión, me despedí de mis hermanos y de mi madre. Me dolía separarme de ellos, era la primera vez, pero no podía perder el trabajo y, lo mejor, después del viaje ya tendría vacaciones para darles todos los mimos que se merecían y que durante este tiempo había descuidado.

Caminé por el aeropuerto arrastrando mi maleta, los tacones que llevaba retumbaban en el suelo del aeropuerto, ya que a esas horas de la noche no había mucha gente que cogiera un avión. Me reuní en la puerta de embarque con mis jefes, que iban, como siempre, de punta en blanco, ¿nunca se manchaban o arrugaban la ropa?

Después de facturar y entregar los billetes, nos pusimos en marcha para coger nuestros sitios en el avión. Por suerte no tenía que ir con ellos, ya que yo iría en clase turista mientras que ellos habían reservado en primera clase. No me imaginaba lo que sería hablar durante horas hasta aterrizar sobre el proyecto, así estaría un poco más descansada.

Me senté en mi sillón y me puse mis cascos con la música que tanto me gustaba y me relajaba. El avión poco a poco se llenó y, cuando fue la hora de despegue, el capitán saludó y pasó a dar paso a los consejos de seguridad de las azafatas. Los había visto en miles de películas y nunca había pensado en verlo en directo. Nunca había viajado en ese aparato y me daba bastante miedo, ¿por qué en todas las películas que había visto el avión se estrellaba?

Respiré hondo y clavé las uñas en el reposabrazos cuando el aparato empezó a moverse. Con la música conseguí relajarme un poco y hasta disfrutar de las vistas desde mi miniventanilla.

Al aterrizar, me volvió a entrar el miedo de nuevo, ¡aún podía estrellarse! Me agarré al reposabrazos con todas mis fuerzas, aunque estaba atada y bien segura con el cinturón abrochado. Cuando tomó tierra, respiré aliviada. Me levanté con ganas de salir de allí y recoger mi maleta en la cinta.

Me reuní con mis jefes y salimos del aeropuerto para coger un taxi. En verano en Nueva York solía hacer calor, pero en Miami, gracias al mar, la temperatura era más suave, aunque yo me estaba muriendo de calor igual. Mi estación favorita era el invierno. Tal vez debería pensar en mudarme a un país más frío, como Alaska o Canadá.

Nos dirigimos a un hotel cerca del puerto. Mis jefes habían escogido ese lugar para ver el mar y yo, como buena secretaria, había buscado las mejores habitaciones para ellos. Me gustaba mucho el mundo de la publicidad, aunque mi trabajo era de secretaria, me dejaban participar en algunos proyectos para ir enseñándome. Tal vez algún día podría ser como los demás publicistas y ganar mucho dinero con algo que me gustaba, ya que, como siempre me decían, era muy creativa.

Mi habitación era pequeña, nada comparado con las de mis jefes, pero también tenía vistas al mar. Desde pequeña no había ido a la playa y eso que la teníamos relativamente cerca. Me acerqué a la ventana para ver el mar y un recuerdo de la infancia me inundó, un

recuerdo muy feliz que muchas veces evocaba para alegrarme.

Mi madre, mis hermanos y yo habíamos decidido pasar un día en la playa. Nos fuimos con unos bocatas, bebidas, sombrilla, toallas y sobre todo protección solar. Extendimos nuestras toallas y, después de volver a darnos protección solar, nos tumbamos al sol. Yo llevaba un pequeño libro infantil para leerlo y de paso leérselo a mis hermanos.

Decidimos ir a la orilla y hacer castillos de arena. Acabamos llenos de ella por todas partes: en el bañador, en la cabeza... y mi madre no paraba de reírse. Nos metimos en el agua y, aunque no estaba muy fría, notaba que me refrescaba. Con un cubo en la mano, paseamos por la orilla de la playa y entre las rocas para buscar una estrella de mar para diseclarla y ponerla de decoración en casa.

Al no encontrar nada, volvimos tristes a nuestra toalla para comer los bocatas que nos había preparado mamá. Nos sentamos y mi madre, con su gorra en la cabeza tapando su larga y negra melena que llevaba trenzada, nos pasó un bocata enorme a cada uno y una botella de agua. Reíamos, mi madre nos contaba chistes, la brisa levantaba la arena alrededor nuestra creando un remolino que nos quedamos mirando atentamente.

Después de una comida riquísima, volvimos al mar para saltar las pequeñas olas que llegaban. Mamá vino con nosotros y, en ese momento, pasó lo más gracioso de todo el día. Mi madre tenía mucho calor, se metió al mar y enseguida notó frío, ya que ella era una friolera nata que hasta en verano se tapaba con algo para dormir. Mi madre se dio la vuelta, dando la espalda al mar porque la habían saludado. Una ola vino, esta era más grande que las anteriores y nosotros tres, cogidos de las manos, la saltamos mientras que a mi madre le impactó en toda la espalda, consiguiendo que saltara del frío y el susto. ¡Nos reímos como nunca!

Después de cenar y repasar papeles con mis jefes, me acosté para intentar tranquilizarme. Solo era una reunión y había asistido a varias, seguro que no tendría que intervenir.

Sonó el despertador y me levanté con la sensación de haber soñado con mi padre, pero no me acordaba de qué, supongo que al estar tan preocupada por las cosas de la reunión. Me vestí con un traje de falda de lápiz de color rosa palo. Según mi madre, ese color me sentaba muy bien, ya que tenía la piel pálida. Me hice unas ondas en mi melena castaña y me maquillé sutilmente mis ojos verdes.

Me encantaban mis ojos, al igual que mis labios, a los que había decidido ponerle un brillo, ya que no me gustaban demasiado las barras de labios. Me miré y me di el visto bueno antes de marcharme a desayunar para ir a la reunión.

Mis jefes ya estaban sentados en una mesa disfrutando de un café, me acerqué al bufet para coger unas tostadas, mermelada y zumo de naranja a la vez que un camarero me preparaba un café con leche.

Después de un desayuno energético, con todos los papeles en la mano, nos pusimos en marcha hacia la oficina en la que íbamos a hablar de negocios.

Una vez nos reunimos todos en la sala, suspiré aliviada al tener todo listo y preparado. Con un proyector, fuimos poniendo diapositivas en el que explicaba lo mismo que los dossieres que había preparado y que cada persona tenía delante. Me sentía como un florero allí de pie mientras mis jefes explicaban todo con pelos y señales. Al ver que la reunión se

alargaba, fui a pedir la comida a un restaurante cercano.

Después de comer, y durante más de dos horas interminables de exposición, nos tomamos un respiro para que pensaran en la respuesta. Si todo iba bien, al día siguiente firmaríamos y ya podría marcharme a casa contenta.

El resto de la tarde, mis jefes me la dieron libre mientras ellos habían quedado con otros conocidos. Paseé por las playas, miré escaparates y, al pasar por una tienda de souvenirs, no puede evitar la tentación de comprarles unos detallitos a mis hermanos y a mi madre.

Al final me compré un conjunto precioso de pantalón corto y camiseta para no pasar tanto calor. Me encantaba pasear y, por una vez, podía relajarme sin pensar en nada que tuviera que ver con mi familia. Tal vez ahora podría dejar mi venganza de lado, ya que mi tío Hayden era el único serio y, al ver todo lo que estaba pasando en la familia, seguro que pensaba en nosotros y nos daba algo.

Después de cenar en un restaurante de comida rápida, paseé otra vez por la playa descalza, con los zapatos en la mano, sintiendo el mar en los pies. Notaba como si todo lo malo se fuera con cada ola que llegaba a la orilla.

Al anochecer, volví a mi habitación para descansar, mañana sería un día igual de importante que hoy y no tenía ganas de tener una mala cara o que mi humor por haber dormido poco estropease algo.

«Estaba paseando por la playa cuando apareció mi padre.

— ¿Qué quieres? ¿No puedes dejarme en paz?

—Quiero que me perdones.

—Sabes de sobra que nunca te voy perdonar. Tú y tu familia me habéis hecho demasiado daño.

—No te vas a salir con la tuya— repitió como la última vez.

—Siempre me dices lo mismo y hasta ahora me va bastante bien, gracias.

—No todo es lo que parece, Alynn.

— ¡Déjame en paz! Desaparece o lo que hagan los fantasmas. ¡Vuelve al infierno ahora que tienes a media familia contigo!

Mi padre me miró y no supe descifrar lo que sentía él en ese momento. ¿Por qué tenía que soñar con él? ¿A qué se debía esa insistencia en que le perdonara?

Tal vez si hubiese sido un padre normal, aunque trabajara tanto, no tendría tantas cosas que reprocharle y me sería más fácil perdonarle.

No tenía buenos recuerdos con él o, si los había, estaban muy bien escondidos en mi memoria en un cajón bajo llave».

Capítulo 23

Después de prepararme para la reunión que se avecinaba, me reuní con mis jefes para desayunar.

Mis jefes estaban hablando animadamente, pero la preocupación teñía sus caras. Yo estaba segura de que había salido genial la reunión y que nos llevaríamos de vuelta el contrato firmado a Nueva York.

Esta vez nos reunimos en un restaurante a la hora de comer, era muy elegante y lujoso, por lo que tuve que ponerme mis mejores galas. Habíamos ensayado una y otra vez lo que íbamos a decir para que mis jefes se tranquilizaran un poco y, cuando lo conseguí, me sentía aún más segura de nuestra victoria que al levantarme por la mañana.

Nos sentaron en una mesa redonda en un lugar apartado e íntimo. En ese restaurante debían de hacer reuniones a menudo. Me senté al lado de mis jefes, con la mala suerte de que al otro lado me tocó un baboso que me miraba de arriba abajo, y eso que no llevaba ningún escote, ¿qué se debía de estar imaginando ese tipo?

Trajeron la comida y poco a poco la charla se fue animando. Todos estábamos muy a gusto hablando del trabajo, las propuestas, dudas que aún quedaban. El hombre que estaba a mi lado me rozaba disimuladamente y yo le miraba con cara de pocos amigos. Mis jefes ni se habían dado cuenta y solo tenía que aguantar un par de horas más para que firmasen y ya no tendría que volver a ver al tipo ese nunca más.

Para alivio de mis jefes, firmaron el contrato sin pegas ni ninguna condición. Al salir del restaurante respiré hondo y, dado el estado de ánimo de mis jefes, me dieron la tarde libre para prepararnos para el viaje de vuelta. Al llegar, tendría que preparar los detalles de la puesta en marcha de la iniciativa, dejar todo programado, pero lo mejor de todo era que tendría quince días de vacaciones para pasarlos con mis hermanos y mi madre.

Me sentía una mala hermana e hija, apenas había estado con ellos en las horas de la comida y siempre era comer y marchar. La venganza había cobrado mucho tiempo de mi vida; casi no dormía, estaba mucho tiempo fuera de casa, me perdía momentos con mis hermanos, mejoras que había sabido por mi madre gracias a los mensajes de texto. Por suerte, mi madre achacaba que tenía un novio o rollo, que hacía que tuviera algo de vida social, ya que siempre llegaba muy cansada y tarde a casa y eso le gustaba. Siempre me decía que quería que tuviera una vida normal, que saliera y conociera chicos, bailara, cenara con más gente y, por eso, le había presentado a Amber.

Después de preparar la maleta, guardar todos los papeles a buen recaudo y ordenados, mis compras de última hora, los regalos para mis hermanos... Estaba tan feliz por volver a casa que casi no había comido en la cena.

La noche pasó tan rápido como un suspiro; me duché, me vestí y salí al encuentro de mis jefes para tomar el desayuno antes de coger el avión de vuelta a casa.

El ambiente durante el desayuno fue asombroso, estaban relajados e incluso hacían bromas. ¿Por qué no podían ser siempre así?

Como en la ida, facturamos las maletas, entregamos los billetes y nos sentamos en nuestros asientos. Como la otra vez, me puse nerviosa, aunque esta vez ya no me era desconocido todo el proceso.

Durante el vuelo hubo algunas turbulencias que me hicieron rezar lo que no había rezado desde hacía años. Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Nueva York, me sentí segura y a salvo.

Me despedí de mis jefes hasta el día siguiente cuando vi a mi madre y a mis hermanos que corrieron a abrazarme. ¡Por fin en casa! Nunca había pensado que por pasar tres días fuera de casa me iba a sentir tan nostálgica, a pesar de que el trabajo me ocupaba mucho tiempo.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue darles los regalos a mis hermanos, que como siempre les hizo recuperar la ilusión como cuando eran pequeños. Me encantaba ver ese brillo en sus ojos, como si volvieran a la infancia, alegría pura y amor incondicional sin miedo a nada. ¿Cómo podían intentar dañar a dos personas tan buenas? ¿Acaso no llegaba ya el sufrimiento que habían tenido?

A la hora de la cena pusimos las noticias. Me quedé de piedra al escuchar que mi amiga Amber había sido acusada de homicidio. Sí, era verdad que gracias a ella había tenido la ocasión de vengarme de mi tío, pero ella no había hecho nada. Era completamente inocente. Además, esperaba que hubieran acusado a la amante por los restos de flujos corporales y eso... ¿Qué había pasado? Me vino a la mente el cuchillo que estaba en el suelo, ¿tendría las huellas de Amber?

Escuché atenta lo que decía la presentadora. Mi amiga estaba en prisión preventiva, según ellos, porque había riesgo de fuga. ¿A dónde se iba a fugar la pobre? ¿A la Antártida? Iría a verla a la cárcel para hablar con ella mañana después del trabajo.

La noche, a pesar de que al día siguiente tenía que ir a trabajar, la pasamos hablando de las vacaciones que en un par de días tendría. Por primera vez en varios años, habíamos podido ahorrar un poco gracias a los aumentos que había tenido. Mi madre y yo habíamos decidido llevar a los niños al Disney World en Orlando. Siempre habíamos querido ir de pequeños, ahora teníamos algo ahorrado y, con las ofertas que estaban lanzando, nos salía bien de precio pasar unos días.

Me acosté con el corazón oprimido. Por culpa de la venganza que estaba llevando a cabo, estaba condenando a una persona inocente a morir en la cárcel. Me había dejado llevar por mis ideas sin pensar en las consecuencias y la culpa de que Amber estuviera metida en todo esto era mía. Si no hubiera hecho aquellos perfiles en la red, no se habrían conocido. No habría tenido una primera cita con él, no tendrían algo más serio y mi amiga no estaría llorando en un calabozo sin ventilación por inculparla en algo que no le iba ni le venía. Ella sufría por la traición de él y la habían acusado de algo muy grave. ¿Podría ayudarla en algo sin descubrirme? No quería que se pudriera en la cárcel, pero tampoco quería que me descubrieran a mí. Estaba tan cerca de conseguir el dinero para darle tranquilidad a mi familia, que no podía tener descuidos. ¡¿Qué me estaba pasando?!

Desde que me desperté hasta que salí del trabajo para ir hacia la cárcel, no fui capaz de estar concentrada en algo más de cinco minutos, ya que mi mente estaba ocupada con la culpa que sentía porque mi amiga estuviera en aquel lugar.

Llegué a la cárcel, tras pasar el control de seguridad de la puerta, un joven y atractivo policía me indicó amablemente a dónde debía dirigirme. Al llegar a la zona de entrada a las dependencias que daban paso a las salas de comunicación, una chica uniformada de semblante serio, pero dulce sonrisa, me indicó la mesa donde debía esperar para hablar con Amber. Miré a mi alrededor, en los cubículos colindantes, familiares hablaban con los presos.

Cuando la vi acompañada de la guardia, se me cayó el mundo a los pies, aquella joven que aparecía junto a mí nada tenía que ver con la Amber que yo conocía. La cara de mi amiga siempre radiante tenía un aspecto triste, sin maquillaje, el pelo apelmazado y sin brillo, ya que no podía lavarse con los productos adecuados a los que su cabello estaba acostumbrado.

—Pero ¿qué ha pasado, Amber?

—No lo sé. Yo no sé nada. Yo no maté a Simon, lo juro — me dijo llorando.

—Te creo, Amber. Debe de ser un error.

—Han encontrado mis huellas en un cuchillo ensangrentado. Solo lo usé para asustarlo, no se lo clavé —Rompió a llorar y se tapó la cara con las manos.

—Seguro que todo se aclara.

Se me rompía el corazón al ver así a aquella pobre mujer que no tenía la culpa de nada. ¡No sabía que sus huellas estaban en el cuchillo! Si lo supiera no lo habría usado, ¡yo llevaba el mío en el bolsillo!

Tenía que hacer algo por ella. Tal vez en el juicio se pudiera crear una duda razonable y así mi amiga podría salir de aquel lugar y evitar la cadena perpetua.

Capítulo 24

Los días que siguieron a la visita a Amber en la cárcel estuve bastante baja de ánimos, no sabía cómo ayudarla sin tener que descubrir ante la ley que yo había sido la que había matado a Simon, pero tampoco podía pensar en que ella sufriera por mi culpa. Los remordimientos me impedían concentrarme y esperaba que, con las vacaciones, al tener la mente más distraída, pudiera sacarme eso de la cabeza o por lo menos pensar algún plan de escapatoria para ella.

En el último día de trabajo, me acompañó el buen tiempo, el sol calentaba mi piel. Llevé como siempre cafés para los que quedábamos en la empresa, ya que la mayoría estaban de vacaciones y se incorporarían la semana siguiente. Estaba relajada, el ambiente en la oficina era tranquilo y pude revisar documentos sin prisa. Dejé todo preparado, estructurado y con notas para los demás que iban a llevar el proyecto de Miami.

Al salir del trabajo, respiré hondo, me estiré dando gracias por el sol tan agradable que calentaba todo mi cuerpo y, sobre todo, por unas vacaciones de quince días que iba a disfrutar al máximo con mi familia. Mis hermanos estaban impacientes y les había dicho que fueran haciendo las maletas después de comer para que no se les olvidara nada. Saldríamos a primera hora y, en unas tres horas de avión, estaríamos en Orlando. Ellos nunca habían subido a un avión, así que iba a tener que explicarles un poco para que no les diera un ataque de pánico, aunque yo misma había comprobado que no pasaba nada.

Llevé la cena de un restaurante cercano a casa de estilo japonés. Nos gustaba mucho la comida japonesa, pero pocas veces podíamos comprarla, y aunque intentara hacerla yo, gracias a que en internet había recetas de todo, no sabía igual.

Nos sentamos a la mesa del comedor y enseguida empezamos a hablar de las vacaciones, de las ganas que teníamos de irnos de viaje y yo les expliqué a mis hermanos cómo iban a sentirse en el avión, porque para mí había sido nuevo y me había estresado un poco. Ellos lo iban a notar más y prefería tenerlos sobre aviso para evitar problemas.

Nos acostamos pronto porque había que madrugar para ir al aeropuerto. Miré mi maleta que había hecho nada más terminar de cenar, mientras mis hermanos se duchaban y se acostaban. Me sentía orgullosa de haber podido planear estas vacaciones para mis hermanos; estaban muy ilusionados. Mi madre no dejaba de sonreír y parecía que volvíamos a estar bien, ilusionados y con ganas de tirar del carro, para salir a flote, más que nunca.

Poco a poco me fui quedando dormida pensando en lo que nos esperaba en unas horas.

«Estaba en un autobús, tenía que ir a buscar a alguien a no sé dónde. Miré hacia atrás y, de repente, allí estaba mi prima Arnelle hablando con su madre. ¿Qué hacía hablando con su madre si estaba muerta? Agudicé el oído para ver si era capaz de escuchar algo de la conversación.

—No sé cómo es tan tonta — soltó mi tía.

—No va a ver un dólar si quiera. A ella no le van a dar nada — contestó mi prima.

—Ella no es de la familia, ha pasado de todo y ¿ahora espera cobrar dinero?—preguntó ofendida mi tía a Arnelle.

—No se lleva con nadie. Va a su bola, ni de su padre se ha preocupado.

—Por eso le está bien merecido lo que le pasa. Que trabaje y sepa lo dura que es la vida —sentenció mi tía como punto y final.

Se bajaron del bus en la parada. No me vieron porque disimulé con el móvil y tenía puesta la capucha de la chaqueta.

De repente sonó una música en el autobús, me resultaba muy familiar».

Abrí los ojos lentamente y la alarma del móvil estaba sonando para avisarme de que empezaban mis vacaciones.

Descorrí las cortinas de mi habitación y volví a sentarme en la cama. ¿Qué clase de sueño era ese? ¿Me estaba volviendo loca de verdad? ¿Por qué soñaba con gente muerta? Miles de preguntas e ideas vinieron a mi cabeza, teorías en las que barajaba que toda la familia sabía que me iban a dejar sin nada, ya no solo a mí, sino a mis hermanos, dos personas inocentes y débiles que necesitaban más cuidados y atención que los demás. ¿Por qué condicionar el futuro de dos personas por broncas familiares? ¿Tanto odio nos tenían por no hacer lo mismo que ellos? ¿Acaso se creían mejores personas por ir a la iglesia todas las semanas y fiestas? ¿Qué sabían de todo lo que habíamos pasado de niños?

Fui a la ducha para despejarme, llevé la ropa que había apartado para vestirme al salir e ir desayunar. Escuchaba algo de ruido, por lo que mi madre ya habría despertado a mis hermanos para que se fueran preparando para nuestro inminente viaje.

Cuando llegué al salón, mis hermanos estaban desayunando y enseguida me uní a ellos preparándome un bol de leche con cereales. Mi madre revoloteaba de un lado a otro ultimando detalles, revisando que estuviera todo en las maletas y todo. Siempre le pasaba igual antes de los viajes, aunque fueran a la vuelta de la esquina, hasta que no estuviese todo mirado y remirado no se quedaba tranquila.

Cuando dejamos todo limpio y recogido, cogimos nuestras maletas y pusimos la alarma que había mandado instalar hace unos años cuando mi padre venía a espiar a mi madre y a hacerle la vida imposible. Con todo hecho, nos dispusimos a marchar al aeropuerto J.F.K. en taxi. Íbamos bien de tiempo y, al ser tan temprano, casi no había tráfico.

Cuando llegamos al aeropuerto, lo primero que hicimos fue buscar nuestra compañía para poder facturar. Nos acercamos al mostrador de la aerolínea y miraron que no nos pasáramos de peso y algunas cosas más. Una vez nos dio el visto bueno, fuimos a esperar a que avisaran de que nuestro vuelo había aterrizado y que podríamos ir a embarcar.

Después de casi una hora de espera, mis hermanos ya estaban nerviosos. «¿Cuándo nos vamos?», preguntaban una y otra vez. Justo en ese momento, por megafonía, avisaron de que ya podíamos ir a la puerta cinco a embarcar y allí nos fuimos.

Buscamos nuestros asientos una vez subimos al aparato. Mi madre con uno de mis hermanos y yo con el otro, así podríamos tranquilizarlos si se pusieran muy nerviosos a la hora del vuelo.

Como siempre, las azafatas empezaron con las recomendaciones: salidas, cómo abrochar el cinturón y todas esas cosas que indican que estábamos a punto de despegar. El avión estaba lleno, había muchos niños, por lo cual presentía que iba a ser un viaje muy agradable pues, aunque era muy temprano, los niños no dejaban de reír, gritar y demostrar la felicidad que sentían; seguro que iban a Disney World también.

El avión comenzó a moverse y, en ese momento, todos se quedaron en silencio. Empezamos a notar que se inclinaba y yo me apreté contra mi asiento como la última vez, aunque sabía que no iba a pasar nada, que estaba todo muy controlado y los pilotos tenían mucha experiencia. Mi hermano me miraba y yo para infundirle ánimos y que se despreocupara le sonreí abiertamente.

El vuelo duró tres horas, tres horas de risas escuchando a algunos niños con sus ocurrencias y una película medio decente que nos entretuvo un rato. Cuando aterrizamos me sentí muy aliviada, estaba en tierra firme y a un paso de disfrutar de las mejores vacaciones de mi vida.

Recogimos nuestras maletas en la cinta transportadora y, después de pasar por los controles, salimos del aeropuerto para dirigirnos a la parada de uno de los autobuses que nos iban a llevar a Disney World. Había mucha gente haciendo cola y los niños saltaban y chillaban impacientes.

El autobús abrió las puertas del maletero y metimos nuestras maletas como los demás antes de subir y coger un sitio para sentarnos. No tardamos ni media hora en ver el cartel que daba la bienvenida al parque de atracciones y mi corazón empezó a latir deprisa por la emoción. ¡Estábamos en Disney World!

Nos dejaron en la entrada, cogimos las maletas y nos fuimos a buscar nuestro hotel. Después de firmar los papeles de la reserva, nos enseñaron nuestras habitaciones, tenían motivos de Disney, eran preciosas. Dejamos las maletas y, después de mirar todos los rincones de la habitación, nos fuimos a explorar el parque de atracciones. ¡El primer día de nuestras vacaciones empezaba!

Nos fuimos al primer parque de atracciones, Magic Kingdom, era increíble. Unos jardines preciosos, hicimos un pequeño tour con el tranvía que nos enseñó todo el parque, Jarod y Artie no dejaban de señalar y hablar muy alto como los demás niños. Yo no podía dejar de reírme, eran tan dulces... Me encantó ver el castillo de cenicienta, incluso me hice alguna foto imitando que había perdido el zapato. Nos montamos en unos cochecitos y competimos entre nosotros por ver quién ganaba. En una atracción que subía y bajaba, consiguiendo que me doliera el trasero ante tantas embestidas, vimos un desfile de los personajes Disney de nuestra infancia y sacamos muchas fotos. Comimos en un restaurante de los que hay en el parque para seguir disfrutando de la tarde.

Después de un buen rato de cola, entramos en una atracción que viaja a través de los países del mundo con muñecas que cantan, había muchas luces y fue fantástico. No sabía quién lo pasaba mejor si mis hermanos, yo o los niños que se arremolinaban alrededor de las atracciones chillando a sus padres para volver a la cola y disfrutar otro rato más de las atracciones. Artie y Jarod se disfrazaron de piratas después de pasar por las atracciones de piratas del caribe, estaban muy guapos.

Cada día visitamos un parque diferente y, sobre todo, el que más disfruté fue el de los

animales. Me gustó subir al coche y hacer el safari. Era increíble ver los animales, que veía en la televisión o en libros, en vivo y en directo. Los hipopótamos apenas se movían y me hacía gracia; parecía que dormían todo el tiempo, las cebras y las jirafas tan altas. Sí sé de sobra que son muy altas, pero verlas en persona impresiona.

También hicimos un tour futurista, en parte me recordó a los supersónicos o a la exposición del futuro de Los Simpsons, fue diferente y nos gustó bastante.

Después de recorrerlos durante cuatro días los parques de Disney World, disfrutar de sus atracciones, de las luces, la magia, los desfiles y conectar con la niña interior que creía perdida; el último día nos lo tomamos de relax y nos fuimos al parque acuático. Nos quitamos el calor de encima a base de olas en la piscina, parecía que estábamos en el mar, pero por lo menos no me quedaba esa sensación de haberme comido toda la sal de un salero y llenarme de algas.

Nos tiramos en una balsa redonda todos y descendimos por un río en el que nos mojé alguna que otra cascada durante el trayecto y casi nos mareamos de las vueltas que daba la balsa al coger las curvas del recorrido. Mis hermanos, después, fueron a un tobogán enorme y con un flotador en el trasero se tiraron a la piscina.

Al llegar la noche y cenar, hicimos un balance de estas vacaciones. Nos divertimos mucho, mis niños estaban radiantes de felicidad y mi madre estaba descansada, yo había olvidado todo el tema de la venganza y, sobre todo, compramos regalitos para tener un recuerdo a parte de las fotos. Lo único malo es que se acababa y no quería dejar tan rápido la felicidad que habíamos conseguido.

Al acostarnos después de haber hecho otra vez la maleta, me sentí completa, feliz y tranquila. Una gran semana de vacaciones y, aún, quedaba otra que sería igual que esta.

Capítulo 25

Ya de vuelta en casa, me sentí aliviada. No es que me gustara especialmente viajar en avión, pero era lo más rápido, aún tenía un poco de aprensión por si se estrellaba. Todo el mundo se encargaba de decir que era el método más seguro para viajar, pero claro, cuando había alguna catástrofe, era tan grande que moría demasiada gente de una sola vez y yo no quería formar parte de esas estadísticas.

Miré el paisaje desde mi habitación, era preciosa. Toda esa extensión de verdor de Central Park contrastaba con los edificios que se levantaban imponentes reclamando su espacio en el cielo. Miré la lista de cosas por hacer para esta semana en casa, quería que mis hermanos siguieran disfrutando al igual que mi madre, no siempre podíamos estar así de bien los cuatro solos. Era gratificante ver que las horas y horas de trabajo habían servido para ahorrar lo suficiente para darles unas vacaciones a mi familia, unas muy deseadas y que disfrutamos como si fuéramos niños pequeños.

El reloj sonó para indicarme que eran las siete de la mañana, tenía que empezar a preparar la comida que nos íbamos a llevar a la playa; había que disfrutar de lo que quedaba de calor y para eso lo mejor era la playa, sin duda. Después de la ducha mañanera, decidí que, habiendo restaurantes allí cerca, lo mejor era no perder tiempo preparando nada y marchar a la playa a disfrutar directamente. Cuando nos diera el hambre, solo había que elegir un sitio y ya. ¿Por qué complicábamos todo de esa manera?

Desayunamos tranquilamente y preparamos las cosas para irnos a la playa. Mis hermanos no daban crédito que después de tanto tiempo volviéramos a pisar la arena de la playa de nuestra infancia. El olor a mar inundaba mis fosas nasales, respiré tan profundamente como pude y sentí que volvía a ser pequeña, sin preocupaciones, sin dolor en el alma y ver esa preciosa vista era impagable.

Nos acercamos lo máximo que nos dejaba el resto de la gente a la orilla, extendimos las toallas y, mientras mis hermanos se fueron a jugar y saltar las olas, yo me quedé tranquila leyendo. Me encantaba leer y últimamente apenas tenía tiempo para ello con todo el trabajo que tenía. Siempre había leído mucho, era algo que mi madre me había inculcado de pequeña. Los libros son viajes, mundos nuevos y sensaciones por descubrir, no entendía cómo había gente que no disfrutara leyendo.

Mi madre vigilaba a los chicos desde su toalla, no le gustaba perderlos de vista ni aunque fueran cinco minutos. Después de un chapuzón, al que finalmente nos unimos mi madre y yo, paseamos por la orilla viendo a niños pequeños llevando agua en los cubos para llenar un agujero que habían hecho en la arena, como si fuera una piscina. También había gente jugando al vóley y hasta se formaban corrillos para ver el partido.

Me gustaba la sensación de tranquilidad que se respiraba en aquel lugar; tal vez cuando todo se acabara, podíamos buscarnos una casa cerca de la playa o mudarnos a otro lugar y empezar de nuevo. Tal vez eso era lo mejor, tenía que trabajar mucho, ahorrar y luego podría buscarme otra casa en otro lugar, eso sí, con mar cerca.

El día fue increíble, ojalá todos los días fueran así. El agotamiento había hecho mella en

mis hermanos, por lo que, en cuanto llegamos a casa y después de una buena ducha refrescante, se metieron en la cama. Mi madre y yo nos sentamos en el sofá con una buena taza de té humeante y hablamos de nuestras esperanzas, de las ganas de empezar una nueva vida y de lo bien que estaban yendo las vacaciones. Había sido un descanso poder disfrutarlas después de tanto tiempo metidos en casa, con la única preocupación de pagar todo lo que había dejado mi padre en deuda, vender locales, multas que aparecían después de meses y créditos que creíamos más que pagados que resultaba que no era así. Habían sido dos años y medio de caos y parecía que no se iba a acabar tan pronto.

Tenía que acabarse todo de una vez, teníamos que volver a ser felices y poder dormir tranquilos sin pensar si el dinero iba a llegar para todo.

Me acosté con la esperanza renovada. Algún día todo tenía que mejorar, ¿no?

«Estábamos en nuestro dúplex. Mi madre y yo estábamos en la cocina con una amiga mía y sus dos hijas. Habíamos quedado para comer. Pusimos la mesa y empezamos a hablar despreocupadamente de las vacaciones, de la ilusión que nos hacía vernos después de tanto tiempo y lo guapas que estaban las tres.

Mi padre llegó a casa y se sentó a comer, aunque lo miré de forma extraña. De pronto escuchamos ruidos fuera de un camión y nos asomamos a las ventanas a ver qué pasaba. Me quedé de piedra al ver que mi abuelo bajaba del coche de mi tío Mathew ayudado por mi prima Arnelle. Mi tía y mi primo Daylen también bajaron del coche a la vez que mi abuela para adentrarse en la casa.

Mi prima me miró con cara de pocos amigos. Yo estaba sorprendida y lo único que hice fue dejarles pasar a mi casa y ofrecerles algo de comer.

—La próxima vez que invites a alguien avisa, ¿no ves que ya tenía invitados? — le recriminé a mi padre, consciente de que él los había invitado.

La tensión se podía cortar con un cuchillo, todos miraban a todos desconfiados y, sobre todo, yo a todos ellos con odio. ¿Qué hacían allí?

Mi prima no dejaba de mirarme fijamente con esa cara de pocos amigos que traía al bajar del coche, ¿le pasaba algo?».

Me desperté sobresaltada con la frente perlada en sudor. ¿Por qué soñaba con toda mi familia que estaba casi toda muerta? ¿Remordimientos? ¿Me avisaban de que algo iba a pasar? ¿Algo iba a pasar con Arnelle?

Intenté volver a dormir, pero me fue imposible, por lo que me puse a leer para distraer la mente; tal vez eso alejaría mis malos pensamientos.

Dos días después de esa pesadilla y al salir del cine con mis hermanos, me llegó un mensaje de mi prima para quedar a tomar un café. Tardé en contestarle porque aún tenía presente la pesadilla, esos pensamientos de mi subconsciente que pugnaban por salir y hacerme sentir mal por la venganza que había empezado y que daba por terminada. En la familia tenía que haber alguien cuerdo para saber que lo que pretendían estaba mal.

Al final a la noche, y antes de irme a dormir, le contesté que podíamos vernos. No tardó en responderme, dándome hora y lugar. Estaría bien desconectar un poco y hablar con más gente, ya que con Amber ya no me dejaban hablar al estar tan cerca su juicio, aunque no

entendía por qué.

A media mañana me encontré con Arnelle en un restaurante de comida rápida al que le gustaba mucho ir, y es que el camarero estaba muy bueno. Lástima que no fuera mi tipo y ella no llegaba a lanzarse, no veía una posible relación por ninguna de las partes, pero bueno, soñar es gratis.

Nos sentamos en una mesa cerca de un gran ventanal. Disfrutamos de la comida, nos reímos, recordamos viejos tiempos y me habló de un chico al que estaba empezando a conocer, ya que con el que estaba la cosa no iba a nada y, como decía ella, no tenía edad para estar ahora así. Ella quería algo serio y no cambiaba de opinión por mucho que le dijera que era joven; acababa de cumplir veintitrés años, ¿qué esperaba marido e hijos ya? Yo tenía veintisiete y era lo que menos deseaba en el mundo, un hombre que me atara... Tenía a mis hermanos, que los cuidaba como si fueran mis hijos, y ya me llegaba. No me veía con la paciencia necesaria para empezar de cero con un bebé; enseñarle a hablar, andar, comer y todas esas cosas de buena madre como la mía. Supongo que no todas las mujeres tenemos ese instinto maternal. Yo no debía de traerlo de serie como muchas otras y era una cosa que no me quitaba el sueño.

Una cosa llevó a la otra, casi tres horas después y paseando con un helado en las manos, llegó la parte que más me hizo pensar de todo el día.

— ¿Sabes algo de la herencia del abuelo?—me preguntó como quien no quiere la cosa.

—Pues no, ¿tengo algo que saber?—contesté lo más inocente que pude.

—Aaah, es verdad, el abuelo no os dejó nada. A mí tampoco es que me dejara gran cosa. 10.000 dólares no llegan para mucho hoy en día, pero con eso igual miro para montar un pequeño negocio o invertir en bolsa.

—Me parece bien, por lo menos tienes algo de dinero que puedes decir que es tuyo. Yo solo puedo decir que tengo deudas—dije intentando no sonar resentida.

—Si empiezo a ganar mucho dinero, sabes que reparto contigo—sonrió de oreja a oreja.

—No, el dinero es tuyo, pero te agradezco la oferta.

—Bueno, no era eso lo que quería contarte. El tío Haylen acaba de entregar unos papeles solicitando toda la herencia, incluso mi pequeña parte. Ahora que la abuela no está, se puede repartir todo, incluso las propiedades que tenía la abuela.

—Arnelle, tú te llevas bien con el tío Haylen. ¿Por qué no hablas con él y llegáis a un acuerdo?

—Pues no lo había pensado, pero no creo que acceda. Su nueva novia es una trepa y quiere todo el dinero.

—Mujer, eres su sobrina favorita, ponle ojitos y esas cosas, ya verás como consigues algo.

Seguimos paseando tranquilas, viendo a los niños correr, a un pelotón haciendo jogging, algunos jugando con una pelota de básquet, parejitas tiradas en la hierba abrazadas, perros y sus dueños. Nos detuvimos con la muchedumbre que rodeaba a un bailarín de Street dance, la verdad, no lo hacía nada mal, así que le dejé unas cuantas monedas en la gorra que descansaba sobre el asfalto; también vimos una estatua humana y, aprovechando que

mi prima se había parado a hablar con una conocida, eché una moneda para que se moviera y la reacción de las dos chicas chillando y saltando había sido de lo más graciosa. No podía parar de reírme, había sido muy gracioso ver sus caras de susto. Seguimos paseando y, casi sin darnos cuenta, llegamos hasta la calle donde vivía.

Me despedí de mi prima en el portal de mi casa y subí con la sensación de haber pasado una buena tarde, aunque lo de Haylen me había dejado con la mosca detrás de la oreja. ¿De verdad querría quedarse con todo, incluso con la parte de Arnelle? Tendría que estar atenta a lo que decidiera mi prima, ya que, aunque dijera que no, el tema del dinero le tenía preocupada, seguro que podría sacarle información sin que se diera cuenta. Le había dado una idea que seguro que iba a pensar.

Capítulo 26

Me levanté con dolor de cabeza y opresión en el pecho. No había tenido ninguna pesadilla estos últimos días, pero me sentía mal y extraña, tal vez se debiera a que hoy comenzaba el juicio de Amber.

Había pasado casi un mes desde que había matado a mi tío Simon y, por culpa de eso, Amber estaba condenada por ello. En el cuchillo que había utilizado, que estaba tirado en el suelo, estaban las huellas de mi amiga. Si lo hubiera sabido, no lo habría usado, ella no tenía la culpa de mi venganza personal ni de la razón que me había llevado a ella.

Muchas veces deseaba que todo esto no hubiera pasado, que mi familia se comportara como aparentaban de puertas para fuera, una familia unida y cariñosa. Se sabe de sobra que en todas las familias hay una oveja negra, pero esto ya era pasarse, todas eran ovejas negras cegadas de avaricia por el dinero cuyo único fin era dejarnos en la miseria. ¿Por qué nunca nos habían aceptado? No es fácil crecer con el desprecio de la única familia que te rodea, ya que la familia de mi madre estaba toda en España. Cuando murieron mis abuelos, yo era muy jovencita, por lo que únicamente les conocía por fotos y lo que me contaba mi madre. Muchas veces, de pequeña, soñaba que esa otra familia, que estaba a miles de kilómetros, nos querían, nos daban cariño; todo lo que la familia de mi padre nos negaba. Ilusiones de niña que nunca se habían cumplido.

Me preparé para estar en la vista de mi amiga; hoy comenzaba el juicio, pero llevaría más de un día ver todas las pruebas, datos, móviles, cosas que se podían inventar hasta dar el veredicto, pero a mí ya se me acababan las vacaciones y no podría estar atenta a mucho más. Haría como el resto de los mortales: leer los periódicos y ver las noticias para que me informaran sobre el avance del juicio y su sentencia.

Me puse ropa cómoda, porque no sabía el tiempo que estaría allí sentada, dándole mi apoyo. Me peiné y, después de desayunar, me dirigí a los juzgados. Al llegar, me esperaba a mucha más gente, los asesinatos despertaban el lado morboso de la gente y los medios de comunicación, pero era como si no tuviera repercusión el caso.

Entré sin problemas, me senté detrás de ella para darle ánimos y desearle suerte. Después de todo el protocolo cuando entró el juez, el jurado y demás gente implicada en el caso, empezaron a leer la acusación de Amber de asesinato. Me quedé muda al escuchar esa palabra que solo la pronunciaba en mi mente. De inmediato comencé a sentirme mal por mi amiga. Ella estaba allí en el lado de los acusados, con las manos esposadas como si fuera una vulgar criminal por un delito que no había cometido.

Se expuso la prueba principal del caso, el cuchillo que habían encontrado en la escena del crimen lleno de sangre seca de mi tío con las huellas de ella. Empezaron a explicar que todo fue motivado por los celos, al ver a su chico con otra mujer en la cama. ¡Incluso fue a testificar la chica en cuestión! Me sorprendió que contactaran con la chica que había salido semidesnuda del piso de mi tío aquella noche. Aquella chica, que tenía un nombre muy raro, no debía de ser de aquí. Empezó a relatar cómo Amber entró hecha una furia con el cuchillo en la mano en la habitación donde ella y mi tío estaban dándose buena

cuenta el uno del otro. Ella se había asustado y, recogiendo la ropa del suelo, se marchó enseguida. Mientras iba hacia el ascensor, escuchó el sonido de cristales rompiéndose y a una mujer chillando como loca. No podía certificar a ciencia cierta que ella le matara, ya que no había visto ni oído nada más.

Ahí estaba la duda, nadie la había visto matar a mi tío y el tema de las huellas estaba explicado, así que igual el jurado se apiadaba de ella ya que podía haberse marchado sin hacer nada, ¿no?

Miré al jurado, no había ninguno que mirara de buen modo a Amber, tal vez yo era la única que pensaba bien de ella al saber la verdad sobre el asesinato de mi tío Simon. Los abogados siguieron hablando durante horas, preguntando a gente que conocía a Amber si era capaz de algo así, a lo que todos respondían que era una buena chica, que ayudaba a todo el mundo, siempre con una sonrisa en la boca, dulce y con ganas de una vida feliz.

Al acabar el juicio por ese día, Amber me miró con esos ojos preciosos suplicantes. Se la llevaron por una puerta lateral y no volví a verla, pero su abogado inmediatamente se giró a hablar conmigo.

—Señorita Müller. Mi clienta Amber Thompson me dijo que usted la acompañó al piso de su novio después de comprar comida en un restaurante.

—Sí, señor—respondí tragando saliva. ¿Ahora me iban a meter a mí?

— ¿Estaría usted dispuesta a declarar esos hechos ante el jurado?

—No veo en que pueda ayudar eso a Amber. Pero sí, lo haré.

Después de explicarme un poco lo que iba a pasar, ya que el abogado intentaba crear una duda en el jurado, demostrar que era una buena chica que nunca haría semejante acto contra otra persona y más si estaba enamorada de él.

Acompañé al letrado hasta su despacho y enseguida comenzamos a trabajar en mi declaración: lo que tenía que decir, cómo, posturas ante los interrogatorios del abogado de la acusación, miradas al jurado, cómo evitar mi nerviosismo y muchas cosas más con lo que conseguiríamos convencer al resto de la sala.

Cuando estuve en la cama, tranquila y sobre todo en silencio, pude pensar un poco en todo lo que se me venía encima. Si declaraba que había estado con ella, no me estaba inculpando, ¿no? Era un hecho que estaba con ella al subir y que me había marchado, pero, ¡nadie me había visto marchar! ¿Podrían acusarme de cómplice?

Capítulo 27

Sonó el despertador que me devolvía a la rutina del trabajo. El juicio seguía su ritmo mientras yo tenía que volver a la realidad. Cada vez había más trabajo en la oficina, me daban más responsabilidad y yo me sentía más importante.

Los encargos cada vez eran más difíciles, empezábamos a tener un nombre en el mundo de la publicidad, y mis jefes estaban mirando abrir más oficinas en otros estados y así abarcar más pedidos para seguir creciendo en este mundo tan competitivo.

Me costaba olvidar mis quince días de vacaciones, sin estrés, viendo felicidad en los ojos de mis hermanos, a mi madre más descansada, sin pensar en problemas. ¡Habían sido los mejores días de todo el año!

Muchas tardes me quedaba más horas de las que estipulaba mi contrato para ayudar en el proceso creativo de alguna campaña de publicidad, algún anuncio de un nuevo perfume que para mí olía como los demás, o un nuevo producto de limpieza que aseguraba limpiar sin esfuerzo y mejor que los demás productos de la competencia. Todo ese proceso creativo me encantaba, me tenía embelesada y disfrutaba dando ideas, las cuales algunas luego se ejecutaban. Tal vez, cuando todo pasara y tuviera una vida más tranquila, podría ponerme a estudiar publicidad y unirme al equipo.

Las semanas pasaban y cada día en la televisión salía algún dato del juicio contra Amber, se notaba que mi tío era una persona importante gracias a la fortuna que fue amasando mi abuelo. En la televisión siempre recordaban que Simon era uno de los herederos de una de las grandes fortunas de Nueva York. Una lástima que su avaricia lo cegara hasta el punto de no importarle a quién pisaba por el camino con tal de quedarse con la fortuna de mi abuelo.

A veces me ponía a pensar que, si hubieran sido una familia normal, tal vez no tendríamos este problema. Muchas veces anhelé que mi abuela me felicitara por mis notas, que mi abuelo alabara mi caligrafía como a mi primo, que mi tío Simon me levantara en brazos para darme un beso, que Hayden nos trajera algún recuerdo de sus viajes como al resto de la familia o que mi tío Mathew y su mujer estuvieran más a nuestro lado para apoyarnos en momentos en los que mi padre desaparecía días de casa para irse a saber a dónde y con quién. ¿Tal vez podría sentirme bien con Arnelle? ¿Podría ella suplir a toda la familia que poco a poco había ido matando?

Mi prima me enviaba mensajes con regularidad y empezamos a vernos una vez a la semana en un bar cercano a su trabajo que, por suerte, era cerca del mío. Hablábamos de series de televisión de nuestra infancia, de cómo iba el trabajo y cosas que no eran importantes ya que a mí, lo que realmente me interesaba, era la situación con Hayden y los papeles que había mandado al abogado.

Esta vez, en la cita con mi prima de cada viernes, me habló del nuevo chico que estaba conociendo y que la tenía embelesada. Me enseñó una foto y me daba la sensación de que esa foto no le hacía justicia al chico, ya que en persona era más guapo. Miré la foto de nuevo, ya que mi prima no dejaba de mirarla. En la foto estaba ella con su nuevo chico,

Liam, alto, pelo rubio corto, muy a la moda, y de unos ojos verde esmeralda preciosos. Los labios los tenía finos, pero llamaban la atención, poco musculado, y eso me sorprendía dadas las anteriores parejas de ella (eran unos musculitos que se pasaban media vida en el gimnasio). Se le veía risueño, pero claro, sin tratarlo no podía emitir un buen juicio.

—Me gusta mucho, Alynn. Liam es muy simpático y está atento a todas mis peticiones, por mínimas que sean. ¡Es mi hombre ideal!—Me repitió por enésima vez mi prima.

—Arnelle, el problema nunca es de ellos. ¡Eres tú la que se cansa de ellos en un mes!—Suspiré.

—No, esta vez es diferente. Él me trata genial, no está siempre pensando en el béisbol o en que llega tarde a su entrenamiento en el gimnasio. Es un chico real. No le interesan esas cosas y ¡hasta me hace regalos sin que me lo espere! Sin ir más lejos, ayer vino a mi casa con un ramo gigante de rosas blancas. ¡Es un amor!

Suspiré y rodé los ojos en sus cuencas mientras le daba un sorbo de mi cappuccino que aún estaba muy caliente. Soplé despacio, intentando enfriarlo, mientras escuchaba lo que mi prima decía sobre Liam y lo mucho que lo quería. Empezaba a cansarme y, por un momento, me imaginé con un chico que me quisiera a su lado, que me regalara bombones, me llevara al cine, de cenas a restaurantes caros, viajes improvisados, locuras en una noche por Central Park y todas esas cosas de las que siempre me había hablado mi prima con sus parejas y que hasta ahora no me planteaba. ¿Sería el momento de buscarme un chico?

Mi prima seguía hablando y yo de vez en cuando asentía y le daba la razón a lo que decía sin prestarle mucha atención, ya que mis pensamientos iban hacia un hombre sin rostro que me regalaba un ramo de rosas hasta que, de repente, algo llamó mi atención.

—Mañana tengo hora con la abogada. Es la chica que trabajaba con mi hermano y que está especializada en batallas judiciales por herencias — soltó Arnelle como si fuera lo más normal del mundo.

— ¿Pero has hablado con Hayden?—Me sorprendí ya que no me había comentado nada.

—Lo intenté, prima. Está demasiado ocupado con su nueva novia. Se han ido de viaje a no sé dónde aprovechando las vacaciones que tenía el tío.

—Pero seguro que con él no tienes problema, al fin y al cabo, eres su única familia—le aseguré.

—Ya empiezas, tú también eres de la familia.

—Sabes de sobra que nunca me he sentido parte de la familia, son demasiados desplantes y no tengo ganas de recordártelos. Supongo que nunca he sido como ellos querían y por eso no tengo esa relación como tienes tú. Aprovéchate de eso, tonta.

—Sé que muchas cosas no se hicieron bien, pero no puedes tener ese rencor toda la vida, Alynn. Hay que perdonar para seguir adelante—me dijo como si fuera una psicóloga barata.

—Cada uno es como es, Arnelle. Yo soy así, no puedo cambiar o, más bien, no sé si quiero cambiar.

Un camarero pasó por delante de nosotras y le dediqué una sonrisa al ver que me guiñaba un ojo. Era joven, guapo y, por lo visto, nuevo en la empresa, porque ninguno de los otros camareros se tomaba tal licencia conmigo, pero, a decir verdad, me alegró su gesto y por un momento volví a soñar con un chico que me quisiera como me contaba mi prima de Liam o veía en las películas en mis días libres.

Me fui a casa con la sensación de que las cosas no iban bien, que algo pasaba sin que yo me enterara al cien por cien y necesitaba saber qué planeaba Hayden. Arnelle iba a ir con una abogada, pero yo no tenía derecho a nada de la herencia por lo que no podía recurrir a nadie que me orientara. Tendría que fiarme de lo que me fuera contando mi prima o ponerle vigilancia a mi tío.

Sentada en la cama con el portátil encendido en las piernas, me quedé pensativa delante del buscador. ¿Cómo buscaba a un detective? ¿Se anunciaban en internet o en Facebook? Me sentía estúpida; normalmente era yo quien vigilaba y me gustaba tener todo bajo control, pero también tenía que ser realista y tener en cuenta que mi tío vivía lejos de mí y no podía levantar sospechas, porque tardaba más en ir y volver que lo que podría descubrir persiguiéndole por Queens. Cerré el portátil y me metí en la cama, tal vez podía pasarme por mi antiguo trabajo y preguntarle a Sacha si conocían a alguien de confianza que me hiciera el trabajo, así seguro que no levantaba sospechas y me enteraría de todo.

Con la idea en la cabeza, aún dándole vueltas de cómo preguntarle a Sacha lo que necesitaba, me quedé dormida.

«Estaba en el puente de pie, esperando en medio de Central Park. Me encantaba ese puente, contrastaba con los demás porque era de color claro, el intrincado de la piedra blanca formando una sucesión de círculos me recordaba a mis buenos tiempos, a mi niñez en la que metía la cabeza en ellos para observar lo que había debajo del puente. Había una calidez enorme en algunos puntos del puente, llenos de flores azules. Me sentía relajada en ese momento. Empezaba a anochecer y era una estampa preciosa, digna de una buena postal de recuerdo, estaba embelesada.

De repente noté que alguien me tocaba el hombro izquierdo. Me sobresalté y me di la vuelta con la mano en alto dispuesta a asestar una buena bofetada y una patada si fuera necesario para marcharme de allí corriendo, cuando le vi a él. Un chico de ojos azul cielo, moreno, de labios carnosos y más alto que yo, me tendía un ramo de liliums. Le miré enternecida y aspiré el aroma de las flores que me tendía con una sonrisa en la cara. Paseamos cogidos de la mano, despacio, observando el entorno y hablando de nuestro día en el trabajo. Me acompañó a casa y, una vez en el portal, se despidió de mí con un beso que me hizo notar las mariposas en el estómago. Nos abrazamos y su perfume a hierba recién cortada y a madera me inundó las fosas nasales».

Al abrir los ojos, me encontré en mi cama, sola. Miré el despertador que me había arrancado de ese sueño que, por primera vez, no era sobre mi familia ni amenazas raras de un muerto. El resto del día estuve pensando en si ese sueño era también una premonición, como había ocurrido con el tema de mi padre y mi familia, o simplemente era mi deseo oculto avivado por lo que me había contado mi prima el día anterior.

Capítulo 28

Seguía dándole vueltas al asunto del detective, no sabía muy bien cómo buscar y, sobre todo, si era de fiar. Los días pasaban y ese tema cada vez me preocupaba más al no tener noticias de mi prima y si había conseguido algo con la abogada o no.

Una tarde recibí la llamada del abogado de Amber, quería quedar conmigo para volver a repasar mi declaración para el día del juicio. Había conseguido a varias personas que iban a testificar a favor de ella y quería ir preparándonos por si el abogado de la acusación era demasiado brusco. Anoté el día y la hora en mi agenda para no olvidarme. Parecía que todo se ponía bien para mi amiga, íbamos a ser varios los que diríamos lo buena persona que es, sus actos desinteresados y su afán de ayuda constante para, así, ayudarla a crear una duda, ¿no?

Amber era una chica buena, amable, alegre, que ayudaba a sus vecinos y daba limosnas a las personas sin hogar. No podía matar a nadie, nadie se lo podía creer.

Entre el trabajo y las visitas al abogado de Amber, me dejaba poco tiempo para tener vida social y, como mi prima no me contestaba a los mensajes, empecé a pensar en que algo había pasado. Tal vez mi tío le estaba dando problemas o, por el contrario, había conseguido que Hayden entrara en razón y le diera su parte.

Al salir del trabajo, más tarde de lo habitual, una brisa fría me rodeó al pisar la calle. Me puse una chaqueta para no resfriarme, ya que por muy pequeños que fueran los cambios de temperatura, me podía resfriar y no me gustaba nada pasarme pegada a un paquete de pañuelos durante dos semanas y con la nariz roja como si fuera Rudolf de tanto sonarme. Después de cenar en casa, me despedí de mi madre tras comunicarle que iba a ir a mi antiguo trabajo a saludar a mis compañeras y tomarme algo de paso, ya que era viernes y al día siguiente no trabajaba.

El sonido de la música inundó mis sentidos al entrar en el bar. Me encantaba la música, bailar, y allí podía hacerlo desde que había dejado de trabajar allí. Me acerqué a la barra y pedí una copa de vodka con lima. Mis excompañeras enseguida vinieron a abrazarme y a contarme novedades, como que alguna de ellas se había prometido, cambiado de pareja y, sobre todo, el nuevo compañero de trabajo. La verdad, me sorprendió ver a un chico en la barra, ya que siempre había sido un local donde trabajaban mujeres, estaba bien ver que las cosas iban cambiando poco a poco.

Enseguida unos chicos se acercaron a mí para invitarme a bailar. Bailé, bebí, me reí, conseguí disfrutar de mi juventud como hacía tiempo no conseguía. Me olvidé del detective, del trabajo, de la familia que había arruinado nuestra existencia y disfruté al máximo de la noche, del baile y de la compañía.

Tras varias horas, agotada ya, decidí marcharme a casa, había empezado a notar un ligero pitido en los oídos y tenía a un pesado rondándome e insistiendo en acompañarme. Después de negarme a su compañía por enésima vez, salí del local. Me giré para hablar con Sacha, el portero con el que había entablado amistad durante mi estancia laboral allí y el que me había ayudado a conseguir el arma con la que intimidé a mi primo. Sacha, se dio

cuenta de mi mirada hacia ese hombre y se acercó más a mí con gesto protector. Me abrazó y miró al chico que me seguía hasta que se dio la vuelta y entonces me habló:

—Alynn, no deberías irte sola a casa.

—No pasa nada, Sacha. Ya lo has espantado — le respondí con una sonrisa.

—Mejor te acompaño hasta tu casa, por si el tipo vuelve.

—Gracias—Sonreí—. Tú siempre tan protector.

Por una vez, di gracias de que Sacha fuera el más tranquilo de los tres, era muy protector con todas nosotras y me alegraba ver que, aunque ya no trabajara en el local, seguía protegiéndome. Era un buen chico, muchas veces pensé que estaba de portero porque era hermano de los otros dos y, sobre todo, porque a pesar de sus veinticuatro años, parecía un armario empotrado.

Caminamos despacio, mi casa estaba a un par de manzanas del local. Miré a Sacha, su pelo corto rubio, sus ojos verdes y la ropa negra le hacía parecer un macarra. Tenía un semblante serio, pero que transmitía ternura a no ser que estuviera enfadado. Siempre me sorprendía que no tuviera ningún acento a pesar de llevar tan poco tiempo en Nueva York.

—Sacha, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

— ¿Tú sabrías de algún detective privado? Que sea de tu confianza. Necesito vigilar a alguien y ahora me es imposible.

—Si quieres puedo ayudarte yo. Solo trabajo aquí los fines de semana.

Me quedé pensativa ante la posibilidad de que Sacha fuera mi detective, ya le conocía y sabía que era muy meticulado en todo lo que hacía. Como solo trabajaba de noche de portero, por el día podía vigilar a mi tío, pero, sabía por Arnelle, que solía irse de viaje los fines de semana, por lo que no tenía sentido seguirle en sus escapadas.

—Vale, necesito que vigiles a un tipo en Queens. Quiero saber todo lo que hace, a dónde va, con quién, los horarios y todo.

—Tranquila —Me sonrió de una manera dulce—. No es la primera vez que hago un trabajo así.

—Pues entonces te mando en un mensaje una foto y la dirección de la persona que quiero que vigiles— le respondí devolviéndole la sonrisa.

El resto del camino, hablamos de tonterías. Me comentó lo que echaba de menos de Rusia, cómo se había adaptado a nuestro país, la ruptura con su novia, porque la chica de la que estaba enamorado se había quedado en Rusia y no habían conseguido mantener la relación a distancia. La verdad, me entristeció lo que había pasado, siempre había pensado que si existía amor de verdad, la distancia no podía afectar en la relación.

Me despedí de él y volví a darle las gracias por acompañarme a casa. Le recordé el encargo y, con un movimiento suave de mano, se despidió de mí.

Al día siguiente, haciendo acopio de la información que tenía y buscando entre los

álbumes de casa alguna foto reciente de Hayden, recibí un mensaje de mi prima para quedar a cenar. Después de mandarle un mensaje a Sacha con todo lo que necesitaba para localizar a mi tío, respondí a Arnelle para vernos.

Me duché y preparé para salir a cenar con mi prima. Lo más seguro es que trajera su coche e iríamos a un McDonald's y la verdad era que me apetecía bastante.

Como esperaba, Arnelle me llamó al móvil para decirme que bajara, que tenía el coche en doble fila. Me despedí de mi madre y mis hermanos que estaban viendo una película y bajé las escaleras

que me separaban de la calle, ya que el ascensor estaba ocupado.

Entré en el coche y saludé a mi prima esperando que me dijera a dónde íbamos a cenar. Al final, fuimos a un pequeño restaurante donde servían comidas gigantes; pedimos una hamburguesa de dos libras para las dos, unas coca-colas y patatas fritas. La cena fue entretenida, hablamos y reímos mucho.

—He hablado con la abogada.

— ¿Y bien?—quise saber.

—Que la parte que me toca no me la puede quitar, es lo que me corresponde de herencia por mis padres.

— ¿Ves? ¿Por qué no hablas con tu tío e intentas ir a las buenas?

—Alynn, lo he intentado. De verdad que sí. Pero no me ha cogido el teléfono ni respondido a los mensajes, me doy por enterada.

—Es una pena, la verdad.

—Bueno, dejemos que el tiempo ponga todo en su lugar. Esa chica le dejará como todas las demás al ver que el tío empieza a pasar de ella. Ahora es la novedad, ya sabes, luego la rutina y el gasto desmesurado de su chica, que es contrario a él, ya que nuestro tío es más de ahorrar.

—Ya se verá entonces.

Zanjamos el tema y volvimos a hablar de nuestras cosas, yo le comenté mi deseo de estudiar publicidad para cambiar de puesto en mi trabajo o, por lo menos, compatibilizarlos. Al final de la cena, apareció Liam y los tres nos fuimos a un bar a tomar una copa para distraernos y disfrutar del fin de semana.

Antes de quedarme dormida viendo un documental sobre alienígenas, recibí un mensaje de Sacha para avisarme de que al comienzo de la semana comenzaría el trabajo y que el viernes me daría los detalles de la semana y así podría decidir si quería seguir con el seguimiento más tiempo.

Me quedé dormida tranquila, sabiendo que todo estaba en buenas manos.

La semana pasó muy rápido para mí, el ritmo frenético que llevábamos en la oficina contribuyó en gran medida para que tuviera esa sensación. Había quedado con mi prima y Liam un par de veces, ya que estaban empeñados en buscarme una pareja. En las salidas, me presentaban a algún amigo de Liam, que eran simpáticos, pero no me veía yo con una

pareja estable en estos momentos. Tal vez más adelante, cuando todo se calmara, podría pensar en mi vida amorosa.

El viernes por la noche recibí un mensaje de Sacha. Me pedía vernos antes de que entrara a trabajar, quedamos en un bar cercano a mi casa, así no tendría que desplazarme tanto.

A la hora convenida, estaba en el bar sentada en una mesa con un descafeinado entre las manos, estaba nerviosa y, sobre todo, ansiosa por saber qué había averiguado. Era la primera vez que le dejaba algo tan importante a alguien, esto no lo controlaba y me pasaba factura, pero también era cierto que, gracias a mi trabajo, apenas había podido pensar en el seguimiento. Estábamos teniendo más trabajo que de costumbre, pues se acercaba la campaña de navidad y salían productos nuevos al mercado y había que intentar enfocarlos de maneras diferentes y atrayentes. Me esperaban unos meses de locura.

Sacha apareció por la puerta y le saludé desde mi sitio. Se sentó enfrente de mí y me tendió un sobre tamaño folio que abultaba bastante mientras pedía un café expreso. Le miré dubitativa, ¿tanto había que leer? Abrí el sobre despacio y me asomé al ver un montón de fotos y anotaciones en una libreta.

En la libreta había anotadas las horas en las que entraba y salía de casa, su rutina en el trabajo, las salidas con su novia, restaurantes que frecuentaban, el supermercado al que iban a comprar y hasta las veces que iba a la tintorería, ¡era increíble!

— ¡Increíble!—comenté impresionada—. Sacha, es un gran trabajo. ¿Has pensado en ser detective privado profesional?

—La verdad es que no.

— ¡Pues deberías!

—Solo es algo que me gusta hacer y, por suerte, se me da bien.

—Gracias, con esto ya me pongo a organizarme yo. ¿Cuánto te debo?

Saqué un talonario para poner el dinero que me pidiera, entre lo que había robado a mi abuela y las subidas de sueldo, había ahorrado algo de dinero que bien podría cubrir esto, aunque, en principio, lo guardaba para irnos a España a conocer a la familia de mi madre. Nunca los había conocido y, después de tanto tiempo, sabía perfectamente que mi madre echaba de menos a su familia y a su país, y yo me moría de ganas por explorar lugares nuevos.

—Una cita — me contestó serio después de un tiempo de reflexión.

— ¿Cómo? — pregunté sorprendida por si no había oído bien.

—Quiero una cita contigo, ya sabes: cine, cena, paseo, etc.

Me quedé callada. Los ojos los tenía abiertos de par en par por la sorpresa de su propuesta. Era más joven que yo y, ¿quería una cita? Debía confesar que me había fijado en él cuando entré a trabajar en el local, había algo en él que me atrajo desde el primer instante que lo vi, pero, al saber que era mucho más joven que yo, había optado por olvidar mis pretensiones románticas con él y comenzar la amistad que actualmente teníamos.

—Esto me ha pillado por sorpresa—confesé—. No sé qué decirte. ¡Eres mucho más joven que yo!

—Alynn, tampoco te pases que solo eres tres años mayor que yo — me respondió sonriendo y enseñando su perfecta dentadura blanca.

—Supongo que tengo que decirte algo ahora mismo, ¿no?

—Estaría bien—contestó como si nada, dando un sorbo a su café—. Yo hice mi parte del trabajo.

—Es que pensé que me cobrarías dinero, no una cita para ir al cine y de cena romántica — contesté bajando la voz sin saber muy bien por qué.

—Un pago como otro cualquiera.

—Ya. Está bien, pero yo elijo el día y la hora — expuse después de un rato de silencio.

—Me parece perfecto.

Sacha miró el reloj y enseguida se despidió de mí para irse a trabajar. Me quedé a solas mirando lo que me había traído.

Una cosa se repetía con más frecuencia, iba al cajero cada dos por tres y sacaba bastante dinero. ¿Sería el de la herencia? ¿Pagaría los caprichos de su novia con el dinero de mi abuelo? La ira empezó a recorrer mi cuerpo y notaba mi corazón latir con fuerza. ¿Había llegado yo tan lejos para dejar que ese hipócrita se gastara todo el dinero de la familia en una buscona?

Capítulo 29

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto de mi tío. Si se estaba gastando el dinero de la herencia, no podía tardar mucho en llevar a cabo mi plan porque se acabaría el dinero en los caprichos de su novia. En las fotos que me había traído Sacha se veía cómo le daba fajos de billetes que sacaba del cajero, que luego ella los gastaba en pedicura, manicura, vestiditos y zapatos de tacón, además de peluquería.

Mi prima estaba teniendo problemas para que mi tío no reclamara su dinero. Aunque en un juicio Arnelle llevara las de ganar, todo el tema de los papeleos y las demandas llevaban muchísimo tiempo y, hasta que llegara ese momento, habían bloqueado el dinero que le correspondía a mi prima de la cuenta de mi tío. Todo el entramado de juicios y demás, me sacaba de quicio. Total, como bien dicen por ahí: «Hecha la ley, hecha la trampa», y por desgracia, mi tío tenía un buen abogado que le decía por dónde salirse con la suya.

Sacha me mandaba mensajes de vez en cuando, no es que fueran para recordarme nuestra cita, pero yo no sabía muy bien cómo afrontar esa situación. Al final, dos semanas después de que me diera los papeles, le mandé un mensaje para quedar e ir al cine. No lo tenía demasiado claro, pero era lo justo, él me había pedido eso como pago y la culpa había sido mía por no haber pactado el precio antes de nada. ¡Errores de novata!

Inmediatamente tuve respuesta de Sacha diciéndome que me venía a buscar en dos horas. Me vestí con unos jeans y una sudadera; iba a ir cómoda y no tenía la intención de ligar, por lo que no vi conveniente arreglarme demasiado o ponerme escote. Me maquillé de una forma sutil, enmarqué mis ojos verdes con el eye liner negro, máscara de pestañas para que se notasen más largas y apliqué una barra de labios color nude con un gloss para que mis labios carnosos se vieran naturales. Con un mensaje, supe que Sacha ya estaba abajo esperándome, por lo que me despedí de mi madre, que estaba feliz de verme salir con un chico.

Después de saludarnos y que él me dijera lo guapa que estaba, nos dirigimos al cine. Al llegar a la taquilla del cine y ver la cola tan grande que había, nos pusimos a discutir qué película íbamos a ver. Al final nos decidimos por una de comedia en la que salía Adam Sandler. Cogimos palomitas, Coca-Cola y buscamos nuestros asientos en la sala. Todo se quedó a oscuras y empezaron los tráileres de otras películas. Había alguna bastante interesante, pero claro, tampoco es que tuviera demasiado tiempo para perderlo en el cine.

Al acabar la película, y aún con dolor en la tripa de tanto reírme, fuimos a buscar un sitio para ir a cenar.

Sacha me llevó a un local donde la comida tenía un aspecto raro, pero buen sabor, el vodka corría a raudales y había una música ambiental muy marchosa.

Al final, cuando nos despedimos en el portal, sentí que había sido una buena cita. Lo había pasado bien, me había reído como nunca, había probado comida nueva y me había olvidado de que Sacha era más joven que yo. Tal vez si me pedía de salir de nuevo, no me lo pensaba tanto y le respondía antes.

Mi prima sabía que iba a salir con un chico y, nada más mandarle un mensaje de que ya había llegado a casa, me llamó para interrogarme. Me tumbé en la cama y empecé a relatarle mi salida con pelos y señales, mi prima se emocionaba por momentos y, de vez en cuando soltaba, un «¿cuándo volvéis a quedar?» o «¡tía, a este le gustas!».

Después de hablar de Sacha, Arnelle me dijo que Hayden le había llamado. Enseguida me tensé ante cualquier noticia.

—Ayer me llamó el tío. Me dijo que por mucho que le hayan congelado la cuenta, sabe cómo quitarme el dinero sin que nadie se entere.

—Pues si te lo quita, le denuncias, hay muy buenos investigadores que persiguen esos delitos.

—No sé, me parece que haga lo que haga va a salirse con la suya. Tal vez debería olvidarme de ese dinero.

—No deberías. ¡Es mucho dinero!

— ¿Y qué hago? No me voy a meter en una guerra—se lamentó—. Los abogados son caros y con mi trabajo solo tengo para ir al día y poco más.

—Bueno, yo ahí no puedo ayudarte, pero tienes todo mi apoyo. Tú tranquila que seguro que no te quedas sin el dinero.

—Alynn, ya no reconozco a nuestro tío —confesó—. Está muy cambiado, no sé si por la novia o por qué y no lo entiendo.

—Yo no sé qué decirte, sabes que apenas lo he tratado y no lo conozco como tú. Estate tranquila, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Si quieres, si Sacha me vuelve a pedir de salir, podíamos ir de cena los cuatro — le propuse para cambiar de tema.

— ¡Oh sí! ¡Sería fantástico!

Nos quedamos hablando de un hipotético caso de salida de parejas, aunque mi prima estaba demasiado segura de que volvería a llamarme para salir y que esperaba que yo no le diera largas como solía hacer con todos. Según ella, ya tenía edad de asentarse la cabeza, tener una pareja estable y, quién sabe, si formar mi propia familia, a lo que yo siempre le contestaba que era muy joven para eso y que no era mi prioridad ahora mismo, lo primero era conseguir una estabilidad para mis hermanos.

Después de colgar, busqué el sobre de los papeles que me había traído Sacha. No iba a permitir que mi tío o su novia se salieran con la suya y nos dejaran sin nada. Tenía que estudiar las anotaciones, ver bien las fotos y, si me quedaba alguna duda, preguntarle a Sacha directamente. Este iba a ser mi último asesinato, mi prima heredaría todo el dinero y ella siempre me decía que repartiría conmigo, así podría darles un mejor futuro a mis hermanos. Con que nos diera un poco de todo lo que había, me llegaba, me conformaba con sus diez mil dólares; con tanto dinero podría pagar durante mucho tiempo las medicinas de mis hermanos y las consultas a los médicos durante unos años.

Sentada en la cama, rodeada de fotos y anotaciones, empecé a planear el asesinato de mi

tío Hayden. Quería que fuera algo rápido y limpio porque no iba a tener mucho tiempo entre el desplazamiento de ida y vuelta.

Las cosas se calmaron, o yo no me daba cuenta de que empeoraran. Sacha me escribía de vez en cuando, pero no me pedía vernos de nuevo, en el trabajo estábamos hasta arriba de encargos y mi prima no me había vuelto a hablar de mi tío, pero sabía que aún iba a ir para largo ese tema.

Sonó el teléfono de mi mesa que comunicaba con el director.

—Señorita Müller, venga a mi despacho.

Me levanté algo nerviosa. ¿Qué podía querer? Golpeé con los nudillos antes de abrir la puerta lentamente, como si temiera estar metiéndome en la boca del lobo.

—Señor.

—Pase y siéntese.

Me acerqué al despacho y me senté enfrente del director. Me miró por encima de sus gafas, como hacia siempre que estaba concentrado con algo.

—Señorita Müller, tiene que preparar un viaje para el fin de semana a Queens. Tengo que ir a cerrar un trato, ya sabe lo que tiene que reservar. Todo como siempre.

— ¿Va a ir acompañado por el vicepresidente, señor?

—Sí, vendrá usted como mi secretaria personal también. Ahora vaya—dijo volviendo a fijarse en la pantalla del ordenador.

Volví a mi mesa a preparar el viaje. Busqué el hotel, de la mejor categoría, como siempre. Reservé las habitaciones, una mesa en el mejor restaurante de la zona y todo lo necesario para que mis jefes estuvieran cómodos.

Al salir del trabajo, no me quitaba de la cabeza el giro del destino tan favorable que se presentaba para mi ajuste de cuentas.

Mis jefes, como siempre que hacían un viaje, me llevaban con ellos para que pudiera tomar las notas necesarias ya que ellos estarían ocupados hablando de detalles que luego acabaría recordándoles. Iba a estar en Queens en unos días, por lo que iba a tener que prepararme antes de lo previsto para mi venganza. Si llevaba a cabo mi plan mientras estaba en la ciudad, por trabajo tendría una buena coartada y podría demorarme un poco más en ejecutarlo.

Llegué al portal de mi casa y me sorprendí al ver a Sacha. Estaba apoyado contra la pared con aire casual. Al acercarme, me dedicó una dulce sonrisa, sus ojos tenían un brillo precioso que no lograba descifrar y me gustaba. ¿Qué escondían esos ojos? Me acerqué a él despacio, admirando el cuerpo de ese hombre.

— ¿Y tú por aquí?

— ¿Acaso no es obvio? Vengo a verte—me respondió tendiéndome un ramo de flores.

Me quedé atónita, ¡un ramo de flores! Era la primera vez que me regalaban una docena de rosas. El perfume que desprendían era delicioso, Sacha se acercó a mí sorprendiéndome con un abrazo.

—Vamos a tomar algo—dijo con un tono que no admitía replica.

—Esto... Sí, vamos—respondí aún en estado de shock por el gesto de las flores.

Fuimos a un bar cercano donde disfrutamos de unas cervezas. Cuando estaba con Sacha me sentía bien, conseguía darme paz, como si no existieran los problemas, olvidaba el trabajo agotador y volvían a mí las ganas de tener una pareja con la que formar un futuro.

Lo estaba pasando tan bien que no me había dado cuenta de lo tarde que era. Cuando avisé a Sacha de mi marcha, él insistió en acompañarme. Me gustaba su protección, aunque supiera que no me hacía falta, sobre todo después de lo mucho que había cambiado por lo que había hecho. No me sentía orgullosa de mis actos, por muy buena razón que hubiera en el fondo. Muchas veces pensaba que toda esta venganza iba a acabar conmigo y con toda la humanidad que sentía, cada vez me era más fácil planear cómo hacer las cosas y en el momento de realizarlo no sentía remordimientos. ¿Me estaría quedando sin nada de corazón?

—¿Quedamos el viernes?— me preguntó al llegar al portal.

—No puedo, lo siento.

—Oh, vaya.

—Mis jefes quieren que vaya con ellos a una reunión el fin de semana a Queens.

—Eso está ahí al lado.

—Ya ves, mis jefes son muy raros.

—Ya lo veo— dijo riéndose a carcajadas.

Le conté que mis jefes, cuando tienen un negocio importante entre manos, preferían pasar todo el fin de semana en el lugar para no distraerse, pensar bien los pasos a dar para que saliera como ellos querían y mi papel en toda esa locura era organizarlo todo, que estuvieran tranquilos y asegurarme de que no se me escapaba ningún detalle en las reuniones, porque al final ellos eran despistados para los detalles y se quedaban solo con los grandes rasgos de las cosas.

—Son muy raros.

—Sí, pero hay gente que llama a la puerta tres veces, que tiene que abrir y cerrar cinco veces las ventanas y rituales raros. Supongo que dentro de lo raro es lo más normal—Le respondí—. Por cierto, mi prima me ha «sugerido» que le gustaría hacer una salida en parejas para ir a cenar y así conocerte.

—Si ella es la mitad de divertida que tú, seguro que lo pasaré bien. ¿Hay fecha?

—Pues no, dijimos la próxima vez. No especificamos nada.

Nos despedimos hasta la próxima vez, no sin antes darle las gracias por las rosas y la sorpresa. Me había gustado mucho esa salida improvisada.

Subí a casa y mi madre me esperaba expectante. Le había mandado un mensaje para avisarla de que llegaría un poco tarde, que había salido con un amigo. Entré en la cocina y me preparé un sándwich ante su atenta mirada.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien qué?— pregunté a mi vez haciéndome la loca.

— ¿Quién es ese chico? Cuéntame todo.

—Bueno, es un chico joven. Tiene tres años menos que yo, pero es muy guapo y amable.

—Ya, pero, ¿dónde lo has conocido? ¿Cómo es?

—Es portero del bar en el que trabajaba por las noches. Es alto, rubio y de unos ojos verdes preciosos. ¡Esto parece un interrogatorio!—bromeé.

—Bueno, no todos los días mi única hija tiene una cita con un chico guapo.

Después de cenar, me metí en mi habitación. Le mandé un mensaje a mi prima para decirle que Sacha estaba de acuerdo con una salida los cuatro y lo bien que me lo había pasado con él. La verdad era que, por un momento, se me había olvidado que era más joven que yo, aunque mi madre tuviera razón con lo de que no debía preocuparme por nada, lo que tuviera que ser acabaría pasando; tanto si estaba con él en un futuro como pareja como si solo acabáramos siendo amigos.

Soñé con él, con una vida en pareja, una casa preciosa y yo rodeada de dos niñas preciosas que no paraban de tirar de mis pantalones gritando: «mamá». Nunca había pensado que quería esa vida hasta ahora.

Quería tener algún día un hombre que me acompañara en mis viajes, que se alegrara conmigo cuando consiguiera mis metas, que me apoyara en momentos tristes y con el que formar una familia feliz. Todo lo que yo no había tenido.

Capítulo 30

El viernes llegó rápido y con él mi viaje a Queens. Tenía todo calculado, sabía los horarios de mi tío y había conseguido unas cosas que me hacían falta para mi propósito.

Salimos en un taxi hacia el hotel. Al llegar, enseguida nos enseñaron nuestras habitaciones y fuimos a la primera reunión. El restaurante elegido para esta primera reunión estaba a cinco minutos en taxi del hotel, habíamos elegido el Uncle Jack's Steakhouse, ya que mis jefes lo conocían muy bien de otras reuniones.

Al entrar, una chica muy amable, después de preguntarnos si teníamos reserva, nos llevó hasta una mesa grande con seis sillas de color granate que contrastaba con la pureza del mantel y los platos blancos. Me quedé asombrada del lujo que desprendía ese lugar, ya que al verlo desde fuera parecía que era el típico restaurante americano con comida tradicional. La larga barra de madera tenía unas sillas altas con cuero. Nos sentamos y nos trajeron una carta de vinos, uno de mis jefes eligió un vino blanco afrutado que disfruté.

Me sorprendí cuando se acercaron a la mesa dos jóvenes y apuestas mujeres, mis jefes se levantaron y las saludaron. Debían de ser las directoras de la empresa o, por lo menos, las que llevaban el proyecto y eran las que mejor podían explicarlo. Alrededor de un marisco exquisito y unos bistecs tiernos, transcurrió toda la reunión en la que las chicas nos contaron su propuesta.

Después de la reunión, volvimos al hotel. Nos reunimos en la sala de juntas del hotel con las carpetas de aquellas hermosas mujeres y muchos folios en blanco para escribir. Una vez les di mis anotaciones, me dieron la tarde libre que aproveché para ir a Flushing Meadows Park. El césped, corto y verde, estaba bien cuidado, pero lo que más me llamó la atención fue la gigantesca escultura de metal que plasmaba el mundo rodeada de unos cuantos chorros de agua que le daban un aspecto impresionante. Una vez en ese parque, unos chicos me recomendaron ir al Museo de Arte, aunque no disponía de mucho más tiempo ya que se acercaba la hora de la cena, por lo que lo dejaría para otro día.

En la cena, en el hotel, mis jefes me avisaron de que pasarían el día encerrados en la sala de reuniones para hablar del proyecto que les habían presentado, no les había dado tiempo para discutir todo, por lo que me daban el día libre y que disfrutara del condado. Les di las gracias por su consideración y les dije que si me necesitaban solo tenían que llamarme al móvil y enseguida estaría con ellos.

Me acosté con la determinación de disfrutar del condado de Queens y ver lo máximo que pudiera.

El día empezó, bajé a desayunar, estaba llena de energía. Me habían dicho que había un jardín botánico y no podía irme sin verlo.

Desde las puertas, se veía una preciosa extensión verde, árboles y plantas. Me había gustado el detalle de la puerta enmarcada por dos columnas de piedra. Paseé tranquila observando cada árbol; me encantaba pasear por sitios verdes, me daba la sensación de que el aire era más puro.

Volví al hotel para comer, me apetecía descansar después de la caminata y leer un buen libro. La recepcionista me sonrió a modo de saludo cuando entré, ya que estaba ocupada con unos clientes que acababan de llegar, aún tenían las maletas en la mano mientras esperaban al botones.

Me metí en mi habitación hasta que dieron las cinco de la tarde, en la que llamé a un taxi para que viniera a buscarme al aparcamiento del hotel. Recogí mis cosas y dejé el teléfono en la habitación. Entré en el taxi y, después de un saludo cortés, pedí que me llevara a una dirección por donde menos tráfico hubiese, aunque no tenía prisa.

Después de diez minutos, llegué al trabajo de mi tío Hayden. Entré en un bar cercano para observar. Empezaba a anochecer y mi tío no tardaría en abandonar su trabajo para ir a recoger a su novia al gimnasio. Cuando casi era su hora de salida, me levanté y pagué mi café. Sabía la zona de aparcamiento del trabajo de mi tío, no estaba vigilada ni por cámaras ni por seguridad. Saqué de mi bolso un pañuelo y una pequeña botella de cloroformo que había conseguido en mi tintorería de confianza.

Hayden salió por una puerta de color azul metálico y se dirigió al coche. Yo me acerqué a él mientras empapaba el pañuelo en el cloroformo. Se detuvo a coger las llaves y abrir la puerta, mientras, yo aproveché para ponerle el pañuelo tapando la boca y la nariz. Se removió y tuve que hacer fuerza para que no consiguiera sacarse el pañuelo. En un par de minutos, mi tío cayó desplomado al suelo. Con mucha dificultad lo metí en el coche, que por suerte había dejado con la puerta abierta.

Conduje deprisa hasta cerca de su casa. Le quité el pañuelo de la cara, no sin antes haberle quitado el teléfono y haberle atado fuertemente con el cinturón al asiento del piloto. Me senté en el lado del copiloto y esperé a que despertara.

—Bueno, bueno. Por fin tenemos unos minutos a solas, Hayden—dije para que se enterara de que no estaba solo.

— ¿Qué haces aquí?

—Verás, después de tanto tiempo, la única que puede hacer preguntas aquí soy yo—contesté con una tranquilidad que incluso me sorprendió—. Lo que hago aquí, pronto lo descubrirás, mientras, me vas contestar a un par de preguntas.

— ¡Estás loca!

—Loca no, pero cansada sí. Nunca me has tratado como a alguien de la familia, siempre me has despreciado, y ahora que mi padre ha muerto y nos ha dejado en la ruina, mis hermanos han tenido una recaída, por lo que necesitan más atenciones. Tú has decidido que no vas a repartir ni un dólar con nosotros de la herencia del abuelo—empecé.

—Él no quiso dejaros nada—mintió.

—No me mientas, llevo muchos meses investigando e incluso he escuchado alguna conversación en la que decíais que habíais conseguido quitarnos la herencia. Mi pregunta es, ¿por qué? Te guste o no, yo también soy de la familia. Mi padre era tu hermano y mi abuelo tu padre, ¿a qué viene esa actitud?

—Nunca te he considerado de la familia. ¿Quién me dice que de verdad eres hija de mi hermano? ¡No os parecéis en nada!

—Entonces tú tampoco eres hijo de tu padre porque no te pareces a él, ¡EN NADA!— dije sin evitar gritar—. Mi padre era mi padre, que tú no veas el parecido no significa que no exista. Si te soy sincera, nunca lo he considerado un padre de verdad, pues nunca ha actuado como tal, nunca estuvo en ningún momento de mi vida y lo poco que le veía siempre era para discutir y crear malos recuerdos. ¿Por qué te digo esto? No lo sé, tal vez por sacarlo de dentro. Mi padre no era como pensabais, no era un buen hombre. Maltrataba a mi madre y a mis hermanos y, gracias a vosotros, nunca he sabido lo que es el calor familiar.

— ¿Y qué quieres que le haga? Lo hecho, hecho está —contestó como si nada—. No me arrepiento de nada, es más, volvería a hacerlo. Tú no te mereces ni un dólar de ese dinero, nosotros somos una familia unida y vosotros siempre habéis estado aparte —en su rostro se dibujó una cruel sonrisa—. No vengas reclamando ahora.

—Siempre estuvimos aparte porque nos disteis de lado, con detalles que demostraban que no nos queríais cerca. ¿Tú irías a un sitio en el que sientes que no eres bienvenido? — Hayden se encogió de hombros negando —. Vosotros sabíais de sobra el problema de Jarod y Artie, todas las atenciones que necesitan, las medicinas, las constantes visitas a los doctores y, ¿no se os ha ocurrido que tal vez necesitáramos ese dinero para dar un futuro mejor a esos niños?

—No lo pensamos y tampoco nos importaba. Solo os avisábamos para guardar la apariencia, no íbamos a dejar que nuestro padre nos dejara menos dinero para que vosotros disfrutarais de tranquilidad—espetó—. Cada uno que se busque la vida.

—Veo que no se puede razonar contigo —suspiré—. Pues como bien has dicho, me estoy buscando la vida.

Saqué de mi neceser de maquillaje una jeringuilla. En ese momento, tras mis palabras y ver la jeringuilla, comprendió. Le di al émbolo hacia atrás llenando de aire el instrumento. Me acerqué a su cuello, aunque él se movía intentando alejarse. En el lado derecho del cuello tenía un lunar, justo por donde pasaba la aorta, y hacia él me dirigí para pincharle. Inyecté el aire mientras se movía. Fue difícil seguir sus movimientos con la punta de la jeringuilla clavada en su cuello. No quería tocarle demasiado por si dejaba marcas y me delataban.

—Vosotros os lo habéis buscado, con vuestros actos habéis marcado este destino. Ahora vete al infierno con toda tu familia, te esperan —le escupí mientras esperaba a que el aire hiciera efecto y le provocara un paro cardíaco.

Ese hombre que con tanta indiferencia me había hablado, que había demostrado que no le importaba, yacía a unos metros de mí sin vida. No había pasado mucho tiempo desde que le había inyectado el aire. Le desabroché el cinturón y calló sobre el volante del coche. Me marché lo más rápido que pude sin mirar atrás, el aparcamiento de la residencia de mi tío estaba vacío y, gracias a las anotaciones de Sacha, sabía que aún tenía algo de tiempo hasta que apareciera el primer vecino y le encontrara.

Me sentía como si no hubiera arreglado nada, que nunca podría entender a la única familia que había conocido. Habían decidido hacernos daño premeditadamente y lo peor, según Hayden, es que lo volverían a hacer. ¿La gente era realmente tan mala en el fondo? Volví al hotel en el taxi con más preguntas en la cabeza y la peor de todas era una que cogía

fuerza en mi cabeza, ¿me estaba convirtiendo en ellos? ¿Yo también era mala en el fondo? Desde que había empezado todo esto, tenía claro que lo hacía todo por Jarod, Artie y mamá, quería darles un buen futuro, seguridad económica para el día de mañana y la maldita cláusula del testamento de mi abuelo me había llevado a actuar. ¿Por qué tenía que heredar cuando murieran todos?

Un rayo de luz asomó a mis pensamientos. Arnelle, siempre me había dicho que repartiría con nosotros de tener dinero, ella era buena, y ahora ella sería la heredera.

Al llegar al hotel, pedí al servicio de habitaciones la cena, no estaba de ánimos para estar rodeada de gente y sus conversaciones banales. Después de cenar, me metí en cama a leer un rato hasta que poco a poco el cansancio hizo que se me cerraran los ojos.

«Estaba en un centro comunitario. Había mucha gente jugando al ajedrez y a las damas, otros estaban en un rincón leyendo y los niños corrían de un lado a otro. Parecía un día de lluvia, porque apenas entraba luz por las ventanas. Mi padre estaba a mi lado, mirándome fijamente. Busqué la salida con la mirada, pero no la distinguí.

—Toma, estos papeles son importantes. No los pierdas.

Miré los papeles por encima, había anotaciones en rojo. Parecían las cuentas de uno de los locales. En la libreta que me tendía, solo veía números en negro y en rojo, un montón de frases que veía borrosas y tachones negros.

—Estos papeles ya los tengo—le respondí a mi padre.

—Míralos bien y guárdalos».

Un sonido estridente me despertó de ese extraño sueño. El tono de llamada de mi móvil se hizo notar, no en balde tenía la canción Wolf and Raven de Sonata Ártica. Me encantaba escuchar power metal, me relajaba, aunque podía parecer mentira.

— ¿Diga?—contesté sin mirar quién llamaba.

— ¿Alynn, molesto?

—Ahora ya no, me has despertado.

— ¿Tan temprano? Parece mentira en ti.

—Bueno, es lo que tiene ir de viaje de negocios con unos jefes que no saben hacer nada sin mí —respondí frotándome los ojos para ver si espabilaba.

—Me acaba de llamar la policía.

— ¿Para qué?— Interrumpí.

—La novia del tío Hayden acaba de encontrarlo muerto en el coche. Al parecer le dio un ataque al corazón antes de salir e ir a casa. Está en la morgue hasta que vayamos a firmar unos papeles para poder sacarlo.

— ¿Un ataque al corazón? Aún era joven, Arnelle.

—Según la novia, llevaba un tiempo algo mal de la salud, apenas podía hacer esfuerzos. Tenemos que ir a sacarlo de allí.

—Yo estoy en Queens, llevamos todo el día de reuniones en el hotel. Me puedo acercar yo mientras no llegas.

— ¿Lo harías?

—Claro, no puedo dejarte sola ahora.

—Gracias, prima.

Colgué el teléfono y empecé a vestirme. Mi prima me mandó la dirección de a dónde tenía que ir para recoger el cadáver de nuestro tío. ¿Qué iba a pasar con él ahora?

Capítulo 31

Me vestí e intenté domar mi melena antes de mandar un mensaje a mis jefes explicándoles lo sucedido, pues no sabía el tiempo que me llevaría ir hasta allí ni lo que tendría que hacer.

Llamé a un taxi, le di la dirección que me había pasado Arnelle. El camino no fue largo y, cuando llegué al edificio, un escalofrío me recorrió. Pregunté por el doctor Klaus a una chica que pasaba por allí, que amablemente me llevó a una sala blanca pequeña, con un par de sofás y una cafetera llena en una mesa rodeada de vasos y un azucarero. Sentado en una silla junto a un escritorio, había un chico joven que supuse que sería el doctor al que me había mandado mi prima.

— ¿Doctor Klaus?

— ¿Sí?

— Buenas noches, siento molestarle. Vengo porque han avisado a mi prima de que nuestro tío está aquí.

— Dígame el nombre, por favor.

— Hayden Müller.

— Aquí está—dijo después de rebuscar en unos papeles—. Sígame.

Me llevó por un pasillo largo. Entré en una sala enorme. Hacía frío, por lo que me abracé a mí misma con la intención de hacerme entrar en calor. En el centro de la sala, había tres mesas de metal, en dos de ellas reposaban los cuerpos de dos personas cubiertos con una sábana blanca.

La luz le daba un aspecto tétrico a todo el conjunto que estaba observando. Una de las paredes estaba totalmente cubierta por lo que parecían unas neveras de acero inoxidable. El doctor Klaus se acercó a una de esas pequeñas cavidades, abrió la puerta y, con un sonido chirriante, extrajo una plataforma en la que estaba el cuerpo de mi tío cubierto de cuello para abajo con una sábana blanca. Parecía que estaba durmiendo, tenía una expresión tranquila. El doctor empezó a explicarme lo que había pasado y lo que había descubierto.

— Es una pena que una persona tan joven hubiera muerto así, pero, según el informe médico que me han facilitado, recientemente había sido diagnosticado de una deficiencia cardíaca. Por norma general, no suele tener un desenlace tan prematuro, pero en esta ocasión fue así. ¿Usted sabe si tomaba algún medicamento?

— Pues, la verdad, es que no sé nada, apenas hablaba con él—confesé—. Eso seguro que lo sabe mi prima, que está al llegar.

— ¿Saben ya que van hacer con el cuerpo?

— Pues no lo he hablado con mi prima. Si me da un momento, la llamo para que me diga qué hacer.

—Por supuesto.

Salí al pasillo de nuevo. Llamé a mi prima, que inmediatamente me respondió. Por el sonido, deduje que venía en su coche, ya que llevaba puesto el manos libres. Le expliqué lo que me había dicho el doctor y enseguida decidimos qué hacer.

Ninguna de las dos teníamos ganas de pasar por preparar un funeral, casi toda la familia había fallecido, por lo que no tenía sentido pasar por el paripé para que la gente nos diera su pésame. Según mi prima, mi tío había decidido incinerarse y que pusieran sus restos en el panteón familiar junto a los suyos. Le íbamos a conceder su deseo y a nosotras no nos supondría más de un par de horas.

Volví a la sala y le comenté al doctor la decisión de quemarlo, este se fue a una mesa que tenía cerca y me trajo unos papeles que tendría que firmar. Cuando acabé de firmar el último, llegó mi prima acompañada de su novio, enseguida se hizo cargo de a dónde llevaríamos a mi tío y otras decisiones que yo ni me había planteado.

Entramos junto a la novia de mi tío a una sala blanca, frente a unos sillones había un cristal que ocupaba toda la pared frontal por la cual veríamos el ataúd hacer el recorrido en una cinta hacia el horno. Mi prima me dio la mano mientras Liam le rodeaba los hombros con su brazo, estaba llorando y no me gustaba verla así. En cambio, la novia «enamorada» de mi tío no tenía rastro de ninguna emoción en la cara.

Poco a poco el horno fue haciendo su trabajo, era la primera vez en mi vida que veía ese ritual y era todo nuevo. Cuando cerraron con una cortina el cristal, abracé a mi prima. La veía destrozada, pero lo que más me llamó la atención fue la reivindicación que nos hizo la novia de mi tío.

—El dinero que vuestro tío metió en una cuenta del banco a nombre de los dos, no os lo voy a dar.

Dicho eso, se marchó y nos dejó noqueadas. ¿Qué dinero? ¿Era de la herencia? ¿Cuánto dinero le había dado?

Nos dieron una urna preciosa de mármol con el nombre de mi tío y la fecha de defunción grabada en una placa de metal. Salimos de allí con una mala sensación en el cuerpo. Mi prima volvió a casa para poner las cenizas en el mausoleo de la familia mientras que yo volvía al hotel, pues aún tenía mucho trabajo por delante. Al volver, quedaría con ella, aunque lo que me preocupaba era lo del dinero que había mencionado la novia de mi tío.

Después de dos días más de trabajo, con varias reuniones seguidas, salimos con varios contratos importantes de trabajo para un par de compañías de Queens. Estaba agotada, no paraba de pensar y me sentía como el último mono en enterarme de todo.

Una vez en casa, quedé con mi prima para ir al mausoleo. Llevamos flores para repartir entre todos los que acababan de pasar a ser inquilinos permanentes de aquel lugar. No era algo que me gustara, pero lo hacía por ella. Me sentía una intrusa, aunque una pequeña ola de satisfacción corría por mi cuerpo, estaba más cerca de tener el dinero que me habían negado gracias a mi prima.

Después de la visita, fuimos a una cafetería cerca a la casa de mi prima, pues tenía noticias que contarme.

—Ya he hablado con la abogada y va empezar a reclamar la herencia —me dijo.

—Eso está bien, así te desbloquean el dinero y puedes contar con ellos para comprarte la casa que decías.

—Bueno prima, eso tendrá que esperar.

— ¿Cómo? ¿Esperar a qué?—pregunté sin entender nada.

—Liam me ha pedido de ir a vivir juntos.

— ¡Qué bien! ¡Cómo me alegro!

—Estoy muy nerviosa—comentó sonrojada—. Es un gran paso en nuestra relación.

—No lo entiendo. Liam esta coladito por ti, ¿acaso tú tienes dudas?—en mí primaba el hecho de que se estableciera y así repartiera la herencia con nosotros.

—Noo, al contrario, a su lado me siento como nunca, me complementa—sonrió—. ¿Me ayudarías a buscar un piso para los dos?

Sonreí a mi prima y empezamos a buscar pisos en la tablet. Miramos zonas, precios, servicios cercanos, habitaciones y un montón de cosas más. Tres horas después, habíamos localizado cuatro posibles pisos perfectos. Me pidió que fuera con ella a verlos, pero no tenía ganas ningunas, por lo que me excusé diciéndole que lo mejor era que los viera con Liam, porque ellos iban a ser lo que vivieran allí.

Unos días más tarde, el abogado de Amber me llamó. Empezaba la recta final del juicio y me iba a tocar declarar. Había habido un receso durante un tiempo y habían intentado conseguir nuevas pruebas. Sin quererlo, me puse nerviosa ante todo lo que iba a venir, ver la cara de mi amiga sabiendo que por mi culpa estaba en esa situación y que no podía hacer nada sin autoinculparme.

Llamé a Sacha, necesitaba relajarme y sacarme los remordimientos. Fuimos al cine y a cenar a un restaurante italiano, la decoración era lujosa, la comida que pasaba por nuestro lado tenía una pinta increíble. En más de una ocasión me planteé si había elegido correctamente mi plato, hasta que me lo pusieron delante y, en el primer bocado, un leve gemido de auténtico placer salió de mi boca, era una delicia. A la hora de pagar, Sacha me dijo que él se hacía cargo, así le debería una cena. A mis labios asomó una sonrisa. Decidimos ir al cine, acababan de estrenar una película sobre fantasmas y me apetecía verla, pero no sola. Al llegar a la taquilla, compré dos entradas para *Insidiosos* con la misma excusa que Sacha había utilizado, la próxima vez pagaba él. Entramos en la sala, buscamos nuestros sitios y nos dispusimos a disfrutar de la película dando buena cuenta de las palomitas y los refrescos que habíamos comprado. El film fue increíble, en algunos momentos me sobresalté, ocultando mi rostro en el hombro de Sacha que reía ante mi reacción, aún así, disfruté de la película. ¿De dónde sacaban los guionistas tanta imaginación?

Durante el camino a casa, Sacha me contó cosas de su país, lo que echaba de menos, lo que le gustaba, comidas que hacía su madre cuando era pequeño y un montón de cosas más que hizo que me dieran más ganas de conocer aquel país tan lejano al igual que cada vez me sentía más a gusto con aquel chico.

—Te veo agobiada, ¿quieres hablar de algo?—me preguntó Sacha cambiando completamente de tema.

—En un par de días es el juicio de Amber. Tengo que declarar y nunca lo he hecho antes, me da algo de miedo—confesé.

—Tú tranquila. No es para tanto, créeme. Solo tienes que respirar y contar lo que ha pasado.

—Eso me ha dicho el abogado, pero no puedo evitarlo.

—¿Quieres que te acompañe el día que vayas a declarar? Así no estarás sola y seguro que te relajas un poco.

La propuesta me noqueó, no esperaba que se ofreciera a tal cosa, pero podía funcionar. Sacha me tranquilizaba con su saber estar, con esa cara de ángel y ese carácter sosegado me atontaba por momentos. Sabía de sobra que tenía que alejarme de él, que no tenía tiempo de romances hasta que mi prima repartiera el dinero con nosotros y así poder tener una estabilidad económica. Aun así, su compañía me resultaba de lo más placentera y ¿porque debía privarme de ese placer?

Nos despedimos sabiendo que en un par de días nos veríamos en el juzgado para mi declaración.

Mi madre me notaba más inquieta que de costumbre y así me lo hizo saber, aunque entendía que tener que declarar siempre era algo para ponerse nervioso por muy inocente que fueras. Me pasé los días mirando la ropa que iba a llevar, quería dar aspecto serio, pero también de inocencia. Al final, me decidí por unos jeans con camisa blanca y una americana.

Llegó el día y en la víspera apenas dormí. El maquillaje, que en principio quería que fuera lo más natural posible, pasó a tener que tapar unas ojeras que nada tenían que envidiar a un vampiro de película. Después de desayunar algo ligero, ya que los nervios me habían cerrado el estómago, bajé a la calle donde me encontré con un ramo de flores rosas delante de la cara sujetadas por Sacha. Estaba muy guapo con un traje de chaqueta, como si fuera todo un ejecutivo, el cabello lo tenía despeinado y le daba un aire rebelde.

—Buenos días, preciosa—dijo antes de besar mi mejilla—. Vamos a allá.

Nos dirigimos al juzgado en su coche, todo caballeroso me abrió la puerta del coche tanto al entrar como al salir de este, haciéndome sentir como a una auténtica dama de las de antes. Subimos las escaleras de piedra gris hasta llegar al edificio que, aunque era enorme, me hacía sentir enjaulada haciendo que me faltara el aire.

Sacha me abrazó, me susurró al oído unas palabras que no entendí, mientras me dejaba inundar por su perfume a madera. Le miré a los ojos, que brillaban de una manera preciosa, y me sonrió haciendo que a mí llegara una paz enorme, consiguiendo que todo el edificio se iluminara alejando todas mis dudas y miedos.

Entramos en una sala enorme, la madera era dominante en toda la estancia. Nada más entrar, ya se veía el estrado donde estaría el juez presidido a cada lado por una bandera. Pasamos por el pasillo hasta llegar a la primera fila, detrás de la barrera que separaba las mesas de los acusados del público y los testigos. A la izquierda estaba la tribuna en la que

se iba a sentar el jurado en dos filas.

Enseguida se llenó la sala, era el último juicio antes del veredicto, entre la prensa y curiosos que no tenían nada más que hacer que pasar el día allí. Entraron los abogados, el jurado y Amber. El juez lo hizo en último lugar con el protocolo habitual.

Volvieron a mostrar pruebas, situaciones, móviles y testigos. Cuando me llamaron para subir al estrado, miré a Sacha, que estaba a mi lado, y suspiré mientras él me dedicaba una névea sonrisa para darme ánimos.

Subí al estrado y, después de jurar decir la verdad, el abogado empezó su batería de preguntas.

—Señorita Müller, ¿puede contarnos qué hicieron la noche de los hechos?

—Amber quería preparar una cena romántica, pero, como no sabe cocinar, le sugerí coger la comida en un restaurante. Fuimos al Granny's porque, según me dijo Amber, había sido el restaurante de la primera cita. Pedimos comida y, mientras nos la preparaban, tomamos algo. Estaba muy ilusionada con esa velada.

— ¿Qué hicieron después? ¿Fueron directamente hacia el piso de Simon?

—Sí, fuimos en taxi, ya que yo no tengo coche y Amber lo tenía en el taller—mi mirada fue hacia Amber por un instante antes de continuar—. Con la comida, ir caminando no era opción ya que se podía enfriar y la comida fría no sabe.

— ¿Y qué pasó?

—Nos repartimos las bolsas de la comida. Compramos un buen vino y fuimos hasta el piso de Simon. Como no quería molestar, ya que cada uno coloca las cosas a su manera, dejé a Amber al salir del ascensor para entrar en casa de Simon. Quería tener una velada romántica y si, por un casual, estaba ya en casa, yo no pintaba nada, por mucho que fuera a ayudar a mi amiga.

— ¿Usted cree que Amber tenía intención de matar al señor Miller?

—No, ella estaba muy enamorada de él. ¿Por qué iba a matarlo?

— ¿Qué hizo usted al dejar a su amiga en el edificio?

—Me marché caminando hacia la parada de autobuses.

— ¿Entonces no sabe qué ocurrió allí?

—No tengo ni idea, supongo que preparó la mesa para darle una sorpresa a Simon. Por lo menos esa era su intención.

—Señoría, no tengo más preguntas. Su testigo—dijo mirando al abogado de la acusación.

Estaba realmente nerviosa, por lo que, sin darme cuenta, empecé a frotarme las manos, estas preguntas las había ensayado con el abogado, pero no tenía ni idea de lo que podía preguntarme el otro. Los cuchicheos se escucharon en la sala como si se debatieran en que igual Amber no había sido la asesina de mi tío. Miré hacia mi amiga, que tenía una expresión de gratitud hacia mí, y luego miré al abogado que no tenía una cara simpática, se veía muy duro. Sacha asintió y luego me guiñó un ojo. Suspiré y cogí aire preparándome para lo peor.

—Señorita Müller, ¿cuánto hace que conoce a la señorita Reus?

—Hace un año.

— ¿Qué opinión le merece?

—Es una chica muy trabajadora, atenta, amable y siempre dispuesta a ayudar a los demás.

— ¿Entonces solo la conoce del trabajo?

—Hemos quedado fuera del trabajo varias veces.

— ¿Conoce su pasado?

—No entiendo su pregunta—los nervios me estaban comiendo.

— ¿Le ha hablado de su infancia, dónde ha estudiado y esas cosas intrascendentales?

—Por supuesto.

— ¿Qué puede contarnos de ella?

—Es de Texas, tiene cuatro hermanos y vino aquí en busca de algo mejor. Estudió en casa hasta que fue a la universidad y, al terminar los estudios, le propusieron formar parte de mi empresa y ella aceptó—relaté.

El silencio se hizo en la sala, el abogado me miraba fijamente y yo me agarré las manos porque empezaban a temblarme. ¿Por qué me preguntaban esas cosas?

—Señores y señoras del jurado. Amber Reus, no es quien dice ser. Esta señorita que está ahí sentada—señaló a Amber—ni es de Texas ni vino aquí de casualidad—Hizo una pausa—. Esta señorita se llama Jenelle White, la viuda del señor Ethan White.

— ¡Protesto! —Dijo el abogado de mi amiga—. Es irrelevante el nombre de mi defendida.

—Señoría, es muy importante este dato —respondió el abogado.

—Prosiga, señor letrado—sentenció el juez obviando la protesta del abogado de Amber.

—Ethan White, un millonario de Colorado que ha muerto en extrañas circunstancias al igual que el señor Edward Thompson, otro millonario de Arizona que apareció muerto en su domicilio y que tenían en común unas nupcias con esta señorita, que con cada matrimonio cambia de nombre. Eso sí, siempre después de poner todo el dinero en una cuenta a nombre de Aleah Roswell en las Islas Caimán.

Estaba alucinando, miré a Amber y ella tenía la mirada postrada en la mesa. ¿Era verdad todo lo que estaba relatando ese abogado? ¿En verdad no conocía a mi amiga?

— ¡Protesto! Esto no tiene nada que ver con el caso—volvió a decir el abogado de mi amiga.

—No se admite, prosiga letrado—sentenció el juez.

—La señorita Reus, White, Thompson o Roswell, es una asesina de millonarios. Todos sus maridos son hombres adinerados, con grandes fortunas que acaban muertos en extrañas circunstancias o muertes naturales. El señor White murió en un extraño accidente de coche

en el que nunca apareció el otro coche implicado y el señor Thompson de un ataque al corazón aun siendo joven, pero esta no le ha salido como esperaba —dijo cogiendo el cuchillo ensangrentado—. En esta arma están sus huellas, la sangre del señor Müller y usted fue la última persona en verlo con vida—dejó el cuchillo nuevamente en la mesa de las pruebas y se dirigió a su asiento—. No tengo más preguntas.

El abogado se sentó en su sitio y yo fui al mío, desconcertada por lo sucedido.

—Lo has hecho bien, Alynn —Me intentó animar Sacha mientras me abrazaba.

No podía creer lo que el abogado acababa de decir. Miré a mi amiga que, por primera vez, me huía la mirada. ¿Planeaba matar a mi tío una vez consiguiera casarse con él? ¿De verdad esa mujer con cara angelical había hecho esas cosas atroces que había relatado el abogado? No pude volver a mirar a mi amiga a la cara, sentí que ahora no la conocía, me había mentado y, si yo ahora dudaba, el jurado debía de tenerlo claro. Yo sabía que era inocente de la muerte de Simon, pero el abogado había hecho bien su trabajo y seguro que iban a condenarla. Tan absorta estaba en mis cavilaciones que no me había dado cuenta de cuando se había retirado el jurado de la sala.

Dos horas después, el jurado volvió a la sala después de deliberar el futuro de Amber.

— ¿Tiene el jurado su veredicto?—preguntó el juez.

—Sí, señoría.

—Proceda— exigió al portavoz.

—Nosotros, el jurado, por unanimidad encontramos a la acusada, Amber Reus, culpable de los cargos de asesinato.

Enseguida los periodistas que estaban allí empezaron a hacer ruido en busca de una declaración de última hora de la mujer que había considerado mi amiga. El sonido de las cámaras sacando fotos y la alegría de la gente que se dejaba llevar por las opiniones sin tener toda la información, inundó la sala, por lo que el juez ordenó el desalojo.

Nos sacaron a rastras de allí y solo pude dedicarle una mirada a aquella mujer que se llevaban esposada por una puerta lateral mientras los medios se arremolinaban a su alrededor para conseguir una buena instantánea.

Sacha me llevó a casa y todo el camino lo hicimos en silencio. Por mi culpa habían condenado a una mujer inocente, pero, por lo visto, no era tan inocente como parecía. ¿Si no hubiera matado yo a mi tío Simon, lo habría hecho ella con el paso de los años?

Capítulo 32

Lo de Amber había sido un mazazo. Sacha intentaba animarme con mensajes, ya que no quería quedar con él y respetaba mi decisión de no vernos por un tiempo.

No tenía noticias de mi prima, no sabía qué había decidido con lo de la herencia y si al final se había ido a vivir con Liam. Menos mal que la rutina en el trabajo y el gran volumen de pedidos que teníamos, me tenía la mente ocupada, porque de mí dependían muchos papeles importantes en la empresa.

Llegó el invierno, la nieve cubría todo y quedaba una estampa preciosa. Pasear por Central Park era más bonito si cabe, me encantaba ver los árboles cubiertos de nieve y todo blanco hasta donde alcanzaba la mirada. La mayoría de los neoyorquinos paseaban con capas y capas de abrigos, guantes, gorros y bufandas, mientras que yo simplemente iba con mi chaqueta y unos guantes porque me gustaba el frío.

Salí del trabajo y fui a coger la moto. Me apetecía meterme en casa con una taza de café y leer un buen libro a la vez que observaba Central Park. Al llegar a casa, miré el buzón por si había correo y vi una nota escrita a mano.

«Te espero en la pista de hielo».

A estas horas, la pista de hielo estaría llena de gente. La letra me sonaba, pero no lograba adjudicarla a nadie en ese momento. Me dirigí al lugar de la cita, solo había dos personas con las que yo salía ahora que Amber estaba en la cárcel. Paseé la mirada entre el gentío para descubrir quién me había mandado la nota.

Alguien me tocó la espalda y me di la vuelta con el brazo levantado preparado para dar un tortazo a quien me había sobresaltado. Las carcajadas de Sacha me abrazaron a la vez que sus brazos me rodeaban y me daba un beso en la mejilla.

—Estás muy guapa cuando te asustas — me dijo.

— ¡Estás loco! ¡Casi me matas del susto!

—No es para tanto, Alynn. Ven, vamos a patinar.

Me enseñó dos pares de patines mientras nos acercábamos a un banco para cambiarnos el calzado. Patinamos de la mano, hicimos alguna pirueta, pero en una de ellas perdimos el equilibrio y nos chocamos con mi prima y su pareja. ¡Qué casualidad!

Enseguida mi prima miró a Sacha y, después de las presentaciones, decidimos ir a tomar un café a un bar cercano para entrar en calor, porque mi prima y Liam estaban empezando a congelarse.

Hablamos durante un par de horas del país de Sacha, de cómo nos habíamos conocido y algunas bromas divertidas en las que los cuatro nos reímos a carcajadas. Nos despedimos con la promesa de quedar para cenar un día los cuatro.

Los días siguientes fueron tranquilos. Sacha y yo quedábamos todos los días y siempre me sorprendía llevándome a sitios diferentes. Un día nos juntamos con sus hermanos y

algunos primos en nuestro día libre. Puedo decir que ese día fue el mejor de toda mi vida, me vi arropada por mucha gente que no me conocía, me sentía una más entre ellos, incluso participaba en las bromas a otros del grupo.

Recibí un mensaje de mi prima cuando llegué a casa en el que me pedía que la acompañara a la abogada, que había un problema con lo de la herencia. No me importaba acompañarla y lo mejor de todo es que me iba a enterar de lo que ocurría de primera mano, sin tener que espiar y vigilar a nadie, ni hacer mis propias cábalas.

El día acordado, fui a buscar a mi prima en la moto para ir a la abogada. Llevaba una mochila llena de papeles, seguro que no eran solo de la herencia.

—Madre mía, ¡cuántos papeles llevas!

—Sí, prima. Entre las defunciones, los testamentos y papeles varios, no me entran en el pequeño maletín que tengo en casa.

Al llegar al bufete, nos hicieron esperar en el despacho a que llegara la abogada. El teléfono de mi prima sonó y me dejó sola en aquella sala pequeña, de paredes blancas e iluminada por una lámpara y una ventana pequeña.

Los papeles que había en la mochila me llamaban mucho la atención, ¿cuáles eran los papeles varios? ¿De qué eran esos papeles?

La curiosidad pudo conmigo, por lo que abrí la mochila y vi todos los certificados de defunción de la familia, cuentas bancarias, testamentos, últimas voluntades y papeles de los negocios de la familia. Los pasé todos por alto porque me daba miedo que Arnelle me pillara mirando en su mochila, pero hubo unos papeles que llamaron mi atención. Había cuentas de uno de los locales de mi padre, contratos de trabajo y algunas cosas más que no entendía por qué ella tenía en su poder. Saqué el móvil del bolso y le hice fotos a los documentos del local de mi padre para poder leerlos con tranquilidad en casa.

Mi prima entró en la sala de nuevo, había terminado justo a tiempo de sacar las fotos y guardarlo todo. Empezamos a hablar para que la espera no nos resultara tan larga.

— ¿Al final te mudas?—pregunté para sacar conversación.

—Sí, al final encontramos un pisito muy mono de dos habitaciones. En unas semanas nos mudamos.

—Estarás contenta, ¿no?

—Muy nerviosa y contenta. Nos va muy bien juntos, pero esto es una prueba de fuego. ¿Y si nos peleamos todos los días? La verdad, tengo mucho miedo.

—Tranquila, por lo que me has estado contando, prácticamente vivís juntos. ¿Por qué os iba a ir mal ahora?

—No sé.

Discutimos un poco más sobre sus miedos, pero lo tuvimos que dejar a medias porque entró la abogada. Después de presentarnos, enseguida sacó papeles de bancos, notarios y no sé cuántas cosas más para que mi prima pudiera reclamar la herencia.

—Bueno, al ser la única heredera de la familia, puedes reclamar todo el dinero; incluso ese

dinero que tiene la novia de tu tío en una cuenta. Y si lo gasta o se niega, pues ya sabes lo que debemos hacer.

Me quedé callada ante las palabras de la abogada de mi prima, ¿la única heredera? Y lo peor de todo era que mi prima no le había corregido. Por lo que salí a esclarecer el asunto. ¿Acaso ella también iba a hacer como los demás y dejarme sin nada?

—Perdona, Arnelle no es la única heredera de la familia. Es el dinero de mi abuelo también, yo tendré algo que decir a fin de cuentas, ¿no — dije algo cabreada.

—Según el testamento de vuestro abuelo, tú no puedes recibir el dinero a no ser que mueran todos los herederos que él puso. Arnelle está con vida, por eso ella es la única heredera de la fortuna—sentenció la abogada.

Volví a callarme, parecía que las cosas seguían revueltas, pero esperaba que mi prima fuera decente y cumpliera su promesa de darnos parte del dinero.

Siguieron hablando de papeles que necesitaban, plazos y demás cosas burocráticas que escuchaba por alto, ya que, aunque confiara en Arnelle, la sombra de la duda no dejaba de intentar ceñirse sobre mí.

Salimos de la reunión y me despedí de mi prima. Ella iba a empezar a buscar los papeles que le había dicho la abogada para tener el dinero cuanto antes, no quería que aquella mujer disfrutara del dinero que era nuestro.

—Recuerda lo que has dicho, nos vemos en unos días para la mudanza.

—Claro, prima. Ya sabes que te ayudo en lo que pueda. ¡Nos vemos! — dije arrancando la moto para volver a casa e intentar disfrutar de lo que quedaba de mi día libre paseando por Central Park o en algún museo.

Me encontré con Sacha en la cafetería, estaba cerca de mi casa, de la que era clienta habitual por lo que, al verme entrar y tomar asiento, el camarero me traía la bebida. Tras la cordial sonrisa, me dejó a solas con Sacha.

—Hola guapa, no te veo buena cara — dijo sentándose a mi lado.

—He discutido con la abogada de mi prima — expliqué.

— ¿Qué ha pasado?

—Una maldita cláusula que me está jodiendo la vida.

Sin darme cuenta, le estaba contando todo lo de la herencia de mi abuelo, que solo heredaría si morían todos, que nunca me había llevado bien con la familia y la conversación que había escuchado entre mis tíos y mi primo en el tanatorio. Las palabras de Arnelle diciéndome que si ella tuviera el dinero, lo repartiría con nosotros, y todas las dudas que me surgían ahora que, según la abogada, mi prima era la única heredera de la familia. ¿Y si no quería darnos nada? No tenía obligación y no podía reclamarle nada, ya que era todo suyo legalmente. Me derrumbé ante ese hombre que últimamente me acompañaba en mis momentos duros y que hacía que me alegrara en muchas otras ocasiones con sus sorpresas, flores, bombones y locuras.

—No te preocupes. Seguro que tu prima no es como los demás, si no, no te diría nada y se quedaría ella con todo, ni tampoco te pediría que la acompañaras al abogado si hubiera

decidido quedárselo, ¿no te parece?

—Visto así—susurré.

—Tú tranquila.

Sacha había conseguido calmarme y alejar mis dudas. Tenía que confiar en mi prima, ella siempre había estado a mi lado a pesar de todo lo que habían hecho los demás. No es que fuéramos uña y carne, pero sí que nos manteníamos en contacto bastante a menudo. No debía de adelantar acontecimientos y esperar, seguro que Sacha tenía razón y mi prima nos daba dinero para ayudar a mis hermanos.

Mis jefes habían conseguido meterme en un máster de publicidad. Estaba contentísima de poder estudiar algo que me gustaba y, sobre todo, seguir trabajando para poder pagar las facturas.

El primer día de clases, me sentí rara entre tantos niños jóvenes que tenían todos los conocimientos frescos porque acababan de salir de la universidad. Poco a poco me había hecho un hueco en un grupito de chicas con las que empecé a salir algunas veces para estudiar, siempre que me lo permitía el trabajo y los secuestros sorpresa de Sacha, que me llevaba a algún restaurante o al cine para que me relajara. Poco a poco y por mucho que lo quisiera evitar, se estaba instando en mi corazón.

No se me había olvidado el tema de los papeles, pero entre los estudios, el trabajo y otras cosas más que me surgían (como viajes con mis jefes, contratos de última hora y contratación de algunos servicios), había optado por pasarle los papeles que había fotografiado a un contable de la empresa, con el que tenía mucha confianza, para que les echara un vistazo y me explicara.

Mi prima me mandó un mensaje al móvil para ir a cenar los cuatro y así celebrar que por fin habían firmado el contrato de alquiler del piso en el que se iban a instalar en una semana.

Nos encontramos en un restaurante italiano cerca del Empire State para cenar. Enseguida nos sentaron y pedimos de comer. La conversación entre todos fue muy fluida, como si nos conociéramos de toda la vida, las bromas y los chistes no desaparecieron en ningún momento e incluso llegué a atragantarme con una de las bromas de Sacha.

Después de la cena, fuimos a la pista de patinaje que con las luces alumbrándola y el cielo oscuro era de lo más romántico. Me sentía muy unida a Sacha, no me había dado cuenta de lo que dependía de él en muchas ocasiones; para tranquilizarme y sacarme la idea de la cabeza de que algo iba mal.

Nos despedimos concretando el día en que iba a ayudar a mi prima con la mudanza. Una semana siempre pasaba deprisa y ellos iban a ir llevando los muebles y demás cosas grandes que pesaban, y así en la última recta de la mudanza, con mi ayuda, llevarían toda la ropa y los utensilios que harían que el piso se transformara en un hogar.

A dos días de la mudanza, Eric, el contable, vino a mi mesa con cara preocupada.

—Hola Alynn, siento haber tardado con tus papeles, pero he estado a tope y no tenía tiempo material para echarles un ojo.

—Tranquilo, no pasa nada.

— ¿De dónde has sacado estos papeles?

—Son de un negocio de mi padre. El que quebró.

— ¿Quebró?—preguntó con un tono que no supe descifrar

—Sí, ya te lo conté. ¿No te acuerdas?

—Ah, sí. Pero no quebró.

—No te entiendo—contesté alarmada.

—En estos papeles hay contrataciones fantasmas, facturas infladas, retiradas de efectivo sin concepto e incluso pagos de joyas y materiales de construcción.

—Vamos, ¿me estás diciendo que se desviaba dinero?

—Sí, así que, más que quebrar, lo han hecho quebrar.

— ¿En los papeles pone quién administraba el local?—pregunté con un mal presentimiento—. Nunca me enteré de quién había sido y no miré mucho los papeles.

—Una tal Arnelle. Supongo que ella era la que administraba, ya que firmaba todos los recibos.

—Gracias, Eric. No sé cómo pagarte este favor.

—Muy fácil, me tienes que hacer una de esas tartas tan ricas que traes por los cumpleaños.

—Será un placer — dije sonriendo de la manera más dulce que pude.

Al final, la sensación que tenía de que algo iba mal no era descabellada. Arnelle había hecho que quebrara el negocio de mi padre. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Qué más me ocultaba? El recuerdo de la conversación de la abogada volvió a mi mente con fuerza: «la única heredera». El miedo se apoderó de mí, Arnelle era como todos los de mi familia paterna, no nos ayudaría, no podía ser cierto, ella siempre había sido buena conmigo, con nosotros.

Capítulo 33

Alejé esos pensamientos para darle el beneficio de la duda, como siempre me recomendaba Sasha. Ocupé mi mente con un libro y los mensajes de Sasha, que estaba buscando un nuevo trabajo acorde a los estudios que tenía, pero mientras seguía de portero en el bar.

El día de la mudanza hacía mucho frío, se me entumecían las manos a pesar de que llevaba guantes. Esperaba que al andar llevando cajas y desembalando me hicieran entrar en calor.

Llevamos cajas grandes, pequeñas y medianas a lo que era el salón comedor y cocina, todo abierto y despejado a la vista de un color gris claro en las paredes. Se veía un piso moderno y con los muebles que iban poniendo cogía forma. No podía seguir con las dudas y mientras desembalábamos una caja con copas le pregunté. La música sonaba alta para la tarea fuera más llevadera.

—Arnelle, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto—dijo con una sonrisa—Dime.

—¿Tú administrabas el local de mi padre que quebró?— pregunté haciendo que su sonrisa se apagara

—No sé de dónde sacas eso—me contestó a la vez que empezaba a ponerse nerviosa.

—He encontrado unos documentos entre los papeles de papá, y todos llevan tu firma.

—Prima, firmaba muchas cosas para la familia, no sabría decirte.

—Compra de joyas, flores, material de construcción, retirada de efectivo de las cuentas del local y muchas cosas más como contrataciones fantasmas y deudas a proveedores que aparecen pagadas y no lo están.—enumeré alzando un poco la voz.

—Prima no es lo que parece.

—A mí lo que me parece es que manejas el dinero como te daba la gana, olvidando que si eso quebraba tendría que hacerme cargo en algún momento.

—No. Esperaba de verdad que tu padre se recuperara...

—No me busques excusas, Arnelle. Pensé que tú eras diferente a la familia, que después de todo lo que te habían hecho tus padres me entenderías un poco. —la rabia ardía en mi interior—Mi padre no tenía buen pronóstico y tú hacías lo que te querías con el negocio que iba a ser mío si él muriese. Me dejaste en la ruina y te dio igual.

—No estabas en la ruina.

—¿Cómo qué no? Deudas de locales que no se solventaban, aunque se vendieran, empleados que llevaban tiempo sin cobrar y que tardaron en cobrarlo. ¿No te sientes responsable de nada de eso?

—Yo— titubeó—... No pensé que acabaría así.

—A veces hay que pensar.

Seguimos discutiendo a pleno pulmón. No íbamos a llegar a ningún acuerdo, ella no se sentía responsable y yo había sufrido mucho por ese motivo.

—¿De verdad vas a repartir el dinero de la herencia o lo has dicho por quedar bien?

—¿Cómo voy a darte dinero?

No contestó, pero en su mirada y en su media sonrisa pude ver a la verdadera Arnelle, al fin eliminaba su máscara. Ella era igual que los demás. Solo quería el dinero para gastarlo en ella, sus joyas, su estilo de vida y ahora su novio mientras sin que le importara lo mas mínimo como estábamos nosotros. Nuestras deudas, lo que tenía que hacer para conseguir las medicinas de mis hermanos y que los médicos les atendieran. No pude más, la ira me cegó.

Cogí el plástico de embalar el cristal en el que venían las copas y le tapé la cara haciendo fuerza para evitar que pudiera respirar. No merecía mi amistad, mi benevolencia, ni nada, me había traicionado.

Después de diez minutos de forcejeo, mi prima dejó de respirar y la dejé tendida en el suelo. Salí del piso y fui al coche para seguir subiendo cajas con la intención de que me vieran los nuevos vecinos y así poder preparar mi representación, al llegar de nuevo al apartamento llamaría a la policía.

Primero llamé a Liam para decirle que había encontrado muerta a Arnelle y que tenía que venir, luego llamé a la policía y dije que había encontrado a mi prima sin vida en su piso.

La policía me tomó declaración, les expliqué que había ido a por más cajas mientras mi prima se había quedado en casa desembalando algunas cosas. Al llegar, había visto a mi prima tendida en el suelo con esa expresión de terror en la cara, los agentes no tenían consigo todas las posibilidades de encontrar al que lo había hecho, ya que en esa zona estaba en aumento los ataques delictivos para robar cosas y venderlas con el fin de conseguir dinero para una dosis. Lloré delante de los policías, gritaba que quería que encontraran al culpable y, aunque trataron de calmarme con palabras bonitas, a pesar de que era imposible encontrar al culpable, prometieron hacer todo lo posible.

Epílogo

Varios meses después de la muerte de mi prima Arnelle, empecé con los trámites para conseguir toda la herencia de mi abuelo. Me pidieron muchos papeles que, gracias a que mi prima los había reunido antes, ahora lo tenía todo más fácil.

Como habían predicho los agentes, el caso de la muerte de Arnelle quedó archivado al suponer que había sido violencia callejera para conseguir una dosis de droga en los alrededores. Gracias a que estaba haciendo la mudanza no se pudo contabilizar si faltaba alguna pertenencia en el piso. Liam, por su parte, cayó en una depresión de la que no pudo salir y se sumió en una espiral autodestructiva de drogas y alcohol. ¡Era una pena lo de ese chico!

Sasha, había estado acompañándome todo el proceso de incinerado del cuerpo y cuando guardé las cenizas en un pequeño hueco junto a los cuerpos de sus padres y su hermano en el mausoleo. Le dejé un centro pequeño de rosas blancas porque de verdad me daba mucha pena haber tenido que matarla.

En el fondo, había sido la única muerte que me había dolido porque con ella me llevaba bien y pensaba que era diferente al resto de la familia, porque me había apoyado en muchos momentos duros, aun así, me había traicionado, como los demás.

El día de mi cumpleaños en plena primavera, Sasha me vino a buscar al trabajo. Me tapó los ojos con una venda y me subió en su coche. No sabía a donde me iba llevar, tan solo que parecía lejos.

Guiada con sus manos en mi cintura, caminamos hasta el lugar en cuestión, se escuchaba el piar de los pájaros, el olor a naturaleza invadía mis sentidos y su contacto me transmitía tranquilidad, tenía mi confianza puesta en él. Nos paramos y Sasha me destapó los ojos, lo que vi me sobrecogió. Era hermoso.

Estábamos en el jardín botánico de Brooklyn, en el jardín japonés. Un árbol de cerezo en flor enmarcaba la caída de un riachuelo por unas piedras rodeadas de vegetación, el sonido del agua chocando con las piedras y cayendo al pequeño foso; era una delicia. El lugar estaba lleno de verde, rosa, blanco y marrones, creando un cuadro que jamás iba a olvidar.

—Alynn, ya hace mucho tiempo que nos conocemos. Las veces que nos vemos y salimos juntos estoy muy a gusto contigo y creo que tú también. Sé que igual es demasiado deprisa para esto y que si no sientes lo mismo que yo lo entenderé y seré tu amigo pase lo que pase hasta que me eches de tu lado.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Eres un soplo de aire fresco a todo lo que me rodeaba, has conseguido que olvide todo lo que he pasado en Rusia con Annya y he vuelto a creer que el amor es posible.

Cada vez estaba más nerviosa y al ver que se ponía de rodillas mi corazón se aceleró de tal manera que parecía que iba a recorrer una maratón. Me empezaron a sudar las manos, ¿me iba a pedir matrimonio?

—Alynn Müller, ¿quieres ser mi novia y compartir conmigo los buenos y malos momentos que están por venir?

—¡Qué susto! — dije volviendo a respirar con una ancha sonrisa— Claro que sí, pero levántate de una vez que parece que me pides matrimonio en vez de ser pareja.

Nos reímos ante lo que acababa de hacer. Era mi momento, empezaba a ser feliz y ahora tenía por pareja a un hombre guapo, alegre, gracioso y que me sabía tranquilizar, nos compenetrábamos bien y eso era lo mejor de todo.

Al poco tiempo me llegó una carta en la que me decían que ya tenía acceso a toda la herencia de mi abuelo, las casas, los coches y el dinero de las cuentas.

No sabía muy bien qué hacer con todo eso y con la ayuda de mi madre empezamos a limpiar las casas y el piso. Con una partida ajustada buscamos a un contratista y diseñador de interiores para que le diera un lavado de cara a las propiedades que ahora eran para ponerlas en alquiler. Lo bueno era que no había hipotecas sobre ellas ya que mi abuelo lo compraba todo en el momento con el dinero en la mano sin mirar mucho lo que costaban. Ahora empezaban a verse las casas con concepto abierto y es lo que queríamos, por lo que las obras fueron inevitables y con eso conseguimos un buen precio por los alquileres.

Con lo que íbamos a ganar de los alquileres seguiríamos guardándolo con el resto del dinero para que, aun en el caso de gastar un poco más de la cuenta, siempre tuviéramos una renta a la que agarrarnos. Yo pensaba en dejar de trabajar ahora que tenía todo el dinero que quería, pero me encontraba muy a gusto en la empresa y ahora que ya tenía el máster empezaba a participar en proyectos de publicidad en vez de aportar solo ideas, por lo que me sentía realizada.

Mi madre y yo, organizamos un viaje a España para que conociéramos a su familia. Estábamos entusiasmados con conocer a nuestros tíos y primos españoles que, por lo que nos había contado mi madre, eran todos muy amables y nos iban a recibir bien.

Cuando llegamos a la casa de mis abuelos maternos, el miedo de un rechazo como había sentido toda mi vida por parte de la familia de mi padre se apoderó de mí. Nos presentamos y me asombré al descubrir la cantidad de tíos y primos que teníamos, en aquella sala había por lo menos veinte personas.

Las dos semanas que nos quedamos en España, la dedicamos a conocer la ciudad que había visto crecer a mi madre. A Coruña era un lugar bullicioso, aunque no tanto como Nueva York, había muchos museos divertidos, lugares preciosos y muchas playas en las que disfrutar. Las calles eran un hervidero de gente, las terrazas estaban llenas de turistas que, como yo, disfrutaban de los primeros rayos de sol y calor que llegaban a la ciudad. Los parques volvían a tener vida con los niños corriendo, chillando y jugando con los balones. Me encantaba esa estampa y por una parte me sentí mal por haber tardado tanto en conocer aquel sitio tan bonito.

Volver a Nueva York me costó bastante, el ritmo de vida en A Coruña era más lento, pero nos fuimos con la promesa de volver más a menudo y recuperar el tiempo perdido.

Sasha estaba encantador, su familia me había acogido muy bien y su madre vendría en unos meses, ya que habían conseguido ahorrar lo suficiente para traerla a vivir con ellos. Yo les ofrecí la casa que había sido de mi tío Mathew, que estaba sin alquilar, para que

vivieran todos juntos tras un intercambio de opiniones respecto al tema, Sasha acepto siempre y cuando le cobrara un alquiler a lo que accedí, imponiendo una tarifa mínima.

Mis hermanos estaban felices, habíamos renovado sus habitaciones, y por primera vez en mucho tiempo pudimos comprarles lo que quisieron sin pensar en el precio. Mi madre había podido renovar su armario y comprarse algún caprichito.

Una tarde junto con Sasha me presente en casa con un nuevo ordenador para mi madre, así podría estar en contacto con su familia, ver la cara de felicidad de mi madre me lleno de satisfacción. Por mi parte yo solo había querido poner un banco debajo de mi ventana flanqueado por dos librerías blancas, que inmediatamente llené de libros de todos los géneros.

Todo empezaba a ir sobre ruedas, mis hermanos estaban mejor atendidos por los médicos que habían aumentado sus visitas para revisarlos, empezaron a ir a más clases para mejorar la lectura, escritura y no olvidar nada de lo que habían aprendido, que era muy importante. Mi madre, al estar mis hermanos ocupados, empezó a apuntarse a cursos en los que conocía gente de su edad, se distraía y yo era feliz viéndola contenta. Me encantaba ver sonreír a mi madre de nuevo, con ilusión por hacer cosas nuevas y, sobre todo, tranquila porque a sus hijos no les iba a faltar de nada nunca.

Empezaba a disfrutar de esta nueva vida y por eso no esperaba lo que ocurrió.

Sasha y yo estábamos paseando por Central Park, nos gustaba mucho estar en aquel sitio tranquilos, tumbados en la hierba o simplemente sentados en un banco hablando de nuestras cosas, cuando vi a una chica con el pelo rubio graso, alborotado y sin peinar sentada en el suelo con una gorra ajada y la ropa sucia. Busqué mi cartera para poder darle algo de dinero y al acercarme, y al ver bien a esa persona me quedé helada sin saber qué hacer.

La persona que estaba pidiendo una limosna era Shanaya, mi ex amiga. Inmediatamente recordé su traición, como había gastado el dinero que le daba mi padre en sus caprichos, sabiendo las penurias que pasábamos mi familia y yo. Había hablado mal de mí a mis espaldas, intentado quedarse con parte de los negocios de mi padre. Su madre había montado el numerito en el entierro de mi padre, al igual que el día que pusimos la esquila de defunción. Le había dado mi amistad, sin reservas, le confié mis problemas y ella había traicionado todo por unos míseros dólares mientras mi padre había estado vivo.

Sasha me miro un poco extrañado por mi cambio de expresión repentina, lentamente, ante la atenta mirada de Sasha acorte los metros que me separaban de ella.

—¿Una limosna? — dijo sin levantar la vista del suelo.

—Toma.

Ella levantó la cabeza y le tendí una navaja que siempre llevaba conmigo en el bolso. Se quedó mirándome desconcertada sin saber qué decir. Intentaba entender lo que pretendía con mi gesto, pero no se movió ni un milímetro para cogerla.

—No te voy a dar ni un mísero dólar o un penique al igual que cuando mi padre estaba vivo tú no me diste nada de lo que os repartía a ti y a tu madre. Sabías que estaba mal de dinero, que no tenía para comer ni yo ni mis hermanos, pero tú te ibas a restaurantes caros

todos los días y gastabas todo lo que te daban en tonterías en vez de ayudarme. ¿Por qué tendría que ayudarte yo ahora?

—Era tonta y me dejé embaucar por el brillo y el olor de dinero. ¡No puedes culparme!

—Tú eras mi amiga, sabías todo lo que pasaba, mi historia. Conocías a mis hermanos y, según tú, los querías. ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué hablabas mal de mí?

—No sé qué decirte. No pensaba.

—Deberías haber pensado, nos hiciste daño. No pensé que pudieras ser tan rastrera.

La tensión era palpable, la ira llenaba mis palabras, sin apartar la gélida mirada de ella escuche su súplica. Mi brazo seguía tendido a la espera de que se decidiera mientras intentaba serenarme y no elevar mucho el tono de mi voz.

—Por favor, Solo necesito un par de dólares para comprar algo de comer — en su rostro unas lágrimas solitarias empezaron a bajar.

—Solo te puedo dar esto, lo mismo que hiciste tú conmigo en un momento de necesidad. Deberías saber qué hacer.

Shanaya se secó las lágrimas y cogió lo que le tendía. Me giré y al llegar a Sasha me abracé a él. Sus dulces palabras me dieron el bálsamo necesario para calmarme-

Había oído hablar del karma, de que si haces mal recibes mal y si haces el bien solo te pasan cosas buenas y supongo que después de todo sí existe. El karma se puso de mi lado, y aunque había hecho algunas cosas malas, eran por una buena causa y no me había castigado.

Me costó sudor y lágrimas revertir mi situación, incluso sentía que había perdido una parte de mí con toda esa venganza hacia mi familia. Nunca llegué a entender sus motivos, y cuando intenté que me lo explicaran, pero solo sacaba en claro que volverían a hacerlo sin pensar en las consecuencias.

Cuando me derrumbé, Sasha estuvo a mi lado. Me abrazó con cariño. Mis lágrimas comenzaron a salir sin parar y los recuerdos de mi infancia, el dolor por sentirme excluida de la familia, los desplantes, todo lo que me habían hecho pasó como una película por última vez en mi mente.

—Cariño, tranquilízate.

—El pasado aún duele, Sasha.

—El pasado ha quedado atrás, has salido adelante con tu esfuerzo y eso nadie puede quitártelo. Solo tienes que mirar hacia adelante.—contestó serio tomando mi barbilla.—Te esperan grandes cosas aún y yo estaré a tu lado para que nada te impida conseguir las. .

—Tienes razón, es hora de que supere el pasado. Ahora tengo un presente brillante—le respondí mirándole a los ojos.

Nos fundimos en un beso que me llegó al fondo del alma, un beso que me curaba poco a poco las heridas que no querían desaparecer. Tenía razón y solo debía mirar hacia adelante. Mis hermanos iban a estar bien pasase lo que pasase y yo empezaba a descubrir el amor a su lado.

Era feliz por primera vez en años y eso no había nadie capaz de destruirlo.

Biografía



Lizzie Quintas nació en Ourense en marzo de 1989. Desde su tierna infancia descubrió el mundo de los libros, soñando con miles de mundos. Desde pequeña se dio cuenta de la facilidad de escribir y sus redacciones e imaginación en el colegio, dando lugar a descubrir su vocación como escritora. A los quince años escribió *Amor predestinado* su primera novela y que forma parte de una trilogía que publicó en septiembre de 2014, iniciando así su carrera como escritora. Desde ese momento no ha parado de escribir ha participado en el libro *treinta relatos y un poema*, en la antología *Amor de verano* y en la antología *La vida es bella estas últimas con fines benéficos*. Ha publicado relatos en la revista digital *Anescris y amigos*, haciéndose cargo ahora de una sección de entrevistas. La radio Acapulco de México ha leído varios relatos de Lizzie, llegando así a cruzar el charco.

Agradecimientos

Escribir un libro es una aventura y en esta en concreto tengo mucho que agradecer a mucha gente.

A la primera persona que tengo que agradecer que este libro esté escrito es a mi madre, ella es mi gran apoyo, mi lectora cero y la que a veces me da ideas de por dónde seguir en mis novelas. Gracias por estar a mi lado.

Tengo que agradecer a Lali su ayuda. A pesar del poco tiempo con el que ha contado me ha ayudado a darle brillo a la historia de Alyn. Al hablar contigo se me ocurrían más cosas y no puedo más que estar orgullosa del resultado.

María Coll muchas gracias por ser mi lectora 0, la paliza que te he metido y tus opiniones. Me divertí mucho hablando contigo sobre la novela.

Jenny, gracias por corregir la novela y sobre todo por darme ánimos para publicarla, sin ti no me habría decidido.

Nuri, a pesar de que el trabajo nos tiene algo alejadas, este libro también te lo debo a ti ya que tu viste sus primeras páginas, me diste ánimos para escribirla y ese apoyo incondicional que obtengo siempre de tu parte me hace sentir muy agradecida por tenerte a mi lado.

A mis mis niñas Montse, Clara, Carmen, Esther, Delia, Ali, Aure, Ainhoa, Pili y sobre todo a Cristin Ferro por todos los ánimos que me habéis dado. El agobio es menor cuando tienes buenas amigas a tu lado.

Gracias a Multiverso por aportar por esta novela que era una locura más en mi cabeza. Gracias por hacerlo posible.

Por último, pero no menos importante, gracias a ti lector por darle una oportunidad a esta historia y espero de corazón que te atrape como lo ha hecho conmigo mientras la escribía.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)